POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

XI. DE LIZOAIN A TAFALLA

POR NAVARRA

Muchos de estos artículos fueron publicados en Diario de Navarra.
Algunos de ellos han sido corregidos y aumentados.

Impreso en I.G. Castuera, S.A.
D.L. : NA 1709/2008

POR NAVARRA

Víctor Manuel Arbeloa

DE LIZOAIN A TAFALLA

XI

NOTA PRELIMINAR

Ni este volumen ni los que le sucedan llevarán prólogo alguno.

Los diez primeros contaron con prólogos de diez escritores egregios, incluido un premio Nobel, representantes reconocidos de los ámbitos de la literatura, la crítica literaria, la geografía, la historia, la etnografía, la filosofía, la antropología, la diplomacia y la política.

Todo lo necesario está ya dicho sobre estas prosas viajeras, que se honran con la presencia de tamaños (tan magnos) prologuistas.

Todos ellos seguirán prologando los volúmenes de la serie *Por Navarra* que irán apareciendo en los próximos años.

Victor Manuel Arbeloa

POR EL VALLE DE LIZOAIN

POR EL VALLE DE LIZOAIN

Lo cruza el río Erro de norte a sur, entre el Izquieta (Sierra de Labia) y el macizo de Belogain y sus estribaciones, hasta llegar a la explanada que domina la plaza fuerte de Urroz.

Al suroeste, recostados en la Sierra de Aranguren, se distancian Yelz y Lerruz, y al otro lado de la carretera, aunque más cerca del valle natural, Mendióroz y Uroz: el viajero visitó los cuatro en unas mañanas frías y soleadas de enero.

En 1943 se le añadió, administrativamente, el antiguo Valle de Arriasgoiti, que dejaremos para otra ocasión.

Tierras llanas cerealeras, circundadas de monte bajo, y de montes altos de pinos, con algunos hayedos y robledales, rotos por barrancos abarrancados, en cuyas orillas se atreven a crecer algunos chopos, álamos, fresnos y sauces.

El pueblo más accesible desde la carretera es Oscáriz, al que nos lleva, entre campos de labor, un cómodo carretil.

Oscáriz, antiguo lugar realengo, en el piedemonte del Izquieta, tiene dos barrios, un palacio, una iglesita románica, y la ermita más pequeña y escondida de Navarra.

Entre el barrio bajo y la carretera, el camposanto, lleno de hierbas altas, guarda dos estelas, dos lápidas y un ciprés.

La iglesia de San Pedro, de finales del XII, atesora un retablo mayor tardomanierista, un San Miguel renacentista y sin alas, un poderoso Crucificado romanista y otras pieza valiosas y devocionales.

La ermita de la Santísima Trinidad, del siglo XVII, ocupa una breve cuadrícula, bajo el pórtico, y cerrada por rejas finas de forja. Dos tablas pintadas representan el Misterio trinitario, y los doctores de la Iglesia, San Ambrosio y San Agustín.

El suelo del atrio es de ruejos. Una cruz de misión de 1935 (P.P. Capuchinos). Huellas de lechuzas, tal vez con nido, en una de las vigas. La antigua y paredaña casa parroquial es ahora un garaje bien encalado; eso, para que haga juego con la piedra pardo-románica!

Paredaño también con el templo es el palacio del lugar, que incluye en su bonito patio, con pozo, parte del ábside iglesial. Cabo de armería, documentado ya a comienzos del XVI, entre sus dueños se repiten los apellidos Oscáriz y Martínez de Oscáriz. Fue y sigue siendo, en sus formas Oscáriz u Ozcáriz, sobrenombre ilustre e ilustrador (y no sólo en los famosos pintores, vecinos de Pamplona). El jesuita Miguel Oscáriz Iriarte, historiador y profesor de filosofía y teología, nació aquí en 1720.

El edificio, de dos niveles, tiene un bello portalón con trece dovelas, y cinco ventanas. Una alegre galería, con dos arcos de ladrillo, da al patio con yerbín y hortensias, y, más allá, al río Erro, bien guarnecido de árboles, de casetas y casetillas.

Frente al palacio juegan dos niños pequeños, hermanos muy seguidos, el mayor de los cuales monta un gran tractor de juguete llamado *Laders*.

- ¿Me llevas contigo?

-No, que no cabes.

La madre pasa sus ultimas horas de vacaciones, porque mañana tiene que volver a la clínica de Pamplona, donde trabaja.

¿Y esa bajera frontera no podían haberla puesto trescientos metros más allá?

La calle de San Pedro llega también al barrio alto, a la vera del camino que sigue hasta el depósito de agua, cerca de la desaparecida ermita de San Salvador.

Son una media docena de casas bien plantadas, unas antiguas y restauradas, otras nuevas, entre pinos, cipreses, árboles frutales, lirios y hortalizas.

Unos niños chicos meriendan pan con nocilla, junto a la puerta de una casa.

- ¿Está rico?

Ovejita que bala, bocadito que se pierde, deben de pensar a una con el manido refrán, y siguen merendando tan panchos.

A Janáriz, en cambio, se sube, durante dos kilómetros, por un camino terroso que, cuando no llueve, está pasable, con algunos puñados de grava. A nuestra derecha se abre y se ahonda un barranco abarrancado, el Lagunce, con chopos, álamos y mimbreras en las dos orillas. El arroyazo empieza, según voy viendo, al costado del pueblo a donde vamos, y se le une otro desde más arriba, al que llaman regata de Beortegui. Montecillos en forma de mamblas, todos cultivados, con algunos barbechos preceptivos. Tarde hermosa y sola.

Nos bajamos del coche a "ver" la soledad. Claro que, como cantaba Unamuno:

En el campo de Dios, al aire libre,
bajo el cielo de todos,
junto al agua que al sol corre entre yerba,
nunca está el hombre solo.

Janáriz se descansa sobre el laderío occidental del Alto de San Miguel, donde hubo una ermita y donde ahora queda el nombre entre pinos, bajo el cielo sonrosado del atardecer. Lo sostiene un podio de ezpondas. En el lado occidental, un rodal de cipreses sobre una hondonada.

Un perro atado nos recibe como sabe, junto a una casona con parra, geranios y una huerta bien provista.

- Qué bonita casa.

- Está vieja -nos responde la señora Milagros.

Me voy con su hermano Javier a dar la vuelta por el pueblo, por las ruinas del casco histórico de Janáriz.

Desde abajo divisábamos seis casas en pie, llenas de ventanas vacías, de ojos huecos. Mi acompañante y guía ha conocido cinco habitadas. Nos abrimos paso entre matorrales y algún nogal, entre paredes caídas y huertas que un día fueron. Muchas yedras y algunos olmos.

Subimos hasta el viejo palacio, aún en pie, con cinco ventanas de cristales rotos, y escudo con seis veneras y guirnalda exterior. Fue cabo de armería ya en el siglo XVI, y lo habitaron los Erasun y los Ugalde.

- Esta casa era muy maja -salta mi cicerone.

Dos acacias supérstites le dan su sombra canija.

En un corral adjunto guarda Javier un toro ex semental y vejestorio, para carne.

Los dueños del ex-palacio viven en Madrid y no quieren vender el inmueble, cada día más removido.

- Ha venido mucha gente a comprarla, pero quiá.

- ¿Y suelen venir los dueños por aquí?

- Vienen cuando estamos cosechando; bueno, el marido. Trabajamos también para ellos.

Al parecer, quién lo diría, todos los habitantes de Janáriz fueron, en tiempos, infanzones, exentos de cargas señoriales.

Bajamos hacia la que fue iglesia de san Esteban, de origen medieval. Puerta de medio punto con crismón en clave, el arranque de la moldura sobre cabecillas humanas. En la parroquia pamplonesa de Santiago encontró albergue la bella talla gótica de la Virgen con el Niño, que hace un año brilló con belleza propia en la Exposición de la catedral.

Se acerca la señora Milagros.

- Ya vimos el pueblo.

- Como no tiene nada que ver!

Los dos hermanos nos explican cómo se fueron llevando, de buenas maneras, el retablo, el Cristo, la pila, y demás. Quedó la campana de la espadaña, que torre no hubo nunca. Y quedan algunos muros, algunas piedras, maderas, la barandilla del coro, los matorrales, los olmos y algunas tejas.

En una caseta tienen cinco perros, que no paran de ladrar.

- ¿Todos cazadores?

- No, sólo dos.

La señora Milagros se nos queja, ya en el camino de la casa, de que la Mancomunidad les trae el contenedor en noviembre y se lo lleva en abril.

- ¿Y eso?

- Porque el camino está malo y no pueden subir los camiones por él. Y nosotros pagando para todo el año.

Cuando Javier se va a misa a Villava, porque esa mañana se le pasó la hora, Milagros nos cuenta la última cuchipanda entre los pueblos vecinos. Comieron migas, langostinos, costillas de cordero y ajoarriero. Sobró mucho; la mitad se lo llevaron los de Beortegui, y la otra mitad para ellos dos, los dos hermanos que viven en la casa desde que hace más de treinta años murieron los padres.

Ya no se ve la torrecilla de Beortegui.

Ladran los perros, no sé si a la noche, que se nos viene encima; a su dueño, para que les eche de comer, o a nosotros mismos, que ya nos vamos.

Veo que Lizoain no tiene suerte en los mapas. En uno de ellos, pone Linzoain (sic); en otro el nombre está bien escrito, pero el autor dejó de pintar el puntito rojo, como si Lizoain fuera sólo Valle y no lugar.

Pues sí, existe Lizoain, bien aireado en un vasto alturón, al borde de un abismo agreste, sobre las ripas margosas, cortadas como a pico por el río Erro, las aguas y los vientos. Abajo hay unos jóvenes y lozanos choperales, unos prietos hocinos y unos horrendos invernaderos. En las ripas, ay, también basuras y deshechos.

Lo mejor es ver el caserío desde las riberas del río, o viniendo de los pueblos norteños del Valle, que Lizoain contempla desde su prestancia de capital, desde su capital eminencia.

El puente medieval, con fuerte pendiente a los dos lados, se atraviesa cuan largo es (35 m.) sobre el río, con tres ojos abiertos -dos

húmedos y uno seco-, como un perezoso lagarto gris. ¿Quién teme ya al bandido Johan de Lizoain, ajusticiado en este paraje?

Una colmena de casetas o chabolas se arracima, aguas arriba, con sus verdes pensiles domingueros.

Si uno llega a Lizoain por el carretil que parte de la carretera Pamplona-Urroz, asciende ligeramente entre sembradíos y tras dejar a un lado la bonita villa Benkoetxea entre chopos, pinos y abetos, y un amplio jardín.

Al llegar, lo primero que se ve es un feo depósito de agua, unas ruedas coloradas de carro en la pared encalada de una bajera, y una veintena de casas, huertas y almacenes, de entre los que sacan la coronilla unos abetos.

Frente a la portada, de 21 dovelas y escudo en clave, de la casa consistorial -antiguas escuelas-, recuerdo de la fotografía del alcalde y de los cuatro concejales, que en 1993 decidieron, tras escuchar a los 250 habitantes del Valle, fusionar los 15 Concejos, con sus derechos y deberes, en un solo Ayuntamiento. Fue el primer caso en Navarra. El alcalde, natural de Mendióroz, no era partidario de cancelar los Concejos, pero aceptó con garbo la voluntad de la mayoría.

De los 15 Concejos, 7 eran ya tutelados y sus competencias pasaron al Ayuntamiento a comienzos del año 1991. Redín y Lerruz, que no llegaban a 15 habitantes, se fusionaron por imperativo legal. El resto lo hizo voluntariamente: primero Lizoain, Zalba, Oscáriz y Mendioroz, y después Beortegui y Uroz, que los siguieron en 1992. Las fotografías de todos ellos están ahora en el salón de plenos, *in memoriam.*

No podía ser, pensaron los ediles, que los ingresos fueran de los Concejos -comunales, hierbas, coto...-, que, por otra parte, no tenían

competencias para ciertos proyectos, mientras los gastos corrieran a cargo de los Ayuntamientos. Además, en los concejos había que tomar ciertas medidas concretas que enfrentaban a los vecinos. De todos modos, el Ayuntamiento, con sus veintitantos millones de presupuesto, quiso ser modelo de actuación, y acordó repartir sus pocos ingresos entre los Concejos tutelados y otros con más necesidades, como Zalba, Redín y Lerruz.

-*Todavía duele haber perdido la identidad* -dicen que dijo el primer regidor-, *pero esperamos que sea en beneficio de todos, y que el Gobierno responda a la iniciativa que han tenido los vecinos del Valle.*

Muchos tiestos y jardineras con adelfas, algunos rosales y malvaviscos. Una perrera pintada de rojo, como en los tebeos. Árboles frutales. Una fina casa de dos plantas, de piedra, clave labrada y fecha de 1590: ¿el palacio de Lizoain?. Las paredinas de lo que fue una casa grande, cerca del desfalladero.

Limpio panorama sobre las estribaciones de Labia y de Gongólaz: cabezos, mamelones, lomas, con pinos.

A unos cientos de metros, se arruina la iglesia de San Miguel, con el camposanto anejo. Unas desordenadas y jóvenes acacias, donde antes hubo olmos, hacen de atrio natural. Al costado del templo, aprovechando la pared occidental, se abre el frontón, de color verdete o verde agua (nunca mejor dicho). Torre inestable y ciega. Aún es digna de contemplación la abrigada puerta gótica del siglo XIV. Entre otros guerreros, San Miguel, sin cabeza, alancea, con la lanza rota, al dragón.

Dicen los libros que una Virgen románica y un San Miguel renacentista, entre varios santos más, se trasladaron a una bajera del lugar, donde se celebran los cultos.

En el cementerio crecen las zarzas y las hierbas, y hay tiestos con flores de artificio.

Bordeando un regachón sin agua y entre trigos y plantaciones de girasol, peragramos hacia Redín. "Coto de caza": el del valle comprende 6.000 ha. y sirve a 150 socios. Un reciente almacén de maquinaria agrícola

Redín, defendido del cierzo por el cordel del Chorrachaga, ha estrenado una buena pavimentación, que llega hasta la iglesia de San Andrés, en el extremo septentrional del pueblo, también señorío realengo desde Teobaldo II. Ya se ve que el reformador Ayuntamiento del Valle ha cumplido.

De aquellas 15 casas, de las que habló Madoz, casi todas son hoy ruina o bajera con una gran puerta de metal.

Fue el palacio del lugar cabo de armería. Los Redín dieron mucho juego ya en tiempos del "rey don Juan", y en 1453 el señor de Redín recibió el título de barón de Bigüezal. Don Carlos de Redín luchó en Flandes, Milán y en Lepanto, nada menos, y en 1582 casó o se casó con doña Isabel Cruzat, padres del legendario don Tiburcio, almirante y capuchino, y de don Martín, general de Felipe IV y gran maestre de la Orden de Malta. El apellido se vinculó con los Guenduláin, a mediados del siglo XVII. El señor de Redín, don Juan, asistió a las Cortes de Navarra en 1549 y en 1551-52; don Carlos fue convocado varias veces entre los años 1580 y 1593, y los señores del palacio de Redín continuaron tomando asiento en las Cortes hasta el final del Reino.

El palacio es hoy un largo casón rectangular a cuatro aguas, y tres alturas, en la parte occidental del anchurón, expuesto al sol naciente. Muros enlucidos, con sillares en vanos -seis ventanas principales- y esquinas. Sobre la puerta de medio punto, un bajorelieve del Sagrado Corazón.

En la segunda planta, tres escudos contiguos enmarcados por follaje, rosetas y mascarón central. Siglo XVII. Otro escudito, al otro lado de la ventana central. Delante de la casa unos puntos de jardín con ciruelos japoneses, laureles, geranios, dalias, ruedas de molino, barriles floreros, etc.

Al otro lado, y junto a la calle única y mayor de San Andrés, una casa señorial, del siglo XVI, de sillarejo, gran portalón y persianas de verde desteñido. Junto a ella, un camión remolque. Nos dice su dueño que en Redín habitan dos familias agrícolas y ganaderas, que tienen ovejas, yeguas y vacas aquí y en los alrededores.

Por las calles hay varias camionetas y muchos aperos abandonados.

Maúlla un gato junto a la gatera de una casa vacía.

La iglesia de San Andrés, como casi todas las del valle, es gótica y fue reformada después. Los capiteles de la puerta representan vegetales, animales y restos humanos. Las verjas del atrio están abiertas. Vetustos cipreses, lirios, rosales caninos. En el camposanto adosado sólo hay una lápida (1957). La antigua casa parroquial está devorada por la intemperie y la disimula un nostálgico *velo de novia*.

A lo lejos, vela el sol veraniego sobre la buena plaza de Urroz y apunta con sus dedos enlucidores los villajes de Yelz, Lerruz, Beortegui, Janáriz y Oscáriz, con pocos pero buenos villanos, que no villanchones.

Se oye un insistente, laborioso ruido de tractor.

De vuelta hacia el llano, la destartalada iglesia de san Miguel da una impresión penosa. Hubo antaño en Lizoain una ermita, ya desaparecida, dedicada a Nuestra Señora de Montserrat.

- ¿Si será por esto que a los de Lizoain los llaman *catalanes*?

Está el día *claro como una niñez*, que decía el maestro, también de la buena prosa, don José Ortega y Gasset.

Al revés que otros vecinos suyos, Beortegui no fue lugar de señorío realengo, sino nobiliario. Juan Díaz de Beortegui instituyó en 1404 un mayorazgo con su palacio y bienes del termino. a finales de siglo, el rey de Navarra le dio a su sucesor las rentas de Artajo y de Murillo de Lónguida.

En el altillo se eleva la iglesia consagrada a la Asunción de Nuestra Señora. Ha sido hace poco restaurada por dentro y fuera, y

brilla hoy el sol como un viejo oro románico. Quitaron de en medio, con buen gusto, el pegote de casa parroquial y han puesto en derredor abedules, olmos, ciruelos japoneses y fresnos y, más allá, un macizo de dalias blancas, rosas y gladiolos, que da gusto. Junto al muro limpio de la iglesia, alguien se ha dejado la silla de tomar el sol.

En la ventana axial del ábside del templo, sobre el sagrario, una Virgen gótica, sedente y coronada, nos ofrece un Niño regordete y coronado en una mano, y en la otra la manzana dulce de la esperanza.

El camposanto, aledaño aquí también, alimenta cipreses, rosas, pitas, lauréolos...

Bajamos por la calle de santa María, que es un escaparate de parrales, adelfas, geranios, cactus... Una huerta, con un alto nogal, está convertida en un vergel de exposición. Todas las casas, aún las más humildes, merecen ser vistas. La casa palaciana es tal vez una del siglo XIV, con dos cuerpos de sillarejo, arco de entrada ligeramente apuntado, y escudo cuartelado en la clave, con los dos lobos de oro de los Beortegui (?). La habitaron después los Aldunate, pero ya no se registran tales apellidos en el padrón lugareño ni en el listín telefónico.

Y hablando de apellidos, la suerte nos depara dar con una señora muy conversable, y nada cócora, que lleva uno común con el viajero.

Nos pondera las excelencias de su segunda residencia, comparándola con la primera, mucho más agitada, cerca de Pamplona.

- Esto es el cielo, hombre. A esto se llama vivir.

Y el viajero se va con cierta tristeza, porque no puede, por ahora, desprenderse de su agitado des-vivir(se), y esconderse en Beortegui, pongo por caso, como su lejana y avisada pariente.

UN PARTIDO DE PELOTA

A Fray Fernando de Mendoza se le alegraron los espíritus, cuando, una clara mañana de 1916, encontró entre los viejos cueros del Archivo de Navarra que Felipe Evreux, nuestro señor, tenía afición al juego de la palma *(jeu de paume)*, pelota a largo y a mano, y que ordenó en 1331 a Pedro de Olaiz, carpintero real, levantar un nuevo tablado e*n la clasura de los frayres predigadores de Pamplona* para el dicho juego, cerca del palacio real de Navarrería.

La pelota llevaba para entonces muchos siglos entre las manos de los hombres.

El hermeneuta y filósofo, de madre navarra, Andrés Ortiz Osés, en su último libro sobre lo divino, lo humano y lo vasco, hace un divertido apunte sobre el simbolismo de la llamada *pelota vasca.*

La pelota -de la palabra provenzal *pelota*, y ésta de la latina *palla* (esfera)-, redonda y prieta, es, como todo círculo, símbolo y lugar de energía condensada, de vida concentrada y concéntrica. Símbolo del sol y de la luna en muchos países y pueblos antiguos, desde Mesoamérica a Egipto y Grecia. Quedan muchos aspectos oscuros por dilucidar y algunas hipótesis no pasan de ahí. En unas estelas talladas en Ultrapuertos, siglos XVII y XVIII, aparece la pelota como probable signo solar-lunar, en relación directa con la vida de la naturaleza y de los hombres.

UN PARTIDO DE PELOTA

Faltan unos minutos para las doce del mediodía, la clásica hora del Ángelus, hasta hace poco tiempo, en los frontones. Mucho público, que no acaba de sentarse.

Contra las paredes verdes del recinto, anuncios, bien pagados, de Bodegas LAN, BBK, El Correo, La Navarra, Kaiku, Nuevos Hoteles...

Después de pelotear en el frontón, los pelotaris doman la pelota elegida contra el suelo. ¿Muerta o viva? ¿Tonta o lista? ¿Floja (*motela*) o brava?

Una mesita con cocacolas y zumos. Antiguos campeones, con la gloria acuñada en el rostro, se acomodan en las primeras filas. Algunos hombrazos ya tienen el puro encendido en la boca.

El Azul y el Rojo llevan sus colores respectivos con unas listas blancas en la camiseta. Las firmas son diferentes. Pantalones blanquísimos y zapatillas deportivas, también blancas. El azul y el rojo eran los colores de los bandos rivales del Circo romano.

Seguidos por los botilleros, los dos pelotaris hacen el paseíllo inicial y saludan al respetabilísimo personal. Aplauden todos menos los que están encendiendo el puro. Salta la moneda al aire:

- *¡Cruz!*

Prueba una vez más el Azul el cuero. Lo frota con un paño. *Va.* Hace un saque largo. *Venga.* El Rojo responde bien. Jugadas largas y briosas. Izquierdea el Rojo. No llega el Azul. Grandes aplausos y gritos que superan el griterío habitual de las apuestas y de la grita *pelotazale.*

Un saque raso del Rojo, entre aplausos y algún silbido. Más cortas las jugadas siguientes. Vuelven las largas. El Rojo dispara al rincón, pero el Azul se estira y devuelve un tiro largo, que resta con dificultad su compañero. La pelota es viva y brava. Tanto muy peloteado. Se

lo lleva el Rojo por fin, y sonríe entre los gritos y los aplausos.

El Azul recoge ahora por los pelos la esferilla nerviosa, rozando con la mano la pared. Pega fuerte el contrincante. El ritmo se mantiene ágil. La pelota lleva y trae *cistu*.

Después de un breve descanso, el juego se sostiene indeciso entre los dos atletas, con saques fulgurantes y restos bien empalmados, algunas buenas cortadas y algún que otro deje, con más o menos fortuna.

Con una a dos paredes y bote en el ancho hace el Azul el primer tanto y comienza a reponerse. El Rojo respira fuerte atrás y hace gestos de visible mal humor volviéndose de espalda. El gentío grita, silba, aplaude. Los corredores, muy en su oficio, no paran.

El mal humor del *muete* se vuelve maldición al *encalársele* la bola de cuero en el saque

- *¡Qué hucha!* -hubieran gritado los antiguos.

Cuando se le pierde en la contracancha, se llega al 4-4. Una parte del público se pone de pie y aplaude.

Se hacen ahora más frecuentes los restos a voleo, boleo o volea. Una buena dejada del Azul, al que se le va en el tanto siguiente la pelota al cielo: al cielo del sol o de la luna, no se sabe bien. Estamos en el 5-5.

¿Van las pelotas a donde quieren que vayan los pelotaris, o van éstos a donde van aquéllas, símbolos de la fuerza, de la vida, del cosmos, al fin y al cabo?

El Rojo resta seguro una tirada franca y el otro mozo se queda corto. Los dos pelotaris están a punto de caer en tierra tras un choque fortuito junto a la pared. Con un resto servido hace pronto el Azul otra *cirica*.

- *Goza más con la pelota* -salta un anónimo catedrático cerca de mi

asiento. (Dicen los entendidos que "gozar la pelota" no es sólo empalmarla a la perfección: es encontrar adecuadas sus condiciones de peso, volumen y dureza).

- Mucho más -comenta su vecino-, y, además, se le nota.

En la igualada a 6-6 se contagia el nerviosismo entre los asistentes. La ronca crece y las apuestas cruzan como flechas el apostadero. Los espectadores se vuelven, cada segundo, más expectantes.

Amplio descanso. Tras el refresco, los botilleros, lejos ya de los clásicos botillos, hablan, aconsejan, corrigen, animan, arengan.

Saca el Azul de *mandrón* y el rival la devuelve, *obligada*, contra el fleje.

El tanto próximo nos recuerda aquellos primeros, tan espaciados y resonantes. Entradas al aire. El Rojo se anima esta vez a las dos paredes. Va y viene de mano en mano, salta y torna, ve saltar la blanca esferilla, enloquecida contra el frontis por uno y por otro. La gritería acompaña al arte, le rinde su homenaje aldeano y telúrico, los alientos y los ánimos suspendidos. Al Rojo se le resbala, ay, a la contracancha.

Elige cuero el Rojo. Lo prueba también el antagonista. Estira uno los brazos, mientras el otro da unos pasos a derecha e izquierda.

Buena salida del manomanista en aprietos. El adversario se queda corto y no llega su envío al *choco*. Una nueva y buena pegada del sacador coge adelantado al zaguero, que toca la chapa, y el marcador -el termómetro febril del partido- sube a un apasionante 9-9. El Azul, siempre austero en sus gestos, no puede disimular esta vez su -nunca mejor dicho- contratiempo.

Este partido no se parece al de Ariño I-Azcárate , de 1963 (22-2), ni al de Soroa-Barberito, de 1954 (22-4), o al de Atano III-Atano VII, de 1942 (22-5). Ahora, como la mayoría de las finales de los últimos años, está mucho más reñido y es mucho más apasionante.

Entre éstas y otras, el Rojo acaba de perder cuatro saques, uno tras otro, uno con bote corrido, en los que su contendiente

muestra una envidiable destreza: veloces, secos, arrimadísimos.

Se retira el infortunado restador, amparándose su mano herida, según parece:

- La tiene *estropiada*, hombre, ¿no le ves? -exclama otro catedrático.

Cuando parece recuperarse, sus partidarios intentan espolearle con los clásicos

- ¡Mucho!

- ¡Aupa!

- ¡Venga!

Veo en las bancadas un sombrero tirolés. Pocas boinas.

Cuando el perdedor, por fin, consigue un tanto, muy jaleado, hace un colchonazo en el saque.

- *¡Taconera!* -hubieran dicho los aficionados en el viejo Juego de Pelota de Pamplona, avisando así a los transeúntes del paseo de Valencia para que evitasen el golpe de la bola.

El Rojo, que va dando sobradas muestras de irritación y de enojo, se tira ahora al suelo, de espaldas al público; se echa las manos a la cabeza, se agarra de los pelos, y se da la media vuelta. Escupe serio, según su costumbre, el vencedor, de quien pocos parecen dudar a estas alturas.

Estamos en 20-12. El desesperado alcanza un tanto a dos paredes, y saca la lengua de contento, mientras el adversario triunfador aprieta los puños.

Poco dura la dicha del débil. El Azul aprovecha una pelota entregada del colega para amartillar el 22-13. Como en la final entre

Retegui II-Galarza III en 1985. El chasquido de la chapa suena la derrota del Rojo.

Las sonrisas, los saludos, el júbilo, la tristeza, los aplausos, los silencios, las apuestas, el podio, la *txapela*, la medalla...

Siguen rodando las veloces pelotas del Sol, de la Luna y de la Tierra en el inmenso Juego sin paredes del universo.

CARNAVALES EN UNANUA

Junto a las fiestas Lupercales, del 15 de febrero, no podemos olvidar las fiestas romanas del primer día del año en honor del dios más antiguo de Italia, Jano, (de ahí, *janarius*: enero), cuando se inauguraban las magistraturas con un sacrificio público y solemne en el altar de la Roca Tarpeya, en el Capitolio, al final de un desfile procesional de todos los magistrados. Solían participar comparsas de hombres disfrazados de animales.

El 9 de enero se celebraba, también en honor de Jano, las *Agonalia o Agnalia*, con el sacrificio de un carnero. A finales de mes, aunque sin fecha fija, eran las fiestas de la Siembra.

La del *Amburvium*, que tenía lugar el 2 de febrero, era quinquenal y tenía como fin la purificación de la ciudad. En ella se sacrificaba un puerco, una oveja y un toro (*suovetaurilia*), después de dar tres vueltas en torno a los ciudadanos romanos, formados militarmente. La ceremonia le recordará al lector otra ceremonia parecida más cerca de nosotros.

El 13 del mismo mes, dos días antes de las Lupercales, era el día dedicado al dios Fauno (el Pan griego), representado con barba, semicubierto por una sola piel y coronado con corona de metal en forma de follaje.

El día 17, les tocaba el turno a las *Quirinalia*, correspondientes a Quirino (Marte o Rómulo), y el 23 a las *Terminalia*, del dios Término, dios tutelar de los campos, fiesta agrícola y sacrificial.

Hace tiempo que José María Satrústegui, nos recordó, desde sus amplios horizontes culturales, aquel personaje romano llamado *Mamurius Veturius*, el herrero que forjó los once escudos idénticos al caído del cielo. El 14 o 15 de marzo, dedicado al dios Marte, se conducía por las calles de la ciudad a un hombre cubierto de pieles de animales y se lo arrojaba del territorio a golpe de bastones blancos.

Hay autores que interpretan a este *Mamurius* como símbolo de la primavera anterior, del año viejo y hasta de todos los espíritus perniciosos que han de arrojarse lejos de sí, de las propias haciendas y, sobre todo, de las nuevas plantaciones.

Mamu en vascuence es insecto grande, espantajo, monstruo fantástico, máscara, disfrazado... *(mamuzarra, mamuxa, mumua...). Mamuka* es diversión de niños; *mamuka ari iazan* es jugar a espantarse. Similares son y suenan: *momo*, fantasma y sueño; *momolo,* coco; momorro, insecto negro y repulsivo. *Momos*, como es sabido, era una divinidad griega que personificaba la burla, la crítica y el sarcasmo. En castellano, *momo* significa el gesto, figura o ademán burlesco, propio de histriones, danzantes, etc.

Aquella tarde de martes de carnaval era una tarde fría, rodeada por un sol tibio, enfriado por el filo rasurador de la ciercera, y que reverberaba en las cimas nevadas de las sierras de Satrústegui, de San Donato y de San Miguel.

Bajo la quilla invertida de San Donato, sus escarpes verticales y sus pendientes pedrizas, las hayas morachas y los rodales robleños, apretados de frío, aparecía el reducido lugar de Unanua, desligado en 1504 del municipio de Echarri-Aranaz, como un campamento de ba-

se, inclinado al pie del macizo, con sus tiendas rojizas y la prominente y terruña de la iglesia gótica.

Las estrechas y empinadas arterias de la calle única de San Pedro estaban muy limpias, como calles en fiesta de un pueblo ganadero. Y ese día estaba al completo la Casa Rural.

Tras el caserón del templo, con su torre triste, corría un *mamoxarro:* camiseta de manga larga y largos calzoncillos, de franela blanca; ceñidor rojo y cascabeles *-panpaxillak-*, cosidos con un alambre a una tira de cuero; la cabeza cubierta con un colorido pañuelo de seda y en la cara una carátula de fino hierro negro, una de las seis tradicionales que quedan en el lugar. Con su vara longa de avellano encorría a una moza juguetona y audaz, que fue a refugiarse en el atrio, donde iba juntándose la gente carnavalera.

Los *mamoxarros* habían salido, después de comer, de la sociedad *Denok Bat,* el viejo edificio del Concejo y las Escuelas, como antes salían de la taberna, y comenzó la caza de todas las personas que se pusieran a tiro, excepto personas mayores, sobre todo forasteras.

- Antes también a los forasteros les habrían pegáu, sí -decía un paisano reclinado sobre la media puerta de su casa.

Desde la parte alta del poblado, parecía mucho más imponente el farallón nevado, con el último sol coronando la escalada. Fincas valladas. Un camino llegaba hasta un pinar cercano y otro se perdía en el ascenso. Algunas granjas y bajeras. Unas askas.

-En aquellos tiempos otra cosa era -repetía el paisano emboinado y de mirada sagaz-. Hasta arriba les seguíamos.

Y señalaba con los ojos y el gesto la mole gigantesca.

En esto que dos mocetas -de Lizarraga, según el lugareño-, encorridas por el mamoxarro, se metían, sudorosas y jolgoriantes, en la casa contigua, sin tocar para eso la cencerreta.

- Hasta en las casas entrábamos igual.

Entraban por puertas y balcones, subían hasta los desvanes, y había veces en que bajaban a las chicas y a los chicos chicotes y los llevaban hasta la plaza y les hacían la cusca con toda clase de diabluras.

- ¿Por ejemplo?

- Pues, igual, arrodillarse y besarles la *ziyorra*, los zapatos, quitarles el barro... Cuando no seguían a otros hasta Torrano o hasta Lizarraga.

Habían venido esa tarde jóvenes de pueblos vecinos, como habían venido los más pequeños la tarde del domingo, que es la misma fiesta pero para ellos. Ahora bien, los forasteros no intervenían en la organización:

- No, no, sólo los de aquí. Los otros, correr y juerga también.

Contaba el prosero local, que debió de ser alguien en su tiempo, las hazañas pasadas:

- Aquí nunca se ha quitáu esto. Con los guardias, después de la guerra, peleas y todo teníamos, pero nunca pasó nada.

Terminado el diálogo, había que tomar precauciones. Podía darle a cualquier *mamoxarro* la falanguera de picar también a los mayores y forasteros y darles un zartaco.

Las casas de Unanua parecían antiguas, sencillas y bien mantenidas o restauradas. En una puerta, la mágica carlina o *eguzki lore*. La bella casona de Tiburcio Marín lucía sus grandes dovelas y muchos geranios, lo mismo que otras muchas casas.

Parecían allí lejos pollear o retar a los gallitos enmascarados, pero no. Eran unas chicas vestidas de pichis rojos, carátula distinta y vara similar. Luego nos dijeron que eran muchachos también. Eran los *muttuak* o mudos, que no llevan cascabeles, pero ayudan, avisan, dan pistas a los que las llevan, y, si la cosa se pone mal, arrean también.

Pero en todo el recorrido, aunque precavido y prudente, no llegué a oír la célebre fórmula que alguno autores citan, pero sin traducirla:

-Mamoxarro/ xirri-xarro:
keteriako/ zazpiña uzkar afariako,
zata begi gorri/ urten bein etorri,

donde los retadores, además de insultar a los *mamoxarros* y de hacerles burla por los siete pedos que se echan para cenar, los llaman *ojos rojos como abarcas de grandes* -las abarcas que antes calzaban-, y les piden que vengan una vez al año.

Respiraba el acordeón animados pasacalles bajo los cuatro arcos pasmados del atrio de la iglesia, convertido esta tarde en lugar de acogida, repuesto y parranda popular. Olía a chistorra asada, y con ella pan y queso quitaban el frío y el miedo.

Desde allí, echada la temprana noche, *mamoxarros, mudos* y comparsa harían, casa por casa, la *limosna-biltzea*, la recogida de huevos y dinero antes de la cena. En tiempos, los productos de cerdo que les regalaban eran colgados en un palo largo, que servía de trofeo durante la rogativa.

- Ahora, sobre todo dinero, y que compren lo que quieran, a voluntad – nos había dicho el paisano.

Las máscaras fustigadoras son personajes que casi nunca faltan en el carnaval universal, mucho más allá de los *colachos* burgaleses o de los *troteiros* gallegos.

Las máscaras son un antiquísimo disfraz, símbolo múltiple, institución y hasta sacramental, con muy diversa significación y objetivo en cada uno de los lugares de su juego ritual.

Dentro de nuestra civilización greco-latina-occidental, heredera también del ciclo arcaico de los ritos del Año Nuevo renovador, las máscaras cumplen, entre otras, la función social de regenerar el espacio y el tiempo; cosmogonía en acción, que sustrae al hombre de la degeneración que amenaza a todas las cosas creadas. Son parte del rito de la purificación y de la fecundación -renovación y regeneración al fin y al cabo-, de los hombres, de la naturaleza y de sus elementos.

En la parte baja del pueblo, alrededor del centro social o *sociedad*, había bancos para sentarse y un campo de futbito. Dos chalés de ladrillo encalado. Unas mozas venían, en chandal, de un pueblo vecino. Un viejo letrero todavía no borrado: *Gure borroka ETA da* (Nuestra lucha es ETA). Muchos tenderetes de leña, arrancada de las 791 Ha. de monte maderable propiedad del Concejo.

Viejos utensilios de labranza. Berzas, coles y escarolas en unos huertos. Ropa secándose en los tendederos de la vieja era. Unos chopos, unos nogales, unos olmos y algunos árboles frutales.

El caperuzo nevado de San Donato, ya oscurecido, presidía ya el largo desfile de martes de carnaval de la Barranca.

PRIMAVERA EN ARTAJONA

Nos lleva Jesús por los campos de su pueblo, que un día fue reino, nada menos. Hace sol, el cielo está barráo y apenas si se mueve el aire.

Ahí están las cinco naves de la fábrica, francesa, de zapatos de seguridad. Pasamos junto a la ermita de la Virgen de Jerusalén, a donde me traía a rezar, de chico, la tía Alodia, y donde yo, viendo los dibujos de las paredes, apilaba confusas ideas sobre las cruzadas.

- Una viña alta.

- Una de las pocas que quedan.

- Una mujer animosa que hace piernas.

- Comen pronto, a la una, y luego vienen de paseo.

- Una esparraguera. Un chopo perdido. Unas manzanas de flor sonrosada. La única vaquería del pueblo. Un olivar:

- De los pocos que quedan también.

El camino-carretil del dolmen o camino de Farangortea es firme, amplio, claro, de ésos que invitan a caminar.

Una antigua granja de conejos. Unos almendros.

Están las cebadas rosadillas, cebadas en flor. Un fresno. Unos carrizos en un barrancuelo.

- Otra viña, Jesús.

- Pues, de las pocas que quedan. Este año ya no se hizo vino en la Cooperativa.

Van unas mozas adelante, tan garridas ellas. En los bordes del camino, aliagas, zarzales, ranúnculos, margaritas...

Trota que trota va abril
por los campos de Artajona.
Los trigales, los caminos,
los tomillos y amapolas
a los ojos se nos vienen
y en los ojos nos retozan.

Vamos dejando los lindes de La Ribera y avanzamos hacia tierras de Añorbe, hacia el *dolmen de la muga*. Pero al llegar a él, lleva el nombre de Portillo de Enériz, cerca del paso a las Nequeas. Descubierto, como tantos, por Tomás López Sellés, el año 1961, fue excavado por los profesores Fernández Medrano y Jorge Maluquer, un año más tarde, cuando apenas encontraron algo valioso, al haber sido removido anteriormente.

Levantado sobre un altillo recrecido, entre coscojas, aliagas y tomillos, mide 5,90 m. de largo y consta de cámara de cabecera, de tendencia semicircular, con cinco grandes piedras verticales todavía en pie, y de un vestíbulo con losas más bajas y estrechas, separados am-

bos cuerpos por una piedra perforada para facilitar su ventilación. El conjunto tiene una disposición de tendencia oval.

El paso de los siglos ha ido desfigurando la labra de estos materiales, arrancados de canteras cercanas, hoy cubiertos de líquenes grises y amarillentos. En el suelo de los dos recintos crece la hierba. Beso, devotamente, como es mi costumbre, la lápida más grande de este monumento singular, obra de quien, como escribió el profesor Maluquer, puede ser llamado *el primer arquitecto navarro.*

Durante un largo período que va del Neolítico Medio hasta avanzada la Edad del Bronce, el fenómeno megalítico se extiende entre diferentes grupos culturales de casi toda Europa occidental. Son enterramientos colectivos, lo que supone una vida grupal bien cohesionada, con vínculos que se prolongan más allá de la muerte mediante sepulcros, que algunos autores han calificado de *viviendas para la eternidad.*

El túmulo natural -tierra y piedras-, en que se excavó el sepulcro, mide 20 metros de diámetro y 2,5 m. de altura

- Venga, ahora al otro.

Avanzamos hacia el nordeste, literalmente a salto de mata -enebro, coscoja, tomillo-, y a unos cientos de metros, nos muestra nuestro guía el otro dolmen, que suele ser más frecuente en los libros, el llamado de Farangortea, o la Mina de Farangortea. Le viene el nombre de unas próximas y antiquísimas minas de cobre. Hubo también cerca un poblado eneolítico-bronce, con probables fondos de cabaña, que estudió, cómo no, el estudiosísimo investigador catalán.

Descubierto en 1962, mayor -6,50 m. de largo- y más tosco que el anterior, apareció intacto, ocupados su vestíbulo y cámara por muchos restos humanos y escaso material arqueológico: puntas de flecha de silex, hueso y metal, punzones de bronce, objetos de adorno y cerámica.

A medio camino, como su vecino, entre las galerías cubiertas (dolmen de Arrako en el Roncal) y los sepuclros de corredor (Arteko-Saro en Urbasa), el túmulo que lo rodea llega hoy al borde de la mayoría de las losas. Una aliaga en flor se acerca a la cámara. Hay alrededor un pradillo con margaritas, y, cerca, pinos y cipreses.

En la placa puesta por la Sociedad de Ciencias Naturales "Gorosti", las palabras en euskara están rayadas.

- Gente del paleolítico inferior!

Cerca está la valla que separa el terreno de Artajona del de Añorbe, y la piedra mojonal con la doble A.

En pocos sitios como aquí se cumple el proverbio indio de que *donde quiera que el hombre pone la planta, pisa cien senderos.*

Miramos el apacible y verdón somontano de Añorbe, los montes pinosos de Artazu, Soracoiz y Mañeru, con la palomica blanca de la ermita de Santa Bárbara. Y tirando más hacia el oeste, los bultos brumosos de Montejurra, Lóquiz y Codés.

Mucho más cerca tenemos el mosaico vegetal y en relieve -yesos, arcillas, areniscas y sales- de las Nequeas: manchas de monte bajo y lenguas de herbazales. Los yesos afloran en cristales brillantes al sol.

En la llanada-cubeta del ancho campo de Artajona el cereal ha ido conquistándolo todo. El Cerco -que es nuestra Ávila navarra-, torreal y gallardo, mantiene su tradición urbana y tolosana, y la ruda torre de San Saturnino, con sus cuatro lenguas de gárgolas, sigue provocando pero a la vez envidiando a la esbelta torre rival de San Pedro, en

el Rabal, mucho mejor asentada y guarnecida.

Al fondo, el lírico fantasmón, entre calimas, del Moncayo.

- Ya puedes mirar bien el campo, porque pronto va a ser muy distinto. La concentración lo va a cambiar todo.

¿Adiós a las viñas, los olivos, los ribazos, los árboles, los senderos?

Los romanos, que dieron forma jurídica y política a todo lo que encontraron, aprovecharon del mismo modo los mejores lugares elegidos por sus muchos predecesores. El territorio de Artajona, cercano a la próspera ciudad de *Andelos* (Andión), fue sitio residencial preferido. Así lo testimonian los descubrimientos en los términos de *Artadia* (*vicus* junto al camino de Garinoain a Andión), *Elizaldea* (cerámica y escorias de una ferrería), *Guencelaya* (poblado de ganaderos: ara romana con cabeza de toro), y otros emplazamientos, que van investigando los hermanos Bañales.

No sé si también allí estuvieron los romanos, pero sí que es claro que el nombre del poblado *El Dorre* lleva nombre latino (*turris*) prestado al vascuence.

Allá que nos lleva Jesús, un kilómetro y medio más o menos hacia el oeste, hasta encontrarnos a los pies de un risco, de empinada ascensión y torvo semblante. Tiene desde el camino figura de pequeño y bravo cerco de piedras altas, dispuestas a la defensiva. Hay como tres portillos para pasar al viejo recinto que poblaron labradores y ganaderos desde la época del Bronce final hasta la segunda del Hierro; más o menos, durante el primer milenio antes de Cristo.

Durante la misma época debió de estar poblado el cerro, donde luego se levantó el Cerco y la población se mantuvo hasta hoy mismo.

En la cumbre amesetada de *El Dorre*, que excavó el beneméri-

to Maluquer en 1960, se descubrieron algunas viviendas de planta rectangular, recubiertas en algunos casos con estuco parietal. Abundaban en ellas molinos de mano y tiestos cerámicos. Luego pasaron por aquí muchos irresponsables e inexpertos y lo destrozaron todo. Hoy no se ven más que piedras entre carrascas, enebros y tomillos. Más allá acampan los pinos de repoblación.

Nos sentamos en un banco de piedra junto al muro, natural y protohistórico, y tomamos unos sorbos de primavera, hechos de sol y de viento.

Como buenos ex-parlamentarios y amigos que somos, no paramos de hablar. Pero hay algo más: *nos sentimos* -escribió Nietzsche- *tan tranquilos y a gusto en la pura naturaleza porque ésta no tiene opinión*. Es la madre naturaleza; aquí no hay contrincancia alguna.

Volvemos por el camino de Obanos. Las ezpondas que aún quedan están llenas de ababoles.

El fino polvo suspendido en la capa superior de la atmósfera nos deja ver los largo rayos anaranjados y rojos del crepúsculo.

A esta hora estamos un poco más cerca de los primitivos pobladores de Farangortea, el Dorre, el Cerco, Artadia...

Cuando todavía era Artajona, como su nombre vascón lo grita, sitio de buenos encinares.

PROCESIÓN DE LUMBIER

El cielo tiene cara de pocos amigos y sopla recio el viento castellano. *De Castilla siempre viene agua,* decían en mi pueblo.

En Monreal se abren unos claros azules. En Izco se nos echa el griseante capuchón de la noche. Pero al llegar al puerto de Loiti el último cielo se rasga en lívidas claridades.

Damos con el armón arquitectural del caserón de las monjas, enorme nave de historia y arte varada a orillas del Salazar. Unas farolas amarillas nos conducen por la tristeza tibia y nocturna de la callejuelas, mientras las voces y los ecos se concentran en la hegemónica y nocherniega Calle Mayor.

Entre el coro de plátanos de la plaza de los Fueros, salen de sus casas hombres con el hábito bajo el brazo.

En el bar de la plaza Mayor andan quitando las sillas de plástico de la terraza abrileña. Van y vienen chavales con túnicas. El ventarrón, que tal vez llega por la calle Cierzo, no deja títere con cabeza peinada.

PROCESIÓN DE LUMBIER

Es la hora en la que los viejos fantasmas históricos se asoman cada día a los balcones y ventanas de casales y casonas, sobre calles rectas y curvadas, pero hoy no, hoy no, que es Viernes Santo y guardan todos el ayuno penitencial de formas visibles y audibles. Quizás se han ido a Selva, Los Puentes, La Peña o La Oquia, o esperan también a ver la procesión. Cerca de los bloques de hormigón de la muralla romana, en la *canterica de los moros,* un viejo letrero esotérico sobre un muro: *Mientras unos trabajan almorzando otros almuerzan sin trabajo.* Por una calle cercana resuenan los golpes de bastón de los que llevan a las puertas de la iglesia, desde el local de la cofradía donde lo guardan, el paso de La entrada en Jerusalén, con Jesús sobre la borrica, entre ramos de laurel. Gentes con cirios y hachas. Sube corriendo las escaleras de la iglesia un chico vestido de judío.

Pregunto a una adolescente, que mira distraídamente el bullicio, por dónde va a ir la procesión:

- Me parece que por allá. Creo que sale de la iglesia, porque ahí están los santos. . .

Y en seguida se da media vuelta diciendo insolente a quien quiere oírle:

- Yo paso de procesión.

Buscamos al final de la calle Mayor un ángulo disimulado y preciso para ver bien la comitiva, cuando unas manos amigas nos llevan sin remedio hasta el balcón del segundo piso.

Allí lejos se ven unas luces titilantes. Una campanilla, que a muchos nos suena siempre a viático y aurora, esparce el silencio santo y toda la calle se vuelve Vía Dolorosa. Sale la gente sigilantemente a los balcones, llenos de tiestos, y habla en voz baja y amarilla.

Preside la marcha lenta y solemne una cruz portada por un mozorro, cubierta por un velo negro que recogen otros dos encapuchados. Detrás, un grupo de niños -*Las Tribus*-, vestidos también de penitentes, con unas cruces de madera a la espalda.

Otra cruz abre el desfile de los pasos.

Pasa *La entrada en Jerusalén,* entre varones y mujeres a cada flanco, con velas o cirios en la mano. Me explica Andrés que son los cofrades y las familias que cuidan los pasos durante el año, responsables de su mantenimiento y de su veneración. En las andas del paso va inscrito el *Hosanna* bíblico (¡Viva!)

Le sigue *La Oración del Huerto.* Jesús va vestido de rojo y el ángel de azul con el cáliz del dolor en la mano. En un ángulo Judas, avinagrado el gesto, se arroja al cuello de Cristo, y toda la noche tiembla con él.

Miden el silencio los cuentos de los bastones de los costaleros sobre el suelo duro y resistente. Bastones devotos que nos traen el mal recuerdo de los bastones, fustas y palos de los que salieron a prender al Nazareno.

Era aquella noche también una noche de luna llena, cuando dormían donde podían los pastores, boyeros y camelleros, que habían madrugado por llevar las reses y las recuas a los aduares y a los mercados para la Fiesta.

El paso de *La Flagelación,* que es el más pesado de todos, es el menos acompañado: ocho personas tan sólo. Pero los portadores son aquí más. Los dos últimos pasos se guardan en las dependencias artísticas de la iglesia.

La prosa oriental y cegadora de Gabriel Miró nos presenta a Stertinius, Bílbilo, Celio y Fosidio, patricios romanos amigos de Poncio Pilato solazándose, peores que ratas fisgonas, con el espectáculo de la flagelación, recostados en los pilares de la escalinata:

Rechinaba la argolla de la columna, y bajo la tela retesada que cegaba el rostro de Jesús, se producía siempre el mismo quejido, y siempre exacto con el movimiento de la tralla: una queja íntima, aspirada y rota contra el paladar.

Con más gente alrededor llega el Cristo con la cruz a cuestas, y el Cirineo a su lado. Durante el año se venera en el Retablo de los Pasos, en el lado de la epístola de la iglesia parroquial.

Aquel mediodía, víspera de la Pascua, Jerusalén era un campamento abullangado, sudoroso y maloliente, bajo el toldo azul de un cielo soleador.

Los romanos eligieron el camino más largo desde el pretorio hasta el lugar extramuros de la ejecución: el que llevaba hacia abajo, adentrándose en el Tiropeón y subía hacia el oeste, saliendo por la puerta de Efraín, camino del Gólgota.

Era una zona populosa, varias veces multiplicada en los días de Pascua. Con tiendas y bazares, mesas y tenderetes innumerables que convertían el barrio en un mercado abierto. El Vía-Crucis actual, a mediodía del Viernes, es un pálido recuerdo de lo que entonces fue. El centurión, revuelta la clámide, apenas podía con su caballo seguir abriendo camino. Tenían que ayudarle los soldados a pie de la centuria, fáciles en el empleo de la espada y la lanza. Las bajas terrazas estaban atestadas de curiosos. Las ejecuciones de reos eran una de las diversiones preferidas. Muchos, leperones y cobardes, increpaban y afrentaban ya a los reos, ya a los soldados.

Pasaba Jesús; los cabellos le caían por toda la faz, costrosos, goteantes, como pelo de un ahogado; alargaba el cuello con ansia; le subían los hombros por la violencia de los brazos atados brutalmente a la espalda. . . y estalló el plañir de las mujeres de Jerusalén. . .

La prosa poética es esta vez más expresiva que el rostro de la ta-

lla, demasiado ajeno al drama que la ha venido encima.

Entre cuatro faroles, que simbolizan la luz del universo y el llanto de la historia, pasa el Cristo alzado, que procede de la ermita de la Santa Cruz, venerado ahora en la iglesia de la Asunción: sobre cruz de gajos, las piernas cruzadas bajo el faldellín que llega más abajo de las rodillas, abdomen hinchado y pecho marcado y exangüe, cabeza inclinada en actitud serena..., armoniza toda la dignidad tradicional del romántico con la humanidad expresiva del gótico, sin llegar al habitual dramatismo fisiológico.

Suena, grave y dolorida, la campanilla una y otra vez.

Mirándolo, rodeado de fieles, y en medio del Lumbier alto y amurallado, recuerdo el patético *Cristo de la Sangre*, de Zuloaga, entre capas pardas y cabezas gastadas de cofrades, con las murallas de Avila en lontananza. Y ese dibujo, escueto y preciso, que acabo de ver, de nuestro Martín Caro, que parece un resumen intenso del cuadro anterior.

Vienen, y me distraen, tras el Cristo, las dos filas de apóstoles, mocetes vestidos de túnica negra y cordón blanco, con encajes a modo de muceta y manguitos, el nombre del apóstol en letras blancas a modo de cerquillo sobre la cabeza, y una especie de espetón de madera, pintada de negro, con cabecera de disco, a modo de trofeo. El último lleva, a su vez, una caña más alta que él.

Una fila india de niños chicos, vestidos de judíos, túnica blanca y turbante con franja roja-gris, llevan en las manos unos escudos, dorados por fuera y con el escudo en colores de Lumbier, como si fuera un platillo. El último, con larga cola arrastrada, y sonrisa judaica, hace resonar su enérgico bastón de mando (¿de sumo sacerdote?). Cierra el cuadro el estandarte de la cofradía de la Trinidad.

Pasan *El Sepulcro*, Cristo yacente dentro de una urna, del Retablo de los Pasos. Y *La Dolorosa,* de candelero, de las dependencias parroquiales. La acompañan y consuela *La Magdalena* -paso típico de Lumbier-, a hombros de su cofrades, que se remontan por lo menos al año 1572. Fue la titular de la ermita, hoy en ruinas, del viejo monas-

terio de Lisabe, a donde llegaron las benedictinas desde Leyre, antes de habitar, intramuros, el convento de Santa María Magdalena (1593), que abandonaron en 1991. La imagen es propiedad particular.

Tras el párroco, casi toda la corporación municipal, con el alcalde al frente. Una banda numerosa, con mucha gente joven, toca con brío la conocida pieza *La Virgen Milagrosa.*

Me pierdo por las calles procesionales de San Juan, Cierzo, Abadía, y, otra vez, Mayor, en las que el viento airado de esta tarde no puede remover las hojarascas, los yelmos y los árboles de los escudos barrocos sobre las fachadas palaciegas.

Desde la bocacalle de Santa María, donde encuentro a dos viejos conocidos, veo pasar el cortejo frente a la casa Antillón, de los marqueses de Jaureguizar: mudas, pétreas y desvencijadas vanaglorias ante la carne débil y traspasada que ha vencido todos los fatuos poderes de los siglos.

La cruz -escribe el teólogo luterano alemán Jürgen Moltman- *ni se ama ni se puede amar. Y, sin embargo, solo el Crucificado es quien realiza aquella libertad que cambia el mundo, porque ya no teme a la muerte.*

La procesión termina en el habitual rebullicio al pie de la iglesia y dentro de la misma.

Bajo el reluciente retablo mayor, de armazón barroca, con esculturas y relieves del XVI, presidido por una Virgen casi niña en éxtasis celeste, dos ángeles sobre peanas de nubes sostienen el tabernáculo cerrado encima del sagrario del altar. Semi desnudo y victorioso, al aire su vestimenta de púrpura, sale, vuela, avanza, el Cristo Resucitado, la cruz como un lábaro en la mano izquierda, y la derecha saludando en hermandad universal.

PROCESIÓN DE LUMBIER

La luna llena reina soberanamente sobre los labrantíos verdoyos y nutricios de Linares, Alameda, La Arana, Bofuño, Mendarte, Saso Viejo o San Bartolomé.

EL JUDAS DE CABANILLAS

Este año no coincide la Pascua con el cambio horario; así que la gente se despierta y la plaza se llena de gente a su hora.

El viajero, que vio otras veces la bajada del ángel desde el santo suelo, tiene ahora la suerte de estar en un balcón, lado sur de la Plaza de los Fueros, desde donde ve llegar la procesión de la Virgen, con el Ayuntamiento en corporación, seguido por la banda de música. Ve y goza ese espectáculo inenarrable de una plaza abigarrada y bulliciosa, festiva y pascual, atenta al rito y a la parte alícuota que le toca de espacio y tiempo en la cuadrícula municipal de esta mañana.

Se abre el ojo celeste en la Casa del Reloj, y se desliza el niño angélico *-el angelico-* por la maroma, colgado de una nubecilla, y le quita el velo azul oscuro a la Virgen, revestida de azul celeste:

- Jesús ha resucitado, aleluya.

Toda la plaza aplaude. El Ángel echa sus aleluyas por el aire.

Suena el himno nacional y se sueltan unas palomas. La procesión, con el Santísimo, que ha salido desde la iglesia próxima de Santa María, vuelve al templo, y el ángel, ahora a pie, abre el paso de la Virgen en andas hacia la catedral.

Encima de nuestro balcón va pintado en cerámica el escudo de los Cabanillas Berrozpe: rey moro, cuatro lobos, manzanas y dos ciervos.

Como este año no hay chocolate con churros por culpa de la cafetera, salimos hacia Cabanillas.

El escudo en color de la villa -león rampante, cruz de ocho puntas y cadenas de Navarra- nos da la bienvenida, al otro lado de la Cooperativa Agrícola. Un pino grande también, a orillas del Canal. En el regadío alegran la mañana pascual los floridos perales y melocotoneros, y en los ribazos y orillas las socorridas floridas.

Damos una vuelta por el pueblo, porque es aún pronto y mucha gente está abriendo el ojo.

Las largas calles de estos pueblos, que han crecido mucho estos últimos años, están hechas a cordel. Las casas, de dos plantas, están unas junto a otras, separadas de las de la otra calle por patios interiores. Hay varias viviendas en construcción y muchas en renovación: puertas, interiores, bajeras, galerías...

Pequeños evónimos adornan, un poco tardíamente, las calles, que llevan nombres sonoros: Fueros de Navarra, Bardenas Reales, Juan XXIII, Ramón y Cajal, San Francisco Javier..., y, sobre todo, Caballeros de Jerusalén, a cuya Orden perteneció la villa-encomienda desde 1142 hasta el siglo XIX. Al lado sur de la Carretera de Tudela, que separa el pueblo nuevo del viejo, se aprieta éste defensivamente sobre el ezpondón, que bordea el Canal como un foso moderno, estético y utilitario. La zona del talud y de los edificios que a él se asoman es la más descuidada de la villa.

Algunos geranios en las ventanas. Algunas pitas y rosales en las puertas, recubiertas a veces con cortinas de tela.

EL JUDAS DE CABANILLAS

En la pared de un corral, en el extremo del poblado, todavía se lee un viejo letrero desvaído: *Las Bardenas para el pueblo.*

Tocan alborozadas las campanas de la iglesia nueva, dedicada a la Asunción, que sustituye a la románico-gótica de San Juan, ahora cerrada y en plena reforma. Hay mucha gente endomingada por los alrededores. Unos arces y un laurel. Son las once y media.

Sacan en hombros a la Virgen Dolorosa -negro y oro- con el velo sobre la cabeza, acompañada de cirios y flores de devotas y devotos, que van haciendo los pausas necesarias para llegar puntualmente, por detrás de la Casa Consistorial, a la plazuela o anchurón del Ayuntamiento.

Por el otro lado se acerca al mismo sitio una segunda procesión, escoltada por diez soldados romanos, con la custodia bajo palio. Va precedida por la niña-ángel, Carla Alonso Gómez, que con manos angelicales quita el velo a la Dolorosa, y con voz angelical recita de memoria el aleluya pascual, diciendo a la Virgen y a la gente del pueblo que ha resucitado el Señor:

Madre, esta noche he soñado
¡que hay vida!
¡que hay alegría!
que tu Hijo, mi hermano
de la muerte a la vida pasó.

Que mi sueño infantil sea grande.
Soy un ángel y anuncio una dicha:
¡Tu Hijo, Jesús, hoy resucitó!
(...)

Madre ¡Ya no hay llanto!
Pues hoy con mis manos arranco
de tu dulce rostro este manto
que llena tu faz de dolor.

(. . .)

¡Aleluya! ¡Hoy triunfó el Redentor!
¡Aleluya! ¡Aleluya! ¡Aleluya!
¡Cabanillas aclama al Señor!

Cuando la niña termina de decir los versos, la multitud aplaude con ganas y acaba la sencilla ceremonia del Encuentro, que así se llama y se celebra en muchos puntos de la Cristiandad.

Las dos procesiones vuelven ahora juntas hasta la iglesia donde se canta una misa solemne y popular, con la decuria de soldados romanos a un lado y otro del altar mayor.

Los mismos legionarios tan sucios, que acabamos de ver, y que tan serios desfilaron en la procesión del Viernes y velaron el sacramento, la noche del Jueves, se van a soltar el pelo, dentro de unos momentos, persiguiendo al Judas local.

Fue tradición de muchos lugares, el sábado, domingo o lunes de Pascua, colgar por las calles espantajos de ropa vieja y paja, -Judas, Judés o Judesa-, al que zarandeaban, insultaban y apedreaban, o le hacían mil diabluras. Se unía un rito de Carnaval con otro de Semana

Santa. *Miel-Otxin* de Lanz y el *Volatín* de Tudela se parecen mucho.

En Cabanillas, según Javier Estella, fue un grupo de amigos el que, hacia 1890, desempolvó y puso en marcha la secular tradición y desde entonces se ha ido renovando generacionalmente.

He hablado esta mañana con el Judas de este año. Es un muchacho joven y delgado, futbolista en un equipo vecino, y *poco amigo de iglesias*, como quiere dejar claro. No lo han escogido ni por bueno ni por malo.

- Sólo porque soy rápido y tengo buenas piernas.

Subo al balcón de unos amigos, y desde allí veo venir, entre trompetas y tambores, la carroza con las romanas de Cabanillas, que son las *quintas* del lugar, que reparten caramelos y globos a la chiquillería. Morenazas de larga cabellera, con túnicas blancas, y ajorcas, sandalias, diademas, pulseras, cíngulos y collares dorados. Ocupan el balcón corrido de la Casa Consistorial, y desde allí van a presidir la caza y captura del Judas. Por conseguir sus halagos y gracias van a pelear los romanos cabanilleros: el que se haga con el *traidor* se ganará los parabienes más rendidos de las bellas.

El anchurón se llena de gente, mayormente señoritiada.

Y en esto que sale el Judas de la puerta principal del Ayuntamiento, como alma que lleva el diablo.

Corre vestido de rojo; la cabeza cubierta con una media negra, en forma de malla. Figura grotesca y abominable.

Durante media hora corre que se las pela, seguido siempre por los soldados romanos, mucho más lentos y torpes que él. Corre como un sagundil de casa en casa, de piso en piso, atravesando a veces la calle, armando un zurriburri tremendo.

Los chicos también le siguen, más que todo para animarle

- Corre, corre, corre...

Parece que a veces están los legionarios imperiales a punto de echarle mano, pero, quiá, siempre se les escapa el *piernas* por idem, incluso cuando ya lo tienen cogido en un pasillo o en un balcón. Llega también al mío, pero se para, mira y vuelve hacia adentro. En la loca carrera se da alguna tozolada que otra, y en ocasiones cae zurrundiando por las escaleras, o, viéndose en apuros, se descuelga de un balcón bajo hasta la calle, o de un balcón a otro, según sus fuerzas o habilidades. Gran jolgorio entre el gentío, que llena la plaza, ventanas y balcones. Muchos globos. Muchas risas. Muchos gritos.

Cuando ya no hay Judas que resista tal troteo, un soldado romano con suerte lo trinca, y, haciendo corro con otros comilitones, y bajo la mirada complacida y galante de las patricias del balcón municipal, lo ajustician suavemente con una daga, sin que la sangre llegue al próximo Canal, mucho menos al Ebro, que pasa más lejano y sereno, ajeno a los divertidos trotes de sus ribereños. Luego lo retiran discretamente en unas andas.

Antes de salir de Cabanillas, echo una ojeada a la huerta, huerta de Pascua florida, y me tomo un vermú con Jesús y unos amigos en el nuevo Club de Jubilados, donde estuve hace dos meses, dentro de un ciclo cultural.

- Felices Pascuas, a todo Cabanillas ahora que ya hemos dejado a Judas fuera de servicio!

DONDE EL ARGA SE LLEVA EL ARAQUIL (O EL DELTA DE IBERO)

Nada alivia más las penas que el sol y el aire libre, escribía el andarín don Miguel de Unamuno.

Huyendo de las penas de una penosa semana vuelvo a Ibero, pueblo que acaba de terminar una larga pavimentación de las calles y una general restauración de las casas. Aún hay, aquí o allí, materiales y útiles de construcción.

Sólo dos villas ocupan la nueva urbanización de la entrada. Unos mozos, algunos a pecho descubierto, juegan a paleta en el frontón, ante la mirada complaciente de varias admiradoras, sentadas.

Castaños de Indias, abetos, fresnos... Huertas con higueras y otros árboles frutales.

En la tapia del jardín de una casa nueva, un poco desmesurada, nos hacen burla unos enanitos de piedra. El nombre y el recuerdo del Asador, con bella vista sobre el río. Zanjas y maquinaria en los terrenos de la nueva depuradora. Unas prietas filas de pinos sobre un ribazo de zarzales, amapolas y aulagas, nos oculta el centro *Isterria* para niños deficientes, rodeado arriba de cedros y cipreses.

Unos invernaderos. Tierras de labor altamente verdecidas.

Pasamos el puente sobre el Arga, que baja con el ejarbe de los

últimos lluviazos, entre chopos frondosos, mimbreras y fresnos. Muy reconstruido y con barandilla, tiene cuatro arcos circulares de mampostería de piedra y tajamares aguas arriba.

Varios caminos, entre trigales y cebadales, nos invitan a la andadura. Pasamos un corral maloliente, y atravesamos una regata que trae aguas recientes entre saúcos, olmos y matorrales.

Lástima que un basurero de deshechos de construcción y mobiliario haya destruido este mirador natural -y peligroso- sobre el cortado vertical, bajo el que se juntan los ríos Arga y Araquil, desde donde se goza un paisaje bellísimo y harto desconocido. Por entre los escombros y el cardedal florido, junto a una pobre acacia con palomicas, queda una cruz, torcida, en memoria tal vez de alguna víctima del terraplén. Algunos tomillos y margaritas.

La vega, entrambasaguas, de Ibero, Eriete y Echauri, cercada de altas, espesas, choperas, y la planicie no menos exuberante de la cuenca cerealera, desplegada entre Ororbia, Salinas y Undiano, tiene esa vitalidad de verdores carnosos, explosivos, insultantemente hermosos, como escribió, la primavera pasada, Juan Ramón Corpas.

Algunos cebadales están pasando la raya del verde al amarillo. Zariquiegui, faldero. La torrecilla de Sagüés. La parte alta del caserío de Paternain. El descuidado palacio de Eriete. Casi ahogado entre el robledal y los árboles nobles, el restaurado palacio de Otazu. Un poco más alto, Zabalza. Ubani costanero. Y en el portillo alto, el borroso caserío de Arraiza. Tras el podio donde se asienta Echauri, acaba de ponerse el sol, y los montes sobre el Arga se vuelven entre grisosos y azulencos. Vuela seguro y señorial un milano.

DONDE EL ARGA SE LLEVA AL ARAQUIL

No lejos de la orilla del Araquil, que se aproxima pando y transparente a su final, hay una granja-vivero de flores, plantas y árboles, con algunos trozos de huerto. Una crecida chopera, bajo la que se ven aquí y allí residuos de construcciones.

Desde aquí hasta el enlace de los dos ríos todo está mancillado y envilecido por desperdicios de toda clase: caminos, riberas, choperillas, matorrales, yerbines... Además, huele muy mal.

A un lado hay algunos huertillos, un trigal, terrenos baldíos. Al otro, el río Araquil, que viene desde la Peña Araz, en Alava, ya cansado aquí de tanta industria y tanto tren, orlado de sauces cenicientos, piruetanos, espinos navarros, arraclanes, alisos, pacharanes... En los bordes del sendero, vulnerarias, perifollos bordes, aliarias, búgulas...

Junto a tres chopos lombardos, en la orilla del rio, acaba de verdecer por completo un fresno lustroso y gentil, parecido al que cantó el maestro Jorge Guillén:

Una a una, las hojas, recortándose nuevas,
descubren a lo largo del abril de sus ramas
delicia en creación. Oh, fresno, tú me elevas
hacia la suave realidad, tú la proclamas!

El río se desliza quedo sobre unas losas grandes, y deja hacer en el medio unas isletas de tierra, cañas, juncos, hierba y cascajos. En la orilla opuesta, bajo un prieto bosque de chopos, tres muchachos pescan con anzuelo y trasmallo. Hablan en voz alta, gritan, jalean:

- Ya está, ya está.

- Otra vez.

Nadan grandes carpas en el transparente remanso, que, tocado por el sol vespertino, se salpica de continuos círculos luminosos, de regueros rápidos, que rayan los peces en sus saltos y correrías.

Suena un copioso concierto de pájaros.

- Que mal huele.

Uno tiene que avanzar entre basuras repelentes para ver el desagüe, el encuentro, el engarce, el desembocadero, la fusión... de los dos ríos.

Ninguno de los dos llega des-bocado. Ni se chocan, ni se enfrentan, ni se confrontan. Más bien, se acogen, se aceptan, se pliegan y se unifican. Las aguas del Arga, que corren bajo cortados como hechos con sierra, llegan más briosas y encuentran, como ya he dicho, un Araquil entre dengueante y plácido, al final, blandamente amoroso: se deja llevar, se deja acoplar, se deja fundir y hasta desaparecer. Desde aquí el único río resultante, robustecido y plural, se llama Arga, y entre choperas y cortados sale a letificar y fertilizar la Val de Echauri, para entrar luego en el congosto soledaño y abrupto que se abrirá y expandirá bajo los arcos románicos de Puente la Reina.

Quién pudiera, como el río,
ser fugitivo y eterno:
partir, llegar, pasar siempre,
y ser siempre el río fresco.

Los versos de Dulce Mª Loinaz, que acaba de morir, los lleva también el río nuevo que nace a mis ojos, tan quieta, tan linda, tan amorosamente.

El viajero funge sólo de lírico vagamundo y no suele pasar de ahí. Pero, habiendo visto los que acaba de rever y describir, se atreve a preguntar a los amables señores y señoras responsables del llamado Medio Ambiente, si se han llegado alguna vez hasta aquí: hasta ese alto del zurrumbadero y hasta estas riberas costrosas, donde no hay metro cuadrado sin su zaborra correspondiente.

Hasta este verdisucio delta de Ibero, que podría ser, con un poco de interés y mano dura, el deleitoso y deleitable delta de Ibero.

BUSCANDO GRANADA DE EGA

Era un 5 de enero cuando vinimos, la primera vez, por estos parajes. Estaban ensayando unos jóvenes en la iglesia de Acedo para el día siguiente. Del gran portalón del palacio salió una señora con un puchero de cocido, buen anuncio de la fiesta de Reyes.

Dimos una vuelta por el pueblo, acurrucado por el frío, y nos quedamos mirando al monte Estemblo, nombre que, al menos desde el siglo XIV, quería decir también un pequeño poblado, con una iglesia dedicada a San Martín y palacio cabo de armería. Pasó pronto a los Beaumont y después a sus sucesores los duques de Alba. En ocasiones desolado, a finales del XIX todavía daba de comer a una docena de colonos. Parte de la propiedad eran tierras de labor y la mayoría encinares y robledales. En 1872 fue vendido todo a un banquero, acreedor, de Madrid, quien lo revendió poco después a un vecino de Asarta y a dos de Mendaza.

Nos indicaron en Acedo el camino para llegar hasta la finca Granada de Ega. Llegamos al puente sobre el río, a dos kilómetros del pueblo, y, como no vimos nada del otro mundo, seguimos por el cómodo camino abierto en la antigua vía del tren Estella-Vitoria, y entre encinas y carrascas, llevando a nuestra derecha la línea ondulante del Ega, llegamos hasta los lujosos arrabales de Ancín, donde repostamos y cambiamos de objetivo, como ya lo conté a su tiempo.

Es un buen paseo para cualquier estación del año.

Esta vez nos informamos mejor. Partimos de nuevo de Acedo y llegamos otra vez al puente del Molino Viejo, sin barandilla alguna, con un arco de mampostería de piedra y pendiente en ambos lados, recorrido por las yedras, bien emplazado en lugar ameno y deleitoso, donde el río verde se curva y discurre entre saucales, robles, alisos, ciruelos silvestres y fresnos, que es cosa de mirar y ver.

Hoy y aquí podría preguntarse en serio lo que se preguntaba románticamente Giacomo Leopardi, aquel enero de 1822, en su lugar natal de Recanati:

¿Vivi tu, vivi, o santa
Natura? ¿Vivi e il dissueto orechio
della materna voce il suono accoglie?

Es abril maduro y la primavera se ha derramado como una copa llena por las orillas del Ega. Vive la santa naturaleza y el oído, ya acostumbrado, acoge el sonido de su voz materna.

Al poeta, cuando se encuentra con bellezas como ésta, se le vienen a la mente versos de poetas, a los ojos cuadros de pintores, y a los oídos músicas sonoras, como el *larguetto* del *Concierto en Fa Mayor*, de Haendel, cuando el solista y la orquesta reiteran el tema bucólico, antes de que el *allegro* nos evoque las preguntas del cuco y las respuestas del ruiseñor. (Ya se sabe que el ruiseñor es cantor de mayo, junio y julio).

Recorremos unos sotillos de chopos, álamos sauces, espinos floridos, y grandes hierbas altas, viendo correr las aguas, y por ver si hay un paso superior para ganar la otra orilla. Pero no, hemos de volver al

primer y único puente, y por un sedero, que, tras los matorrales, bordea la rivera, vamos sosegadamente hacia nuestro objetivo, junto a un alcaceral verdoyo.

Ahí están las ruinas del Apeadero de la antigua estación de Acedo. Y poco más allá, el cuerpo todavía en pie de la Central Eléctrica Berrueza.

Cantan por el soto todos los pájaros de abril, entre los que sobresalen los mirlos flautistas. Y resplandecen todas las flores de la prima-vera: ranúnculos, verónicas, violas olorosas, bien mantenidas en las umbrías. En el matorral se defienden los tallos verdioscuros de los ruscos, con algunas bayas rojas brillosas. Menos discretas se exhiben las espatas blanquecinas y los amarillos espádices de las llaves del año. Todo un descubrimiento nos parecen unas flores rosas de jara, zimurridas, como si acabaran de abrirse. Vuelan revoladas entres las matas las pardiblancas currucas.

Ya a comienzos del siglo XV, el rey don Carlos III donó el palacio, monte y lugar de Granada, con la iglesia de San Miguel, a su chamberlán Pedro Vélez de Guevara. A finales de siglo pertenecía a Tristán de Mauleón, señor de Sada, quien lo vendió, junto a otras propiedades, a Fernando de Baquedano.

A Juan de Idiáquez y Eguía, capitán general de los Reales Ejércitos, le fue concedido por el rey Felipe V en 1729 el título de duque de Granada de Ega, por este lugar de su propiedad. De la casa guipuzcoana de los Idiáquez habían salido personajes ilustres, ligados a la Administración de los Austrias. El capitán Alonso Idiáquez de Butrón y Múgica (1565-1618) fue virrey de Navarra y desde entonces los Idiáquez emparentaron con la más alta nobleza foral y llegaron a ser marqueses de Cortes, condes de Javier, vizcondes de Zolina, etc.

Los Granada tuvieron en Estella palacio y sepultura en la iglesia de San Pedro.

Juan, que está a punto de concluir su tesis sobre señoríos navarros, nos cuenta la historia de la propiedad de la granja, de 3000 robadas de monte.

Se casaron un buen día las cuatro hijas de los duques de Granada de Ega, las dos mayores con los hijos mayores de los duques de Villahermosa. El hijo de Rosario Idiáquez, la primera hija de Granada, se quedó el título de la casa y con las propiedades. El año 1867 vendió a doce vecinos de Acedo una pequeña porción de las tierras, y la mayor parte de las mismas a un propietario de Villafranca, que las revendía, diez años más tarde, pro indiviso, a varios vecinos de Ancín.

El terreno se dividió con el tiempo en lotes de regadío, cereal y monte, parte del cual se puso en roturación. Todavía queda en Acedo una familia, que llaman *la aragonesa*, descendiente de quienes vinieron a cortar leña y hacer carbón; algunos de ellos, según me dice mi amigo Joaquín, fueron de aquí al caserío de Estemblo. Hoy buena parte de los roturos han quedado para yerbas y la mayor parte del corto regadío se dedica al espárrago.

Todavía el nomenclátor de 1960 registraba 14 personas en la granja de Granada, repartida en dos familias, una de ellas la del guarda, José Gambra, al que recuerdan aún algunos en Acedo. Por entonces vivían también dos familias en el Apeadero y dos en la Central. En tiempos de Altadill los edificios de la granja eran 5 y los habitantes 7.

Al coto de caza hay que añadir este año la moderna granja para reproducción de cerda, que ha montado un animoso empresario de Ancín, uno de los herederos de los que compraron la finca.

Todos le decían *caserío*. Ninguno recuerda el palacio o la iglesia.

La verdad que es difícil imaginarlos viendo ahora el corral de ovejas, rodeado de cazcarrias y huesos de animales, y oyendo balar a los corderos.

Pero, entre matas, ramullas y saucos aún puede reconocerse la fachada del palacio en hastial, dos puertas, ventana central, dos ven-

tanas balcones sin barandilla y cubierta de teja. En las paredes crecen las amapolas y los gordolobos.

Una casa vieja con tejado de uralita. Un corral reciente con las ventanas hacia el río. Y un perro que no ladra: ¿habrá olido nuestro interés histórico?

La majada está cerrada por una valla de hierro y dentro hay unos pesebres con paja. El dueño del corral tiene también las yerbas de los alrededores.

La tarde se nos está doblando. Revuelan los jilgueros entre sus nidos de los chopos y cantan repetidamente los zarceros políglotas.

Ya no corre el antiguo canal por este lado del río, pero sí un canalillo por el pequeño pero fértil regadío de Acedo: canalones de espárragos, ya muy petacheados; delicadas alfalfas en flor amarillas; habales verdiazulados; matas de guisantes con racimos colgantes de flores blancas, azuladas y rojas; piezas de patatas y tabaco, y algunos árboles frutales.

En un herbinche y a la sombra blanquísima de unos perales floridos, nos comemos una bandeja de manzanas asadas que nos trae Juan de casa.

A nuestra izquierda, nos cierra la vista un montecillo con matorral y pinos. De frente, el cantil soleado de Lóquiz.

Por Monte Santo también trepa la primavera.

LA TRINIDAD EN ITURGOYEN

El domingo día 9 del pasado febrero unos forajidos (*fuera exidos*_ salidos a fuera), huidos de la justicia, aunque no huyeran de *la justicia*, forzaron la verja que protegía la puerta de madera, destrozaron ésta y penetraron en el recinto.

No repararon en los canes lisos de la cornisa original, ni en las tres arquivoltas de la portada de medio punto. Ni, ya dentro, en las bóvedas de medio cañón con gruesos arcos fajones que descargan en recios pilastrones, ni tampoco en el cuarto de esfera del ábside de esta ermita románica, de un románico tardío, robusto y elemental.

Me temo que menos aún en el pequeño retablo barroco de piedra, pinturruteado de cal: columnas, hornacina con venera y frontón con pirámides de bolas. Eso sí, dieron vuelta a un cuadro que representa a la Santísima Trinidad y llena el vacío de la talla, que se venera en la iglesia del pueblo. Como no podían mover la primitiva ara de piedra del altar antiguo, volcaron el frágil altar de madera; dejaron encendidas las velas, que debieron de servirles de iluminación, y rompieron los cristales de la ventana, también enrejada, en que se convirtió la antigua puerta secundaria tras la última restauración.

Allí no encontraron ni cepillos, ni huchas, ni cajas fuertes. Así que fueron, cogieron, agarraron y arramplaron lo que había: dos candelabros de forja y uno de bronce, regalados a la ermita hace muchos años.

Un ganadero, que estaba de pastor al día siguiente por allí, dio cuenta del allanamiento y del atraco

- Es una ermita muy bien cuidada -dijo por entonces Cruz, el presidente de la cofradía, que cuenta con 700 miembros- y hasta ahora nunca había sufrido ningún robo, aunque sí había tenido pintadas en el exterior. Y adelantaba la sugerencia ya barajada, de impedir el paso de vehículos hasta el lugar. Cosa que resultará imposible.

Pero no es la primera vez que fechorías así acaecen en Iturgoyen.

En otra ermita románica rural, muy rudimentaria y muy cercana al pueblo, en la misma orilla de la carretera, habían robado del retablo, unos meses antes, la imagen de candelero de la titular Virgen del Camino (*Andra Mari*), del siglo XVIII. Lo raro es que no se llevaran a la vez la pequeña pila aguabenditera medieval, adosada junto a la puerta; tal vez no la pudieran arrancar.

Cuando el viajero acudió a la romería mayor de Iturgoyen, la ermita estaba recién restaurada y caleada, y los forajidos no habían entrado en ella.

Caen unos goterones de un torvo nubarrón mientras subimos el puerto de Echauri. Estos días de aguazos han llenado de ababoles ribazos y cunetas. Los ababoles, parientes de la adormidera, son el rubor del campo todo verde, que así se muestra un poco más contenido, un poco más pudoroso.

Si la gente supiera que una infusión con sus pétalos sirve para calmar la tos, el asma, los catarros, la bronquitis y el insomnio, habría muchos menos por ahí. No creo que nadie se anime a comer, según hacen, en algunas partes, los brotes jóvenes con aceite y sal como verdura sedante.

Las muchas lluvias y el buen sol han hecho estallar los sotos de

Riezu y los praderíos cercanos, que han sacado al balcón todas las flores de mayo y de junio.

Unos nogales nos reciben al acercarnos a Iturgoyen, y las lajas de la ermita caminera nos retrotraen al siglo XIII. ¿Quién iba a decirnos que a ella, que es la guardiana del poblado, le iban a dar ese susto?

Cae sobre el lugar un menudo zir-zir, un leve sirimiri, un suave cernidillo.

Hay muchos coches en el frontón y también cerca de las casas.

- ¿No habrán subido aún?

Iturgoyen se renueva pero envejece a la vez.

El camino del monte está arreglado y cuidado, limpio de plastas y cagajones, y recorre en zig-zag casi ocho kilómetros hasta la cumbre.

Viene el Ogancia hondo y directo, fragoroso, desde Andía, para descabezarse en el Ubagua cerca de la cola del pantano.

Comenzamos entre encinas, seguimos entre encinas y robles, y terminamos entre hayas, a las que la llovizna ha puesto más verdes y relucientes todavía.

Por las orillas, ezpuendas y laderas, se disimulan las celidonias menores y las flores rosadas de las hierbas de San Roberto, se apagan las margaritas, y se dejan ver, descaradas, las flores blanco-cremosas de las ulmarias. Resisten mejor el orvallo las aliagas, las zarzamoras, los escaramujos y los espinos navarros.

Montones de troncos cortados de haya en los bordes del monte, y puertas canadienses en el camino para impedir el paso de vacas y yeguas. Varias askas de cemento con agua.

Vamos detrás de otros coches que siguen lentamente la procesión con la imagen de la Trinidad en andas, que vuelve, al menos por

un día, a su lugar de origen. Obra romanista del siglo XVI, resalta la talla miguelangelesca del Padre y el leve posar de la paloma simbólica del Espíritu Santo sobre el hombro derecho de aquél. Dicen los entendidos que semeja a una iconografía existente en la catedral de Jaca, atribuida a Juan de Anchieta.

El tramo último del camino está barroso, acuático y peligroso. La niebla borra parte del horizonte que deja limpio el final del hayedo.

La procesión sube a la ermita y los coches aparcan donde pueden. Muchos junto a la cerca de piedra, convertida también en discreto autoservicio de urgencia.

Quien, en el ángulo sur-occidental y perpendicular a la ermita, construyó, pasados los siglos, el refugio rectangular, con triple arcada oriental y doble meridional, sabía lo que hacía.

Muchos no han traído paraguas ni chubasqueros, ni capotes, y tienen que quedar en los coches, entrar en la iglesia o meterse bajo los porches. Es la hora del almuerzo, y corren hacia la boca los bocadillos, las botas y las botellas.

Para los más chicos, que están muy alborotadores, hay dos carros de chucherías. Las garrapiñadas parecen tener mucho éxito, y para los de buen humor está el carrico del heláo.

- Vienen de Estella, Pamplona, Tafalla... Este año han venido menos.

De vez en cuando puede uno ver la coscola del Montejurra, Lóquiz y hasta Codés.

Se acercan más coches, dan unas vuelta y van a encontrar sitio. Toca a misa la campana de bronce, bajo el arco aéreo de hierro, rematado en cruz.

En la ermita, muy oscura, cabe poca gente. Las personas mayores, que son bastantes, se sientan en unos bancos de piedra a los dos lados de la barandilla de hierro, que separa el altar. Dos candelabros con tres cirios cada uno y velas ante la talla de la titular.

Las mujeres del coro cantan, al empezar, una letrilla, de la que no entiendo más que el estribillo:

Oh, sumo Dios, Uno y Trino,
misericordia, Señor.

Un misionero de este pueblo de misioneros dice la misa, y hoy, como en otras ocasiones, admiro el esfuerzo de quien habla del misterio de la Trinidad no a filósofos y teólogos, sino a ganaderos. Cualquier profesor de teología le hubiera dado un aprobado *cum laude.*

Después de la misa, trasmitida al exterior por los altavoces que regaló Feliciano, vienen los avisos sobre la próxima fiesta de la cofradía, y luego la novena. Ahora ya es más fácil entender la letra cantada, repetida una y otra vez:

Gloria al Padre
Gloria al Hijo
Gloria al Espíritu Santo.

Ha parado de orvallar, pero hace viento frío. Nos consolamos viendo el sol sobre Izaga y luego sobre el Perdón.

Por la vallonada que abre el río Ubagua, entre los cabos de Mugaga y San Cristóbal, llegamos con la vista hasta el resbaloso Lezaun y sus muchas granjas en el término de Sardazúriz. Luego, por el pasi-

llo del Erendazu, afluente del Iranzu, y remontando montes y collados, que nos ocultan Abárzuza, Estella y otras localidades, divisamos el caserío creciente de Ayegui, en el piedemonte soleado de Montejurra entre nubes o nieblas, no sé.

La gente se refugia en los porches y los menos previsores o provistos en los coches.

- No es la primera vez que hace malo -me dice un paisano, quien recuerda, en contrapartida, el buen tiempo del año anterior.

- Pero hoy nos ha salido una romería aguachurris -comenta el vecino.

Porque la tradición manda desparramarse por el raso, por las cercanía del hayedal o entre los pacos o umbrías del bosque y calentar la pitanza.

Lo cierto es que a nuestra vuelta hay varios ranchos, junto al camino, recogiendo ramillas, ramizas y ramojos para hacer fuego.

- Lo primero calentarse para comer, sabe usté, y después, comiendo.

- Eso es. Buen apetito.

A ORILLAS DE EUGUI

A mí me basta -escribe Pío Baroja- *con que en el campo haya verde; no exijo grandes paisajes, ni castillos en los montes, ni riscos, ni cataratas; una mancha de verde donde descansar la vista me parece bastante. El agua también me parece indispensable en el paisaje. (...) Un campo que tenga algo de agua, algo de verde, me basta.*

A mí me pasa lo mismo, sólo que me gusta tanto el agua que fluye como el agua remansada. Así que me voy de nuevo a Eugui, ahora que desde mi ventana veo desteñirse el verde, los verdes de la Cuenca.

Hace el primer calor de junio y la gente sale y se desparrama por calles, parques, jardines y piscinas de Pamplona. Corren muchos coches y bicis por la carretera.

Unas vacas pastan, las testas al sol pero a lo suyo, en un laderío herboso de Burutain. Suben y bajan los mirlos entre los árboles.

A la altura de Etulain, la carretera es un paso triunfal, bajo una frondosidad de robles, acacias, cornejos, saúcos...

En los campos de Leazcue están ya cortadas las hierbas y recostadas cerca de los pequeños silos, redondos y blancos. Unos caballos se hunden entre las hierbas crecidas de un praderío del valle, que drena la regata Egozcue desde el collado de su nombre.

En Egozcue, pueblo, siempre hay alguna casona venerable en rehabilitación.

Hemos pasado del roble al haya sin darnos cuenta y hemos dejado el valladar de Baratxueta y Azirmendi para descender hacia la cuenca del Arga, con sus valles, sus montes y sus afluentes. En los ribazos y orillos de la carretera lucen las papilionáceas, las vulnerarias y las hermosas sanículas europeas con sus níveas cabecillas globulosas.

Iragui presenta huellas evidentes del lugar ganadero que es, y a mucha honra. Volvemos al reino del roble y bordeamos el Apeite, subiendo un poco para seguir descendiendo.

Tras una larga curva nos aparecen las alegres casas de Urtasun -lugar etimológicamente acuático-, bajo el Azegui. La planta Potabilizadora tiene la pinta y la circunspección de un monasterio de clausura.

Parece que fue ayer cuando, tras los estudios de los ingenieros René Petit de Ory y Justo Ruiz de Azúa, y después de cinco años de trabajos de cientos de personas, don Amadeo Marco y don Gonzalo Fernández de la Mora inauguraban -13 de septiembre de 1973-, sobre el viejo término de Larrantzar, el embalse de Eugui, tan natural y bien encajado, que parece un lago de siempre.

Desde la altura de 44,30 metros sobre el rio, y desde el centro de los 252 metros de longitud de coronación, echamos una mirada acuosa sobre lo que podemos ver de los 21,35 hectómetros cúbicos de volumen, y sentimos esa impresión de silencioso enigma, de lejanía e inaccesibilidad que nos dejan las superficies de los pozos, los restaños de los ríos, los lagos, los golfos, el mar.

Visto desde aquí y visto sobre todo desde el aire, el embalse-lago de Eugui es un torpe arpón que colgara de los lomos del gigante Basa-Jaun, señor de Quinto Real. O, más cerca de la imaginería piscícola, una enorme raya, diosa de las aguas nutricias, en que se convirtió el minúsculo río Arga, recién salido de los pañales del Adi, de

Urquiaga y hasta del Sayoa. O, si fuéramos a pensar en los objetivos utilitarios de la obra, un inmenso vaso de agua fresca y clara, que las ninfas de los bosques hiperbóreos han preparado para los sedientos habitantes de Pamplona y su comarca.

Trae el Arga su caudal joven y pirenaico y antes de llegar al seno del estanque se le junta el Zuriain que, como su nombre indica, le aporta aguas altas y nivales no sólo del monte citado y más lejano de todos, sino también del Burdindogui, del Erreguerena o Monte Real, y del Eride, que en su parte occidental contribuye con sus reservas al nacimiento del río Lanz.

Tras un largo abrazo al monte Goitean, que alcanza una altura de 1222 metros, y que es el primero que tenemos a nuestra izquierda, la regata Subarrondi arrastra su corriente por el valle septentrional de Iragui, cara norte del Apeite, y baja con fuerza a despeñarse en el pantano.

Al otro lado, distanciándose de sus estribaciones que llegan hasta el mismo pueblo, se alejan el Lizartxipi y Arzábal, éste último con luminosos rodales de aliagas y argomales; los dos prefieren dejar sus secretos al arroyo Etxaro, que alegra las tierras de Cilveti saltando desde el sur del Adi.

Esta tarde es dulce. ¿Por qué no ha de ser?
Viste gracia y pena: viste de mujer

escribía César Vallejo. Dulzura de la tarde recostada aquí entre bosques de hayas y aguas restañadas, surgidas de las madres de nevadas cumbres. Pocos paisajes tan femeninos como éste. Pocos tan propicios para el sueño, la nostalgia, la tristeza, pero también para la serenidad y el gozo consciente y renovado.

Cuando llueve sobre el lago de Eugui -y la lluvia es habitual aquí- un cielo malcarado y bronco se abalanza sobre la suave piel del agua, la agujerea por todos los lados, la vapulea persistente, la maltrata con mil brazos. El verde gris pasa a verde cobrizo y pronto verde cárdeno.

Pero cuando la lluvia se amansa y el toldo cenizoso del cielo se descorre por alguna parte, el lagar recobra algunos de sus tonos, se bruñe aquí o allí, la lividez se hace palor en algunas franjas del centro, la espada herrumbrosa de la corriente central va desnudándose de tachas, y brilla por fin, de nuevo, su acero lavado, purificado, libre ya para correr y saltar, para desfilar al nuevo sol de la tarde recuperada.

El sol, siempre manso entre bosques y montañas, se acerca como un cervato sediento a las aguas limpias y encuentra en ellas el reflejo de las hayas, los pinos albares, los robles, los saúcos, los castaños, los avellanos, los arces, los alisos... de las orillas.

El lago entonces parece un fiordo pirenaico, dormido entre las nieblas y las leyendas seculares. Junto a las riberas es verde pradera, más adentro verde mar, y allí, en el centro más hondo, verdiazul cielo puro, cielo raso. Pero otras veces, según sean las nubes, el viento y los ojos de cada uno, se ve un verde helecho, un verde hiedra, un verde seto, un verde oliva, un verde río.

Cuando el sol se va, estos días de verano, tras el Goitean, se queda un rato el lago verde y azul, pero pronto el verde se diluye y queda el azul luchando contra el plata, que va poco a poco absorbiéndolo, y luego el gris echa una capa larga sobre toda la superficie, arrugándola, haciéndole figuras geométricas, y se le ve palidecer y palidecer, hasta que por todas parte se ponen a brincar las sombras y las orillas se convierten en un bestiario multiforme de troncos abandonados, de árboles caídos, de ramas enlazadas..., y se encienden las luces de Eugui, y salen las primeras estrellas, y todo el lago titila, se escalofría, de luz, de miedo y de noche embarcada en cargas frías de nieves.

Junto al último tramo del Arga, y a un soto de castaños muy apreciado por el público, parte una pista de grava bien asentada que nos lleva, casi dos kilómetros, al borde del lago, hasta que se pierde en un sendero montano, cerca de un enorme castaño seco, verdadera escultura natural.

Vamos mayormente entre hayas, castaños, avellanos, alisos, helechos, juncos, retamas en flor, collejas o silenas, vezas, guijas...

Por el lado del dique, más transitado, otra pista similar nos adentra mucho más lejos, hasta la proximidad de la desembocadura de un ruidoso regato que crea, uno de los más bellos parajes del perímetro.

La senda que la completa nos conduce a un pequeño raso abierto, en el que se reparten tres direcciones; una, sobre un frágil puentecillo de madera, hacia el camino que dejamos antes.

La pista, esta vez, circunvala el lago bajo el boscaje pero a ratos sale de él y atraviesa también un breve trecho de tierras abarrancadas. Además de los árboles ya dichos, el viajero encuentra robles comunes, olmos, enebros, madreselvas, clemátides, milhojas, angélicas... Pronto ocultarán los fresales sus rojas dulcedumbres.

Por los visillos de los hayedos y castaños se ven a veces las casas rojas y blancas de Eugui o salta un pez haciendo aquel círculo perfecto que en vano buscaba Leibniz.

Cantan al atardecer muchos pájaros y a unos se le antoja que son cantos lastimeros, pero qué sabemos de eso. Pueden ser los más tiernos y alegres de la jornada.

En un hortanco improvisado, colgado en la pendiente, alguien acaba de regar unas cebollas con agua de un bidón. Al lado de la pista se levanta una casa cuadrada a dos aguas, con todas la ventanas enrejadas, bien mantenida pero sin gente; a estas horas comienza a ser una casa encantada.

Eugui, ya lo he dicho otras veces, es el único pueblo lacustre que tenemos, que en el lago se mira y retrata cada día. Cambió su Real Armería o Herrería por su Foral Embalsería. Lugar bellísimo, con recorridos alpinos hacia la Ulzama, Baztán o Ultrapuertos, bien se merece el complejo que ha crecido en su entorno y mucho más.

A ORILLAS DE EUGUI

El agua le llega ahora al pueblo hasta su playa de yerba. Ya se han encendido los farolillos en la calle de San Gil

Son las diez de la tarde y aún hay luces naturales en el lago de Eugui.

PABLO IGLESIAS LLEGA A FITERO

Siempre que voy a los Baños de Fitero, tan modernizados ahora, recuerdo, entre tantos personajes que en sus aguas se lustraron, al venerable arzobispo-virrey Palafox, que allí nació; al venerado poeta Gustavo Adolfo Bécquer, que allí residió y escribió, y al venerando Pablo Iglesias, que allí también estuvo, aunque hayamos dudado tanto de cuándo y de cómo.

En 1871 se encontraron las termas romanas, probablemente del tiempo de Augusto, que desaparecieron casi por completo entre las obras posteriores. En tierras tan romanizadas debieron de ser muy populares.

Los árabes llamaron Alhama (baño) al río -hoy riacho- que pasa por delante, entre mimbreras, mentas y juncos. Aguas caldas de Tudején (o Tudelén), las llamaban en la Edad Media, por el barranco o afluente del Alhama, y que dio nombre al poblado medieval.

Pero quién sabe si ya los múltiples habitantes de la vecina Peña del Saco o *Quiebra cántaros* -desde finales del Bronce al siglo II a. C.- no se aprovecharon ya de las termas fiteranas.

PABLO IGLESIAS LLEGA A FITERO

El 28 de julio de 1912 aparecía en el semanario fiterano *La Voz de Fitero*, bien informado en general de todo lo relacionado con el Balneario, una curiosa noticia: *Se asegura que en la primera quincena de agosto vendrá a tomar las aguas de estos renombrados balnearios el jefe del partido socialista español don Pablo Iglesias.*

La noticia le hizo pensar a mi querido Ricardo que la visita del fundador del PSOE y de la UGT, y por entonces diputado por Madrid, no fuera tan tardía como algunos veníamos diciendo, aunque sin precisar del todo la fecha.

Pero ni el corresponsal fiterano de *Diario de Navarra,* el comerciante Rufino Maculet, dice una palabra sobre ese viaje, ni entonces ni después, ni el apretado calendario de Iglesias ese mes de agosto hace probable -no digo *posible*- ese viaje, del que, por otra parte, de ser cierto, hubiéramos tenido algún eco en la prensa socialista.

De lo que sí nos habla Maculet -*El corresponsal*-, dos años más tarde, es de lo adelantados que van *los trabajos en la organización del partido socialista fiterano.* Y se permite aconsejarles a los organizadores: que tengan en cuenta que la perfección material tiene que ir acompañada precisamente de la perfección moral.

El partido socialista fiterano estaba todavía lejos, pero, casi dos años después, se celebró ya en Fitero la fiesta obrera internacional. *Con gran regocijo y algazara* -escribe el corresponsal del diario pamplonés- *han solemnizado los obreros la fiesta del 1º de Mayo por primera vez en esta villa.*

Después de oír misa, *a la cual acudieron en corporación, fueron en manifestación ordenada y pacífica, y cantando un himno acompañado por la banda de música que dirige don Lorenzo Luis, a la casa de la villa, y entregaron al señor alcalde una instancia en la que hacen algunas peticiones relacionadas con algunos impuestos municipales.*

Era entonces alcalde don Julián Aliaga.

Por la tarde los obreros, con sus familias, se han repartido por el paseo

viejo con sendas (sic) *meriendas, disfrutando y bailando a sus anchas formando con todo ello un paisaje pintoresco, remata el pintoresco corresponsal.*

Una cosa era el partido y otra la Sociedad de Oficios Varios. En un documentado trabajo sobre la historia social de su pueblo en este tiempo, Ricardo nos informa que el 1 de enero de 1914 se reunió un grupo de obreros en el huerto de uno de ellos con el fin de constituir una Sociedad para luchar por el mejoramiento económico de sus socios.

El 1 de mayo ya estaban redactados los estatutos de la que se llamó *Sociedad de Obreros de Oficios Varios de la Villa de Fitero.*

Para elegir la Junta Directiva se congregaron en la plaza de toros, que les cedió su propietario Eloy Andrés.

Día grande para la flamante Sociedad fue también el 19 de marzo del año siguiente, 1915; día de San José, aunque en la crónica no se le mencione.

La escribe un propagandista de UGT nacional, Juan Barceló, que acompaña al secretario general Vicente Barrio por toda España.

La Sociedad de Fitero les invitó a llegarse a su pueblo, aprovechando la venida de aquéllos a la villa riojana de Cervera del Río Alhama. Barceló nos cuenta que en una población *totalmente agrícola, con unos 4000 habitantes,* nunca se ha celebrado *ningún acto societario ni socialista.* Si alguna noción tienen de los ideales societarios es por la presencia en el pueblo de paisanos que han estado trabajando *en las minas de Bilbao (...), huyendo de la explotación inicua que aquí se ejerce con ellos.*

Lo cierto es que el día de San José, festivo, el teatro de Fitero está abarrotado de gentes *de todas las clases sociales, concurriendo también un número considerable de mujeres.* Preside el acto el secretario de la Sociedad, e intervienen luego los compañeros Alarcón y Barceló sobre

los beneficios de todo género que tiene la asociación para los trabajadores.

Vicente Barrio, secretario general de UGT, habla durante hora y media -tiempo habitual entonces en los oradores de campanillas- para describir con trazos recios la miseria y las necesidades de los obreros de la época, resaltando sobre todo los males del caciquismo en el campo, y para señalar a continuación los medios y remedios de tanta calamidad.

Todos fueron muy aplaudidos. Fuimos objeto -termina Barceló- *de grandes atenciones por parte de aquellos agricultores que nos prometieron que trabajarán con firmeza por el engrandecimiento de su Sociedad.*

Cuatro años más tarde, dentro de la Campaña de la Unión General por toda España, nuevos propagandistas de la Unión, llevando la evangélica palabra y proclamando llenos de fe, radiantes de alegría, la hora buena de la emancipación, visitan varios lugares de Navarra: Fitero, Castejón, Milagro, Tafalla y Pamplona. En Cintruénigo nadie les da un local para el mitin, y en Corella, después de cederlo, se lo niegan. *¿Qué importa* -escriben-, *fanáticos servidores de la burguesía, que os opongáis al avance del socialismo? Triunfará y triunfará sobre vosotros y contra vosotros, y en Corella y en Cintruénigo y en toda Navarra y en todo el mundo llegará a establecer la fraternidad real, la fraternidad humana.*

Cogieron los intrépidos sindicalistas en Castejón el coche que los había de llevar a Fitero. Era septiembre avanzado, y, helados hasta los huesos, tuvieron que ir en la baca (*vaca*, escriben ellos) del coche, junto a unos guardias civiles que acudían a la villa termal a guardar el orden. El pueblo en masa esperaba la legada de la diligencia y desfiló tras ellos hasta el Centro Obrero.

Y los guardias, pacienzudos -escriben los propagandistas-, *que soportaron la escarcha, el viento helado de la noche, en el cumplimiento del deber, quedáronse sorprendidos al ver que aquellos "oradores", que a ellos se les antojó apuestos y lujosos señores, eran dos hombres, humildes hijos del pueblo, que al pueblo iban con modestia, con mucha modestia, a señalarles su deber.*

El 8 de mayo de 1919, el gobernador civil autorizaba el

Reglamento de la *Sociedad de Obreros de Oficios Varios de la Villa de Fitero*, con treinta artículos. En el primero, la Sociedad se propone *mejorar solamente las condiciones de trabajos de los individuos que la forman y practicar la solidaridad en todas las cuestiones que surjan en el trabajo.*

En el mes de febrero de 1920, la Sociedad Obrera, de Fitero ingresó, como tal, en el Partido Socialista, según escueta nota de la secretaría del mismo, aparecida en el órgano oficial, junto con los nombres de otras organizaciones similares.

A finales del septiembre anterior, los agricultores locales en huelga habían conseguido, con la mediación también del alcalde Pablo Pérez, un horario laboral de nueve horas y media, con hora y media para almuerzo y comida, y el aumento del salario diario de 2,50 a 3 pts., y 45 céntimos por hora extraordinaria, que solían ser dos por jornada.

No parece que los problemas laborales se resolvieron del todo, porque a mediados de marzo del año siguiente, la comisión ejecutiva de la UGT nacional, con F. Largo Caballero a la cabeza, publicaba una nota sucinta y rotunda condenando la intransigencia patronal que había provocado una nueva, más larga, huelga en Fitero, y solicitando, tal como solía hacerse en casos parecidos, la ayuda económica de las organizaciones adheridas para el fondo de resistencia de los trabajadores de la Sociedad fiterana.

En la nota de la UGT hay un párrafo particularmente polémico y político:

Los caciques jaimistas tratan de matar la organización, porque temen la entrada en el Ayuntamiento de los cinco concejales recientemente elegidos.

Los cinco candidatos de la Sociedad de Oficios Varios fueron elegidos, en las elecciones municipales, parciales y bianuales, de 8 de febrero de 1920. Cinco, entre ocho socialistas en toda Navarra, y 1082,

según las cifras infladas que dio el partido, en toda España. Eran sus nombres: Gregorio Alfaro, Donaciano Andrés, Miguel Barea, Salustiano Marco y Eladio Yanguas. El 1 de abril, con ocho votos frente a tres, fue elegido alcalde el anterior concejal Fermín Yanguas, que, por motivos de incompatibilidad profesional, fue sustituido en junio por Donaciano Andrés, empleado agrícola, vulgarmente llamado *mulero* por sus paisanos.

A pesar de ser Fitero una villa predominantemente agrícola, con más de 3.000 habitantes, y tener muchos braceros o jornaleros muy pobres, no era *completamente agrícola,* como escriben los que no la conocían bien. Ya no podía llamarse como hacía un siglo, una villa de alpargateros, pelaires e hilanderas, pero la alpargatería no había desaparecido del todo, ni mucho menos. Y al cultivo del cereal, la viña y el olivo, había que añadir en los años veinte: talleres de herrería, carpintería, tonelería, carretería, sastrería, zapatería, guarnicionería; dos molinos harineros; una central eléctrica; dos fábricas de ladrillo y teja; dos de jabones, pastas para sopa y aguardiantes; una de alcoholes; una de aceite industrial; varias de yeso; una de velas, y dos de chocolates, bien famosa la de Casimiro Francés, un fabricante muy apreciado por los trabajadores.

El éxodo de obreros fue también grande, me dice Generoso, hijo del alcalde Donaciano: a las fábricas y talleres de los alrededores, a la azucarera de Alfaro o a las minas de Vizcaya (no de Bilbao), a donde iban y de donde venían algunos a pie, para no gastar en viajes.

Las huelgas tuvieron también otros efectos no previstos. Si en febrero de 1906 se había fundado la Cooperativa Agrícola-Caja Rural, a finales de 1919 la Caja de Crédito Popular inauguraba la Sociedad de Socorros Mutuos para obreros, que tuvo corta vida. Una año más tarde, se constituía la Sociedad Patronal de agricultores e industriales de la Villa de Fitero.

A escala nacional, la Sociedad de Oficios de Fitero estuvo representada por Natalio Utray en el Congreso extraordinario del PSOE en junio de 1920, y él mismo representó, en el inmediatamente posterior de UGT, a la Sociedad fiterana, a una similar de Castejón, y a los carpinteros, panaderos, peones, albañiles, pin-

tores, hojalateros, canteros y electricistas de Pamplona, con un total de 656 representados.

La salud del fundador del PSOE y de la UGT, siempre precaria, se había resquebrajado en los últimos tiempos. Frecuentemente la prensa socialista daba cuenta de las recaídas y de los muchos actos a los que tenía que renunciar por ese motivo.

Tenemos un testimonio excepcional en lo escrito por su hijastro, hijo de Amparo Meliá, esposa de Iglesias, en su libro *Al servicio del pueblo*, publicado en 1930:

El viejo luchador decaía físicamente con rapidez. No tenía, materialmente, un día bueno. Pasaba los meses enteros en sus habitaciones. Escasas eran sus asistencias al Parlamento, y en las reuniones de los Comités que presidía celebrábanse en su casa cuando había que tratar alguna cuestión importante. Aún salió de Madrid los veranos de 1920 y 1921. El primero, con pretexto de que la acompañase, hízole mi madre ir a pasar un mes en Fitero, donde tuvo la alegría de conocer a un bravo grupo de socialistas, uno de los cuales presidía el Ayuntamiento. De Fitero fueron a Valencia, donde permanecieron unos días para volver a Madrid en septiembre.

En *El Socialista* del 12 de julio de 1920, con el título Pablo Iglesias, apareció un breve suelto:

Ayer salió para los baños de Fitero (Navarra) nuestro querido compañero Pablo Iglesias, a donde va con objeto de recuperar su quebrantada salud. Desde Fitero nuestro amigo continuará, en la medida que sus fuerzas se lo permitan, escribiendo artículos para "El Socialista". Deseamos a Pablo Iglesias un feliz viaje, y hacemos fervientes votos para que logre un pronto y completo restablecimiento.

Cuatro artículos, al menos, según he comprobado, salieron durante ese tiempo de la pluma de Iglesias. Uno de ellos, Los trabajado-

res del campo, se lo debió de inspirar la organización y el activismo de los de Fitero. El autor pondera las mejoras conseguidas en el agro español gracias a la asociación y lucha de sus gentes, y resalta el ejemplo dado por los pueblos de España, con mayoría socialista en muchos de ellos, cosa que no sucede aún en ninguna ciudad.

¿Dónde vivió el matrimonio Iglesias-Meliá en Fitero?

Algunos de mis amigos de Fitero sostienen la tradición de que se hospedó en una casa del paseo de San Raimundo, como ya lo había sostenido don Manuel García Sesma. Pero tenemos el testimonio del entonces administrador de los Baños, el poeta y escritor Alberto Pelairea de que se albergó en la misma habitación -la núm. 208 de los Baños Nuevos-, en la que se aposentó un día el futuro papa Benedicto XV (1914-1922), probablemente no siendo aún cardenal, sino cuando, llamado Giacomo della Chiesa, fue auditor del nuncio Rampolla en la nunciatura de Madrid (1885-1887).

Juan Antonio Meliá escribe guasonamente a este respecto:

Debe de ser una buena estancia cuando los curas la eligieron para aposentar al nuncio (sic) y los socialistas para instalar al "abuelo".

El día 17 de agosto de 1920, en el tren correo procedente de Fitero, llegó a la estación de Zaragoza el matrimonio Iglesias-Meliá. Fueron a saludarles varios amigos y compañeros, con los que el dirigente socialista conversó breves momentos antes de dirigirse al hotel, de donde salió para Valencia al día siguiente, con el fin de buscar un reposo completo.

Le quedaban aún cinco difíciles años de vida.

POR BETATUBERRIA OSABA

Cuando desde Orbaiceta nos acercamos al término de Abaurrea Baja, me viene a la memoria selectiva aquel cuento que una vecina de esta localidad, Petra Arotzarena, le contó en su día (1935 a 1947) a don Resurrección María de Azcue, y que éste recogió en uno de sus cuatro tomos de *Euskal Errien Yakintza*.

Vivían en Orbaiceta unos recién casados en la casa de la madre del marido. La suegra y la nuera siempre estaban riñendo. La madre le decía al hijo que su mujer era una grandísima floja y una borrachinga rematada. Por eso le quitaba a la nuera hasta las llaves de la casa.

Un día le hizo mirar a su hijo debajo de la cama del matrimonio, y mostrándole las botellas que allí había le dijo:

- Mira qué tipo es tu mujer.

El hijo, que quería a su esposa, no lo podía creer. Un día de mayo fue a la heredad algo antes que ella y se ocultó en la copa de un árbol. Estando ya el día avanzado, la mujer, que no había parado de trabajar, miró para el sol y dijo:

- ¡Oh, qué largo día de mayo! ¡Qué hambre siento en los intestinos del vientre! ¡Si aún así, tuviera paz en casa!

El marido, al oír esto, y viendo que su mujer había estado trabajando todo el santo día, y que todo eran calumnias, zurró a su madre, le quitó las llaves de casa y se las dio a su esposa.

Nada más pasar Abaurrea Alta, se nos aparecen los Pirineos en su orográfico y geométrico esplendor.

Hoy, entre nubes, boiras y calinas, no tienen nada de barrera -*el-Hadjiz*, como lo llamaban los árabes- y sí mucho del clásico escenario gigantesco, diseñado por genios y dioses, en el que han jugado su papel toda clase de seres misteriosos o enigmáticos.

Desde las figuras de patriarcas selváticos que habitaron las crestas de estas montañas, talladas por Hércules, hasta los gigantes gentiles, que sembraban el terror en la región, hasta que se suicidaron colectivamente a la llegada del cristianismo. Desde los supervivientes del Arca de Noé, que por aquí encontraron refugio, hasta toda clase de hadas y gnomos, que aparecen todavía, alegres y revoltosos, en ríos, arroyos y fuentes.

La cristianización de las leyendas primitivas creó otras nuevas del mismo o parecido espesor.

Es el caso de muchos de los viajes que hizo Dios por los Pirineos, acompañado habitualmente de un santo, que solía ser San Pedro, casi siempre vestidos de mendigos o vagabundos. A quienes les negaban la limosna o la hospitabilidad solían condenarlos a ser engullidos bajo las aguas de un lago o un río o a ser convertidos en piedras impías. Motivos que, como se sabe, se encuentran en el episodio bíblico de Sodoma y Gomorra o en el del castigo por Zeus y Hermes del lugar de Frigia, cuando sus vecinos no quisieron recibirlos.

El Ori nos mira hoy entre tímido y cauteloso, ocultando también sus muchos secretos, sin esa solemnidad majestuosa que le da la nieve de invierno y primavera o la umbrosa vegetación de la vertiente norte francesa.

Pasamos por Ochagavía, puerto permanente bifluvial; dejamos Musquilda a nuestra izquierda y seguimos hacia el pueblo más septentrional del Valle de Salazar, con montes de pinos y hayas de fondo, entre montones de troncos, avellanos en los bordes, y algunos huertecillos a la vera del río Anduña, uno de los afluentes del Salazar, que tenemos al costado derecho.

El viajero guarda un recuerdo entrañable del pueblo de Izalzu y ahora, al verlo otra vez, se le representa punto por punto, como lo describió entonces: los barrios Alto y Bajo, la casa más antigua del siglo XVI, las inscripciones de los Mosso, el hostal-restaurante, los puentes y el río, el paseo con los plataneros, la iglesia de San Salvador y la ermita de San José, la carretera que se estrecha, la salida alpina...

El sendero local, un camino carretero, bien cuidado con grava, parte de la misma carretera, término de Betatuberría, entre helechos grandes, avellanos, arces, fresnos, ranúnculos, oréganos, cardos morados, saponarias... Llevamos a nuestro lado como la mejor compañía un regato, el Xinto, afluente del Anduña, y es maravilla verlo bajar, acercarse, alejarse, correr, remansarse, escabullirse, musitar, sugerir... ¡Ay, los lenguajes mil de la vida, de las vidas, a los que tan poca atención prestamos!

Pero el sendero nos separa pronto del riachuelo y nos conduce hacia el oeste. Hay algunos pequeños charcos de lluvias recientes, tal vez de ayer mismo. Unos haces de leña están cubiertos con plásticos. Peines, angélicas, hipéricos, clemátides... Llegamos a un robledal, con vistosos ejemplares, como son todos ellos, de roble americano. Estamos en el término de Oiarzegia, que suena a bosque, a foresta. Casi todos

los troncos están acosados por las hiedras. Luego un gran helechal se extiende a la vera del sendero, y han tenido que desbrozar el mismo camino para hacerlo transitable. Se ven desde aquí las primeras casas del pueblo. Muchas mentas en flor y algunos saucos.

Terminado el repecho, entramos en un bosque de hayas. Cerca de un rodal de robles, algunos también americanos, vemos otro bosque de pinos royos altos, casi sin ramas, atléticos y solares. Bajamos por una senda, con muchos espinos albares, entre hayas y pinos, con muchas ramas por el suelo. En medio del sendero hay un tronco de pino atravesado, arrancado quizás por algún huracán.

Nos cierra el horizonte por el nordeste la valla caliza del Abodi. Los montes medios aledaños están cubiertos de pinos. Pasan volando unas golondrinas blancas. Nos cierra el paso otro árbol caído, esta vez un roble añoso, de ésos que sirven en las excursiones para hacerse fotografías. Aquí es una barricada natural, que sirve para saltar, estirar el diafragma, o pasar de una lado, sin demasiada heroicidad.

El sendero se hace ahora sendero-regata, que se vuelve y se revuelve. Se oyen voces chillonas de chicos. Nos asomamos a la carretera, en el término ya de Alorzarra, o campo viejo destinado a la siembra o a las legumbres. Hay, es verdad, varios huertos, debajo de una larga pradera. Cerca pasa el barranco de Onzola que, por debajo de la carretera, va a dar al Anduña.

Cuando pasamos junto a la iglesia y a la *placeta* del pueblo, me viene también a la memoria literaria la figura del bardo o *koblari* Garchot, que aquí estranguló a su hijo Mikelot, antes de dejarlo volver a Roncesvalles como collazo –lo que él mismo fue- y ofrecido al servicio de Santa María, y que aquí estuvo a punto de ser quemado vivo.

Arturo Campión aprovechó una vieja leyenda salacenca, eco tal

vez de las contiendas entre la Colegiata y el Valle de Salazar, y montó sobre ella un truculento y excesivo relato, rico en fantasía y en dotes descriptivas, no sin antes aprovechar el viaje para escenificar en Roncesvalles, que él siempre llama Orreaga, uno de sus clásicos conflictos entre *baskos* y no *baskos*.

Prefiero el relato mucho más primitivo de Andresa, la hija pequeña de Gabriel, en su casa de Izalzu, que nos pinta a Garchot excomulgado y castigado por el prior de Roncesvalles, y al que le llevan de comer y beber las palomas durante su cautiverio en la torre de Elkorreta:

- Ahí van las palomas del valle a dar de comer a Garchot, hambriento en Elkorreta.

Y porque representan literariamente a todas las buenas gentes de Izalzu en tiempos presentes y pretéritos, rememoro al alcalde Johan Lopeyz de Garrotza, y a los vecinos Esteban Sáinz de Zamainburu y Berñat Miguéliz de Arpiede.

Por encargo del abad del pueblo llevaron alimentos al pobre cautivo hasta su torreta de Elkorreta, aquel abril del año 1110, y lo vieron morir aquella misma mañana, de frío, hambre y locura, hablando en sus últimos momentos de lobos, palomas y del fiel Ochaburu, comido por los cuervos.

LA EPOPEYA CICLISTA

Desde que el filósofo francés Roland Barthes (1915-1980) escribió en 1955 el artículo *Le Tour comme épopée* (La Vuelta a Francia como epopeya), recogido luego en su libro *Mythologies* (1957), muchos hemos visto no sólo el *Tour* sino otras muchas Vueltas con una visión, si no mítica, sí epopéyica, legendaria o fabulosa. La epopeya, la leyenda y la fábula son variantes menores, -para otros, metamorfosis y hasta degradaciones- del mito auténtico.

Entiendo aquí mito en el mejor y más común de los sentidos, (que no es el de Barthes), como narración simbólica de hechos y personajes inaccesibles a la experiencia común, que encierra un saber superior y nos da la clave -no una explicación científica- del sentido de una realidad capital: la creación, la vida, el amor, la muerte, el más allá, la sociedad, etc.

Todas las religiones y también todas las filosofías y literaturas han echado y echan mano del mito para expresar de algún modo lo inexpresable y poder llegar al fondo de la inteligencia y del corazón del hombre.

Asimismo la vida cotidiana está llena de símbolos míticos: los deportes, el cine, el mundo de la canción, la política, los negocios, el arte, la ciencia, la comida y la bebida. . . Muchas palabras y expresiones tienen un claro origen mítico. Pero, ay, casi siempre *mito-logizados*,

es decir, mitos manipulados, orientados, aprovechados por el logos: la razón instrumental e instrumentalizadora.

En los deportes, pocos tan populares y legendarios como el fútbol y el ciclismo. Basta recordar algunos nombres, verdaderamente "míticos": Coppi, Bartali, Geminiani, Bobet, Kubler, De Groot, Merckx, Gimondi, Anquetil, Bahamontes. . . y entre nosotros, a pesar de ser tan cercano, Miguel Indurain.

Protagonistas de una epopeya deportiva, en la que parecen dueños de los acontecimientos, sus nombres se leen como símbolos del valor, de la lealtad, del ingenio, del sacrificio o de la resistencia.

Uno es el héroe prometeico: luchador indomable, con sentido agudo de la organización, calculador, con un exceso de cerebridad, etc. Otro es el ciclista más elegante. Un tercero es el corredor solitario, taciturno, reflexivo. Aquél es el héroe perfecto, que reúne todas las virtudes. Este, en cambio, es el nuevo arcángel de la montaña, adolescente genial, habitado por una deidad, que le hace dominar el aire o el agua, ser un pájaro o un avión, etc., etc.

Con frecuencia se les llama por el nombre y no por el apellido, y hasta por el diminutivo familiar, entre la servilidad y la admiración aduladora a estos genios o diosecillos, que parecen escapados del relato original de la epopeya.

Sólo el hombre convierte el país en paisaje, la geografía en lugar histórico, y la naturaleza sin más en naturaleza humanizada.

La geografía del Tour, del Giro o de la Vuelta queda sometida también a las necesidades de la epopeya.

Los elementos naturales y los terrenos son personificados para que puedan medirse con el hombre, mano a mano, de igual a igual. Y si el hombre se naturaliza, la naturaleza se humaniza. Las cimas son malignas, las pendientes traidoras, los llanos engañosos. . .

Las etapas, más que capítulos de una novela, son personajes físicos, enemigos sucesivos, fantasmas amenazantes o gigantes de torvo ceño, con los que tienen que habérselas los corredores.

Los ciclistas encuentran en la naturaleza un medio animado con el que mantienen una relación de cambios de nutrición y sujeción: esta etapa, de carreteras opacas y angulares, será *dura de tragar*; aquélla, esquistosa y prehistórica, en la garganta o en la cima, atrapará al corredor. . . Todas presentan un problema de asimilación, propio de una naturaleza-sustancia y no sólo naturaleza-objeto.

El corredor siempre aparece en estado de inmersión en ella y no sólo de simple paso: el corredor atraviesa, vuela, se tira, se hunde, salta, se zambulle, aparece y desaparece. . .

Las montañas, sobre todo las altas montañas, son despóticas, no perdonan a los débiles, cobran tributos -como los dragones, los demonios o los dioses terribles- de accidentes y hasta de muertes.

Como en la Odisea (o Ulisea) homérica, la carrera es un periplo de pruebas y de exploraciones de límites terrestres, entre los cielos y los abismos. Los ciclistas tienen ante sí un abanico de espacios humanos, de los que toman posesión inmediata y suficiente como para, a continuación, liberarse de ellos y continuar la aventura deportiva.

Unas veces serán las sirenas encantadoras, otras el gigante Polifemo, o los vientos desapacibles, o los peligros de la estación. . . los que saldrán al encuentro del viajero aventurero y darán la medida de su resistencia y su valor para seguir navegando hasta el puerto final de Itaca.

El ciclismo comparte con la Marathón la exclusiva del espacio geográfico abierto por tierra, la naturaleza libre como el terreno de juego, y con el mínimo equipaje artificial -lo que no es el caso de los coches de carreras- como soporte.

La fuerza de la que los corredores disponen para afrontar esa aventura puede tomar dos aspectos: la forma: equilibrio privilegiado

entre la cualidad de los músculos, la agudeza de la mente y la voluntad del carácter, y el llamado impulso, que otros llaman salto (*jump*), o genio: una especie de influjo eléctrico que se apodera de ciertos ciclistas amados de los dioses y les hace llevar a cabo proezas casi sobrehumanas.

Una parodia de este impulso o genio es el dopaje: intento adánico de imitar a la deidad; de robar, como el mítico Prometeo, el fuego de los dioses, que se encargan pronto de castigar el delito.

Todos los buenos aficionados pueden hacer dos listas, con los atletas de la forma en una, y con los del genio o impulso en la otra. Constantes los primeros, cotidianos, tenaces, seguros, hábiles, monótonos si se quiere, sacrificados, encabezadores o seguidores, según sea el cálculo y el razonamiento. Brillantes los segundos, sorprendentes, imprescindibles, rebeldes, voluntaristas, dramáticos, fulgurantes en las escapadas, malos gregarios, prontos al abandono. . .

El Tour, la Vuelta, el Giro. . . son un campeonato de caracteres, lo que exige una recia moral individual, de combate solitario frente a todo tipos de azar. Pero al mismo tiempo es un deporte, que exige a su vez una denodada moral colectiva y caballeresca, con todo tipo de sacrificios al servicio del equipo, compatibles por definición con el espíritu del éxito individual.

En este punto juega un papel capital el director técnico, que debe asegurar la relación entre medios y fin, entre la conciencia y el pragmatismo, entre éxitos individuales y el buen hacer común, entre utopía y realismo.

La afición, en general, es más propensa a destacar lo individual, a ensalzar o rebajar a sus favoritos y desfavoritos, respectivamente, porque con unos y contra otros acaba identificándose. Por lo que técnicos y comentaristas tendrán que hacer resaltar la labor colectiva de equipos y grupos, difícil de valorar por los espectadores y fácil de perderse en el anonimato no ejemplarificador.

El dinero, los intereses económicos, los sucios negocios, que se esconden (cuando se esconden) tras los grandes acontecimientos deportivos, manchándolos, viciándolos, y hasta corrompiéndolos, no impiden que el Tour, el Giro o la Vuelta (las muchas Vueltas) sean hechos nacionales e internacionales fascinantes para muchos participantes y para millones de espectadores.

Personajes célebres o que acaban de descubrirse, con sus biografías legendarias, cuando no heroicas; el ritual esplendoroso de la organización: exacta, disciplinada; el colorido, la música, la información múltiple... , regido todo por un mando superior, invisible y al mismo tiempo omnipresente; el relato novelesco de las etapas anteriores y de la que en este momento se lleva a cabo, con toda clase de incidentes y peripecias que toman un cariz entre dramático y épico; la ingente y permanente presencia de la naturaleza, que la televisión lleva hasta la más puntillosa de las evidencias... hacen posibles esos momentos intensos y casi sobrehumanos en que los mortales sentimos, anhelamos, vivimos y esperamos esa feliz adecuación y coincidencia entre nosotros mismos, los otros, la naturaleza, la comunidad y el universo.

Esos momentos -que nos suelen regalar la fe, el amor, el arte, la contemplación del paisaje-, en que el hombre, por infeliz y desfondado que se sienta, vive con el espíritu a través de los cinco sentidos, la cercanía de la Totalidad y de su Sentido.

Esos momentos, en que -como en el semiperdido Himno a Zeus, de Píndaro, el autor de las Odas Olímpicas- nos sorprendamos a nosotros mismos

oyendo el son de las melodías creado por los dioses.

MAPA CICLISTA

Si hay alguien que no está para ver paisajes en una vuelta ciclista son los propios ciclistas. Tampoco los organizadores y el largo equipo de colaboradores, cejijuntamente atentos a los mil y un pormenore

Pero todos ellos estudian con antelación, de una y otra forma, el mapa sobre el terreno, y se encuentran, quieran o no, con el paisaje, que es el país extendido y contemplado por el paisanaje, sin el cual no existe -o es como si no existiera- ni ése ni aquél.

Los espectadores /expectadores al natural o por televisión tenemos en las carreras ciclistas una ocasión pintiparada de fruir el paisaje y en el paisaje. ¿Cuándo vimos mejor los españoles, pongo por caso, Estrasbrugo y parte de Alsacia que hace unos años en el *Tour* de Francia? Y lo mismo les pasó a ellos con Pamplona y parte de Navarra el año pasado.

Ningún deporte de masas está más pegado morosamente al terreno que el ciclismo. Y todo terreno lleva su forma y belleza natural -su geografía-, y su entorno humano: su historia.

MAPA CICLISTA

Van rodando las ruedas
por la redonda piel de nuestro globo:
Tierra cíclica.
Cíclicos ciclistas la voltean,
Volteadora tenaz en el espacio.

No es carrera de carros.
Son ruedas con alones
hechos de velocidad
y viento.

Corren, vuelan, se detienen
por la fiel superficie de la Tierra
rodadora.

Vamos, pues, con los que ruedan.

Rotonda de Echavacoiz en la Ronda Norte. Salida lanzada para salir pronto del agobio urbano y urbanístico y respirar el ancho aire libre de los campos tostados de la Cuenca.

Sigue creciendo Cizur Mayor, que, con la Urbanización, va haciéndose Máximo. Los caballos negros y rampantes sobre fondo amarillo de "Avanti" animan a correr.

Astrain no enseña lo mejor que tiene. Cortando onduladas sernas en rastrojo, la carretera se acomoda a las sinuosidades de la sierra del Perdón. Los molinos eólicos -luengos brazos de Eolo- nos dan aire y cierta nostalgia de los gigantes que poblaron estas sierras en tiempos heroicos.

Bajar y alear hacia el feraz piedemonte de Valdizarbe. Siempre discreta, casi invisible, la ermita de Basongaiz, uno de los restos del poblado medieval. Legarda se aparta prudente de la carretera en torno a su hermosa y desconocida iglesia gótica.

Fuerte, ermita y ermitañería de San Guillermo de Obanos. Otra Bodega privada. Las cigüeñas más norteñas de Navarra montan la guardia sobre la resistente torre de la alcoholera, ya curada de la alcoholemia.

Qué lindo sería entrar por la calle Mayor de Puente: puro Camino Francés-Hispano. Pero, al menos, uno puede ver algún viejo paño del cerco antiguo. Y el puente de Doña Mayor, todo ojos acuosos. Pero antes, la meta al esprint con premio especial, en medio del Paseo. Ahora se sube a Mañeru en una santiamén y antes nos parecía un viaje meritorio: como subirlo ahora en bici.

Y ya está ahí el retablo cívico de Cirauqui, en el que la torre de Santa Catalina quiere ser como la de San Román. Pero antes el testigo románico de Aniz nos muestra su buena encarnadura tras la operación estética.

Villatuerta se ha convertido en pequeña urbe residencial. Nos desviamos hacia Oteiza, por el polígono industrial de Estella: naves, almacenes, geometría cotidiana y desdibujada del negocio y del trabajo. La calle-camino de Noveleta.

La arboladura fiel del Ega. Los altos y levantados riscos de

Montejurra siempre encima, entre protectores y amenazantes. Los ajardinados dominios de Gráficas Estella. Y el pudor (*de pudir*) de las tenerías o curtidurías.

Un corto ascenso entre trozos de monte bajo. Y tras unas volteretas sobre las piscinas y el frontón pinturrejiáo, entramos en Oteiza, con muchas casas construidas y reconstruidas, plátanos en el atrio y acacias de Constantinopla en la plaza. Bárbaras pintadas a la salida. *Más cultura y menos guerra*: eso les digo yo a los que pusieron aquí las zarpas.

Se abre ahora el vasto panorama de la Ribera media: campos de cereal, y diminutos rodales de encinas, coscojas y matorral, como a voleo. Enfrente, Larraga, con su torre octogonal, el pinar con la sombra del castillo, el silo y el cementerio.

Tierras del viejo Baigorri. El silo de piedra junto a un corral. Seguimos cuesta abajo el curso del regacho la Nava que pasa junto a San Tirso.

Torcemos hacia las tierras rojas de Mendigorría. Alguna viñas altas. Una torada en el fenal, tras unos cedros azules. La meseta de Andelos. Andión. El puente de siete arcadas. El camping, que se va a ampliar. La Cooperativa cerealista.

El pueblo medieval y defensivo que es Mendigorría, color de teja llovida, regido por la torre barroca, que culmina un rico museo de arte.

Una endiablada bajada curvosa sobre el regadío con invernaderos. Campollano. Una entrada placentera, de árboles y flores, a Puente la Reina, sobre la desembocadura del río Robo en el Arga.

Subimos a Mañeru, pero por la mucho más empinada carretera vieja de las cuatro curvas, entre nogales y acacias residuales. Tierras

familiares de Mendibelea. Y antes de llegar al crucero, enfilamos la difícil y penosa pista asfaltada, entre pinos, cipreses, almendros y olivos.

El premio de montaña, de primera categoría, bien se merece esta lucha final, a la que se aprestan, ni suspensos ni medrosos, los corredores.

Peor lo pasaron quienes defendieron y atacaron, en 1812, 1835-1839 y 1873-1876, el famoso Fuerte, en torno a la ermita de Santa Bárbara. Parece que ha subido todo el pueblo.

Y fenecida la batalla deportiva, descanso y bella vista desde aquí.

Los premios, debajo del atrio de la muy noble y leal villa de Mañeru.

DE PAMPLONA A PAMPLONA POR GOÑI Y ATEZ

Salida lanzada junto al colegio Público de San Jorge.

Horizontes ya conocidos de Vueltas anteriores. Pero esta vez, mirando de reojo el vetusto monasterio de Yarte y su espadaña, seguimos hasta Anoz, donde comienza un alongado y rizado ascenso hasta los altos de Goñi.

Agudos peñascales de la sierra de Saldise, que dio nombre al villaje, o, al revés, quién sabe. Nos miran desde la balaustrada natural de Ilzarbe, pueblo que está debajo de la iglesia, y no de no sé qué fresnada, como un día escribió el viajero.

Nuevo homenaje a Borja Osés, siempre con flores que lo remembran, en el pretil del puentecillo sobre el Udarbe. Piramidal Churregui desde aquí.

Tras Arteta todo es pedaleo en vueltas y revueltas, idas sin tornas por la espantable varga; primero entre robles, luego entre hayas. Las rocas calizas de Saldise hacen de espejo contra el sol. Los mejores hinchas han subido hasta aquí.

Al final de la morrocotuda rampa que los chicos coronan vahando, hay una especie de vergel sombroso, donde no falta siquiera una balsa.

Los chorros de agua de las fuentes del concejo de Goñi. La torre restaurada y contenida de San Ciriaco, que no San Quirico. Y luego, un paisaje ondulado de campos de alfalfa y trigales recién recolectados, cruzados por un carretil estrecho pero seguro.

Adiós, torre de Urdánoz, y palacio de Aizpún. Adiós, Azanza, asomado sobre el puyo natural de donde nos mira, todavía lleno de flores silvestres.

Qué descansada y descarada caída, a los pies de la peña de Azanza.

Es ligero el tiempo y no hay barranco que lo detenga.

De Anoz viramos hacia el norte, con el derrumbadero de Oskía como telón de cierre. Nuevos casales entre el encinar de Atondo, pueblo del linaje de aquel gran andarín y corredor que fue Francisco de Javier.

El mormorio del Arakil, agua entre losas. Oskía alpino. La ermita bajo la peñambre, y la dulce memoria de la romería con San Miguel. El río se hace manso, remanso. Buen trayecto para la garzonería rodante. Casonas del barrio bajo de Erroz, y travesía de Izurdiaga, el de la bella estación ferroviaria.

El tajo fluvial de las Dos Hermanas, y, antes, Irurzun nuevo e Irurzun viejo, con mucha gente y muchos bares.

Después de pasar bajo el balcón de Aizcorbe, los pedaleadores enfilan hacia Muzkitz y Aróstegui. Por ahí pasó el Plazaola y pasean hoy unas personas mayores. La enseña budista de Gulina. La rodela

caliza de algún jayán geológico.

¿Cía o Zía? ¿Y por qué no los dos? Altos y pujantes muros. Una fuente con chorros fríos delante de la iglesia. Carretera empastada. Robledal espeso. Largo, aunque lento, puyar, para luego devallar entre pradales.

Tras la Venta de Muzkitz, con tiestos y geranios, nuevos robledales, y, otra vez, praderas con yeguas, vacas y ovejas. Carretil hacia Beunza y Berasáin. Erice de Atez nos recibe distendido y sosegado.

La recia figura de Aróstegui, con torre de saetera. La casa del alcalde de Pamplona lleva como escudo un San Miguel de Aralar.

Desde el Alto de Marcaláin, parece que se adelanta, defensivo, San Cristóbal. Zig-zag descendente. Chafarrinón de Pamplona. Estamos llegando a la planicie de la Cuenca, de la concha pamplonesa.

El poyal de Berriosuso: más casares nuevos en tierra firme. Ainzoáin se engalana no lejos de la carretera principal y del polígono industrial: camiones, llantas, almacenes, naves, restaurantes, bares, hostales, ruidos; mucha y apretada vida.

Desvío por la variante. Casetas con arbolillos. La guardia forestal del río Arga alivia un poco el murallón de bloques urbanos. Entramos entre los plataneros de San Jorge. Y damos con el muy vistoso club Deportivo San Juan.

La meta en Ermitagaña, el barrio más verde de Pamplona. Mucha gente.

Ya está. Misión cumplida.

DÓLMENES EN URBASA

Lo menos bueno del excelente volumen, editado por la CAN y el Gobierno de Navarra, *El Parque Natural de Urbasa y Andía*, es que a la maestría de las fotos no acompañe parejamente la maestría de la literatura. La buena literatura es casi siempre la gran ausente de estos alardes editoriales.

Los textos científicos, en cambio, son precisos y claros, y ellos nos recuerdan que, tras la presencia de los hombres de la raza de Neanderthal, el hombre dél Cromagnon nos ha dejado unos frágiles testimonios de su paso por la vida: raspadores, buriles, puntas de flecha y cuchillos, todo ello trabajado en piedra, así como arpones, agujas y punzones elaborados en hueso.

Cuando más tarde los recolectores y cazadores se hicieron agricultores y pastores, construyeron lo que se llama *monumentos megalíticos* (de grandes piedras), en forma de *menhires, dólmenes, túmulos o cromlechs*, más o menos entre los años 2.000 y 900 antes de Jesucristo.

Terminada nuestra visita a todos y cada uno de los pueblos de

las Améscoas, y recorrido el verano pasado el Monte de Las Limitaciones, nuestros amigos amescoanos nos invitan este año a ver algunos dólmenes de Urbasa.

Es un día de agosto, con sol entre nubes y viento levemente desenvainado, que nos trae la frescura entibiada y el perfume desvanecido de los bosques.

Después de saludar copiosamente a la Amparo en la gasolinera, llenamos el andariego de José Luis y subimos a la sierra. Urbasa es como un día de fiesta mayor en la pesadumbrosa cotidianidad de la semana.

En el aparcadero hay algunos coches y muchos montones de troncos de haya. Aquí el viento anda más desenvainado. En el pastizal se retuercen los espinos, se redondean las toperas, y lucen los cardos morados, mientras se asoman pálidamente los cólquicos *quita meriendas*. No falta un galforro nidificante, enemigo mortal de topillos, ratones y conejos.

De Zurgain, término de Limitaciones, avanzamos por Pedrotxiki y, ya dentro del comunal de Urbasa, seguimos por Arratondo, hacia las chabolas del mismo nombre, llamadas también de Zudaire. No hemos andado mucho todavía, cuando nuestros guías y maestros ya han encontrado el primer objetivo, a 915 m. de altura: el dólmen de *Artekosaro*: literalmente, majada de la encina, o, mejor, punto de reunión de los pastores en torno a la encina, o lugar resguardado llamado de la encina... Pero la literalidad tiene a veces poco que ver con la realidad de la palabra.

Acostumbrados como estamos a los dólmenes de Aralar y otros sitios de Navarra, éste nos parece un dolmen gigante, especialmente por el túmulo circular que hace de base y corola, y en cuyo centro se semihunden las dos galgas verticales que sostienen la losa encimera partida por la mitad pero que aún se sostiene. Hay trozos de losa grande caídos sobre el túmulo, compuestos de tierra y lajas innumerables, de caliza gris azulenca y gris blanquecina, muchas recubiertas de líquenes, pequeños musgos y otras plantas saxífragas, y estriadas por el paso de los siglos nivosos, lluviosos y ventosos.

Rodean al dolmen unas hayas jóvenes rebosantes de hayucos, y algunos espinos y endrinos. Lo descubrió José Miguel de Barandiarán en 1921 y fue excavado ese mismo año por el mismo Barandiarán y sus colaboradores Aranzadi y Eguren, quienes encontraron algunos restos humanos, cerámicos, líticos etc.

El viajero besa reverentemente el panteón funerario, como siempre lo hace, y recuerda con emoción a los que aquí o cerca de aquí nacieron, vivieron, pastorearon, sufrieron, gozaron y murieron, y recuerda a la vez al querido y admirado Emilio Redondo, que tanto tiempo dedicó al estudio de la prehistoria y protohistoria de Urbasa.

Seguimos la ruta dolménica, y vamos encontrando en el hayedo arces campestres, encinos, arróchigas, grosellas, helechos, heléboros, ortigas, murajes, cuernecillos, musgos... Hay algunos trozos acotados con lajas y estacas, para impedir al ganado llegar hasta los plantones tiernos de hayas. Pasan unas vacas pirenáicas, en fila india, disciplinadas, habituales.

- ¿A dónde van estas vacas?

- No sabemos.

Entramos en el raso de Urbasa. Revuelan unos cuervos. Dos perros espolean un rebaño de ovejas, algunas de cabeza negra y todas con marcas verdes en los lomos. Vamos por una pista que ondula suavemente. Junto a las chabolas, tenidas en usufructo y no en propiedad, vemos coches, bidones, una mesa con manteles, unos montones de leña, una camioneta, unos tiestos con geranios, ropa tendida, un corral con cubierta de chapa, varios perros ladradores, niños jugando... Junto a ellos, una cerca de madera y alambre. Los ganaderos-pastores, dueños de los rebaños, pasan por aquí algunas horas, recogen el rebaño, lo ordeñan y suelen vender la leche a las fábricas de queso que suben hasta aquí a recogerla. Unos pocos hacen queso con sus propias manos y lo venden por aquí y en los pueblos vecinos. La mayoría de los ganaderos suele volver cada noche a casa. Ya no es como antes.

DÓLMENES EN URBASA

Muy cerca de las chabolas, a una altura de 898 m., nos damos de bruces con el dolmen de La Cañada, de galería cubierta –tres paredes-, en forma rectangular, formada por doce losas y túmulo circular - 19 metros-, que nos parece tan grande como el anterior y hasta aún más alto. Las grandes piedras, entre musgos y líquenes, se levantan en una depresión central donde crecen las ortigas. Encontrado y excavado por los mismo especialistas el mismo año que el dolmen anterior, además de restos líticos, metálicos, óseos y cerámicos, se hallaron también restos de una docena de personas.

Si junto al dolmen anterior estaba rayada la versión en euskera de los datos científicos puestos por la sociedad Gorosti en un pequeño indicador, esta vez lo está la versión en castellano. La mente de tales rayadores no llega ni a la edad de piedra, si es que no tienen una piedra por mente!

Alrededor del dolmen no es difícil ver restos de viejas chabolas de piedra bajo las hayas y los azkarros.

Salimos otra vez al raso. A lo lejos, el palacio y frontón de Urbasa, donde el viajero jugó y perdió pelotas y partidos en sus años más mozos. Pero lo más nuevo e impresionante son los caballos, yeguas y potros de cuatro o cinco meses, con los que nos encontramos apenas hemos andurriáo cinco minutos. Estamos en el término llamado de Mandabide (¿camino de mulos?) y vemos correr a nuestros grandes animales, los más grandes que nos quedan, bellos, apolíneos, despeinados, colas al viento como trofeos, lustrosos, encerados de sol, flameantes, pura sangre y puro brillo, enamoradizos y enamorantes. Corren de acá para allá, vigilados de cerca por dos ganaderos amescoanos, ante unas mustias vacas, rojas y barcinas, asombradas sin asombro. Corren y se siguen, se chocan, se pegan, se cocean, se muerden en el cuello y en el pecho, a veces se acercan a nosotros

- Qué miedo.

- No hacen nada -nos grita uno de los pastores.

Me acuerdo de los innumerables caballos de Jesús Montes, expuestos en su casa-museo de Zigaurre, y de Pegaso, el caballo alado nacido de la sangre de Medusa, muerta por Perseo y cabalgado por él; llegó al cielo, sirvió a Zeus, quien lo convirtió en una constelación boreal. Uno espera que éstos, como aquél, hagan brotar de una coz una fuente, aunque no se llame de Hipocrene

- Cada caballo tiene su harén -nos enseña José Luis-. Aquí hay tres caballos y cada cual defiende lo suyo.

La cosa es que vamos buscando el menhir de Arratondo, no el de Mugakoarria, y no lo encontramos. Estamos ahora semiperdidos en una zona de hayas, árboles espinos y árboles endrinos, azkarros, arañones y toperas. Pero andando, andando, nos desviamos hacia occidente, por Armorkora, y tras subir pisando viejas piedras de sendas, caminos, cañadas y calzadas desdibujadas de pastores, ferrones, vagabundos y maleantes, llegamos hasta los dólmenes *Armorkora-txikia* y *Armorkora-aundia.*

Pero de estos dos dólmenes y de sus enigmáticos entornos hablaré otro día, cuando nuestros guías nos lleven, partiendo de Otsaportillo (o portillo del lobo) hasta el raso de Eskiza.

Anastasio nos advierte que ya es la hora del Ángelus. Y la verdad es que los talles aéreos de los árboles se estiran de luz, y el poniente, de pie como un Arcángel, tiraniza las pistas de la sierra.

Como si hubiera estado aquí, y nos hubiera acompañado después por los pueblos amescoanos, escribió Borges:

DÓLMENES EN URBASA

Los cencerros recogen la tristeza
dispersa de la tarde. La luna nueva
es una vocecita desde el cielo.
Según va anocheciendo,
vuelve a ser campo el pueblo.

El 9 de junio de 1921 llegó en tren desde Vitoria a Olazagutía don José Manuel de Barandiarán, acompañado de su sobrino Francisco de Auzmendi, y desde Olazagutía subieron andando durante hora y media hasta el palacio de Urbasa, propiedad entonces del olaztiarra Sr. Echávarri, que vivía con su familia y con el capellán D. Francisco de Amundarain. Allí se hospedaron durante cinco días. Barandiarán habla en su Diario de los "*acaudalados industriales señores de Echávarri*".

El célebre etnólogo vasco, que hasta encontró en su trayecto trozos de la vieja calzada, se entusiasmó con la sierra de Urbasa. En una ocasión, los animales domésticos y domesticados de muy varia especie, incluidos perros, gatos, gansos y gallinas, que ve desfilar delante del palacio, le recuerdan nada menos que la imagen del arca de Noé.

El primer día aún tuvo ánimos, tras la caminata, para llegarse otra vez, tucu-tucu, hasta el cercano Puerto de Zudaire y descubrir el dolmen de Zurgaina, ya en muy mal estado. La tarde del día siguiente, acompañado siempre de su sobrino y del capellán, encontró en el monte La Cañada, en el límite oriental del Raso central con el bosque, el dolmen que lleva su nombre, destapado y casi destruido. Caminado hacia el Raso de Exkiza descubrieron el dolmen *Amorkora* (o Arrimokoa) *aundia*, junto a la majada del pastor Juan Andrés de Arsitizábal. El día 11 vieron en el alto de Larragoiko, sobre Baríndano y Zudaire, un montón de piedras que se les antojó un túmulo. El do-

mingo no hubo expedición, pero sí paseo, durante el cual se dieron con el *Amorkora txiki*, a sólo 700 metros de su homónimo superior.

El último día, en fin, y con la ayuda del pastor Aristizábal, pudieron contemplar, a 500 metros de La Cañada, el hermoso dolmen de *Artekosaro*, que les pareció el mayor y no profanado *como los demás.* Antes de agotar la estancia se acercaron al Puerto Viejo de Baquedano y descubrieron otro dolmen, algunas de cuyas piedras habían desaparecido, tal vez para levantar alguna de las chabolas.

El 16 del mismo mes, volvió Barandiarán a Urbasa, acompañado de su colaborador el vitoriano Enrique Eguren Bengoa, catedrático entonces de geología y biología en el Instituto de Vitoria, y del seminarista Tomás Atauri.

Comenzaron por Artekosaro, situado en un peñascal raso, bien rodeado de hayas y alejado de cualquier camino, tal como lo vimos el año pasado junto a nuestros amigos amescoanos. Estaba cubierto por un túmulo o galgal, que medía 20,50 m. De diámetro y 2,65 de altura. El sepulcro tenía 1,80 m. De largo, 1,10 de ancho y 1,70 de alto. De las cuatro grandes losas, la más larga medía 2,40 metros. La losa de la cubierta estaba rota en dos, y era de 2,80 m. De largo, 2,60 de ancho y 0,35 de grosor. Del lado de la entrada, en dirección al orto del sol, había cuatro lajas de piedra caliza, de un metro de largo, formando una especie de galería.

En el primer desbroce vieron tal desorden de huesos de hombres y de animales, que los excavadores llegaron a pensar que hasta allí también habían llegado los profanadores. Al sentir los dos excavadores, dos pastores amescoanos, que el suelo se abría y cedía al golpe de los picos, soñaron que en el subsuelo se encontraba el viejo tesoro de los gentiles antiguo, siempre presente en las leyendas populares. Así que siguieron cavando más y más. El terreno, kárstico, seguía quebrándose, abriéndose en mil requebrazas y grietas. Los pastores se-

guían tirando piedras, que resonaban a simas profundas quizás pero que no devolvían el sonido misterioso de arca, cofre ni tesoro alguno. Allí terminó la calicata y con ella un sueño más del mundo imaginario popular, no sólo amescoano.

Visto lo visto, Barandiarán, casquetón, pensó en un estudio más profundo. Se volvió a pie con sus dos acompañantes hasta Alsasua para tomar el tren expreso a Vitoria, pero en el camino tuvieron que mal protegerse bajo un recio espino, no de la familiar cascamina, sino de una recia manga de piedra y agua, que les dejó una tiritaina de padre y señor mío.

El día 20 estaba de nuevo don José Miguel en la Sierra Urbasa, esta vez con uno de los mejores antropólogos, etnólogos y paleontólogos de España, el ex catedrático en Granada y Barcelona, Telesforo de Aranzadi (1860-1945), primo de Unamuno y natural de Vergara. Prosiguieron su labor en el dolmen excavado. Encontraron, entre otros restos humano, trozos de cráneo, tibias, un axis, una mandíbula, muchos pequeños huesos de extremidades, dientes de todo tipo y edad, muy defectuosos muchos de ellos. Junto a ellos, cerámica basta (como toda la encontrada en Urbasa) y pedernal, un anillo de sílex, tres puntas de flechas silíceas, un colgante, cinco pedazos de hematites, un caracolillo y cristales de caliza.

El 22 pusieron sus manos sobre el dolmen-galería La Cañada. Les costó encontrarlo, una tarde en que era mucha el calor. Era un conjunto algo menor que el anterior: el túmulo medía 19 metros de diámetro y 2 de altitud. Las doce losas estaban movidas y trastornadas en torno a un hueco, mucho mayor, de 3,5 m. de largo y 2 de alto. Había dos fragmentos de la losa de cubierta, partida, sobre el túmulo.

Un día más tarde volvieron los dos investigadores seguidos de los padres y estudiantes capuchinos que estaban pasando unos días en

el mismo palacio acogedor. En su presencia encontraron, entre los restos humanos, pedazos de cráneo, fémures, tibias, otros muchos huesos de extremidades, una mandíbula, muchos dientes de toda clase, y, además, una vértebra de pez agujereada, (ejemplar único), dos discos planos de hueso, una punta de flecha de pedernal y fragmentos del mismo, cerámica gris, dos punzones de cobre o bronce y dos trozos de un ***kutun*** (amuleto) de azabache alargado.

De regreso al albergue, a más de una hora de distancia, los alcanzó otra tormenta aparatosa –de las que las consejas hacían nacer entre nieblas en el misterioso Pico Urbión-, que iba repartiendo chimistas y rayos a diestro y siniestro. Sólo uno de los dos pastores, Lucio, que llevaba el pico de acero brillante sobre el hombro a modo de talismán, no parecía tener miedo al rayo jupiterino. Lo único que le asustaba del Tonante, mira tú como en los tiempos antiguos, eran los truenos.

El 25 de julio, fiesta de Santiago, visitó a los investigadores, en nombre de la Comisión de Monumentos de Navarra, el arqueólogo Pedro Emiliano Zorrilla, lo que les llenó a aquéllos de contento.

Un día después terminaron la excavación de La Cañada y, bajo un sol abrasador, después de haberse olvidado el botijo y su pichote en el lugar de trabajo, se acercaron al *Amorkora txiki*. Echaban fuego las piedras del dolmen, cuyo túmulo no era tan pequeño: 15 m. de diámetro y 1,50 de altura. Revueltas y destartaladas estaban nueve de sus losas y sola una en pie, tal como las vimos nosotros el verano pasado. Sólo con la ayuda de dos pastores de La Barranca pudieron removerlas entre todos para poder recorrer el interior. A pesar de las dificultades, hallaron varios restos humanos (una mandíbula y huesos de extremidades), dos discos planos y dientes de cerdo.

Terminados los trabajos el día 27, hubieron de ascender bajo el

mismo sol sofocante del día anterior al vecino *Amorkora aundi* (túmulo de 15 m. y 2 de altura), no tan grande como se ve. Sus siete losas estaban desordenadamente dispuestas, la más larga de 2,02 m., mientras en el anterior era de 2,17. Era el dolmen más profanado. Barandiarán y Aranzadi sólo descubrieron allí un diente de hombre.

El 28, al rayar el alba, salieron los esforzados etnólogos y prehistoriadores hacia el dolmen *Zurgaina*, donde midieron el dolmen: 8 metros de diámetro y 0,8 de alto. Tres losas, la más larga de 1,30. Dientes y huesos humanos (varias vértebras, una barbilla y huesos de extremidades), un colmillo de jabalí y un molar de rumiante grande, la cerámica habitual, una bella punta de flecha silícea y muchos numulites (foraminífero fósil). Cerca del dolmen pudieron beber agua fría de la fuente de Lintxurniaga, además de suero fresco por la mañana y suero caliente por la tarde, que se volvió fría, de las manos generosas de un pastor de una chabola vecina.

Por la tarde examinaron el dolmen del *Puerto Viejo de Baquedano* dentro de un tupido bosque de hayas. Las piedras del túmulo fueron aprovechadas para la construcción de una chabola próxima. Era el más pequeños de todos los investigados –15 metros de diámetro y 2 de altura-, en el que sólo quedaban dos losas calizas laterales, como vimos hace dos años cuando recorrimos el Monte de Limitaciones de las Améscoas.

Ese día y el posterior, encontraron allí, además de los sólitos huesos de extremidades humanas, siete discos de hueso y dos mitades, un colgante de polipero fósil y otro de piedra, cerámica negruzca, un punzón de hueso roto (el único de Urbasa), dos cuchillos y una flecha de pedernal.

Todavía tuvieron tiempo los dos sabios para volver al término de Arratondo, cerca de La Cañada a examinar unos extraños vallados de piedra, de los que les había hablado los pastores y que éstos llamaban

(y hoy se llaman también) Matamoros o Castillo de Matamoros ¡Todo lo antiguo lo hemos relacionado aquí con los moros! Excavaron algo pero no llegaron a descubrir nada. El verano pasado nuestros amigos amescoanos nos mostraron en los parajes llamados El haya de Ulzames y La Pieza del Habal, aquel laberinto de ruinas pastoriles (?) circulares, con gruesos muros de lajas calcáreas cubiertas de musgos, en espacios bellísimos, resguardados, umbríos, aptos tal vez para la caza y la residencia, y aún estoy maravillado y sin saber qué fue todo eso, cuándo, de quién y para qué.

Lo malo no fue sólo que no llegaran a aclararnos el enigma, sino que, además, se perdieron una y otra vez en la Sierra y olvidaron libros y herramientas en el paraje donde comieron, bajo un haya, como era su costumbre. Pero al fin pudieron llegar a la venta-palacio, pagar al ventero y a los pastores, bajar a Olazagutía, tomar el tren y llegar a Vitoria.

Los huesos y dientes humanos encontrados en los seis dólmenes de Urbasa les parecieron a Barandiarán y a sus colaboradores muy en armonía con los ya encontrados en los dólmenes de Aralar, tanto en cantidad como en calidad. Colgantes, amuletos, anillos de hueso, punzones, etc., hallados bajo los megalitos de las dos Sierras concuerdan en época y estilo. La cerámica, ni muy abundante ni rica, sin restos de vasos campaniformes, sigue siendo en un sitio y en otro muestra de una cultura pirenáica, aislada de otras culturas más conocidas y desarrolladas.

Los hombres sepultados en Urbasa (2000-900 a. C.) eran mesocéfalos, de sienes abultadas, mandíbulas estrechas y estatura media-alta (tipo pirenáico occidental).

DÓLMENES EN URBASA

En la excursión de este año nuestro primer objetivo era encontrar el menhir de *Mugako Arria o Mugako Arriya* (piedra de límite), que encontramos en un santiamén, poco después de llegar al Raso de Eskiza. En esto de los menhires, como en tantas cosas, los autores no se ponen de acuerdo. Mientras un texto importante habla de un solo menhir en Urbasa, algunos otros, mapas incluidos, citan cuatro. El año pasado nosotros no pudimos encontrar el llamado Arratondo, en el término de Mandabide, cerca de los dólmenes *Amorkora*, lo que nos hizo perder tiempo y ánimos.

Tampoco es fácil identificar la función de los menhires (piedra larga, en bretón). Los protohistóricos pudieron servir como monumentos conmemorativos y también como señales territoriales. Hay otros megalitos verticales muy parecidos a ellos, que provienen de tiempos muy posteriores y con sólo hitos de división propietaria.

El que ahora estamos viendo, en el canchal de Bretxagaina, con sus dos metros y medio de altura, está muy inclinado hacia el noroeste, como si los vientos, las lluvias, las nieves, los soles, las tempestades lo hubieran querido rendir llevándolo poco a poco hacia occidente, que es el sitio de perecer. El alto y venerable testigo cultual o limítrofe, el ante Mercurio y el ante Cristo de los caminos y de los caminantes, tiene unos musgos en su frente cansada y líquenes blanquecinos y pardos en todo su corpachón grisverdoso. Muchas piedras calizas a sus pies. Salen de entre él cuando llegamos varias lagartijas grandes, como si de un resorte natural se tratara. El menhir es tan antiguo habitante del bosque, tan compenetrado se halla con toda la vegetación de la Sierra, que parece uno más entre los troncos mondos de la loma, ninguno tan viejo como él. Unas verónicas rosadas y unos diantos alegran el contorno.

Hemos repechado la lomada desde el Raso por un paraje kárstico, entre lapiaces o lenares, algunas hayas enhiestas, muchos tocones –hondones los llaman aquí- musgosos, zacardas, heléboros verdes, verónicas oficinales, verónicas montanas, potentillas, pequeños acebos, adelfillas, rosales silvestres, enebros, *arroguis*. Anastasio va recogiendo numulites, una de sus especialidades, o identificando setas, donde no encuentra competidor. Hay muchos troncos ligeros y ramas por

el suelo. Hace años era un bien comunal muy preciado. Antes de llegar al menhir, nos damos con un menhir vegetal y años: un tronco de haya amusgado y como anhelante, con los muñones de los brazos a la intemperie y a la compasión del musgo, que mis amigos amescoanos llaman *orordi* (odoldi). Criatura esencial de este bosque animado, sería una pieza ideal en el bosque de Ibarrola.

La excursión había cumplido su primer objetivo, aunque no nos hubiéramos sacado la espina de espino navarro que se nos clavó el año pasado tras nuestro fracaso.

Así que llevado de cierto optimismo bosqueril nos lanzamos, puesto que no parecían estar lejos, a la búsqueda de los dólmenes *Obas* Norte y Sur, descubiertos por J. Elósegui, T. López Sellés, F. Leizaola y F. de Ondarroa.

Mapa en mano –un mapa oficial que abusa de la terminología euskérica, cuando no responde a la realidad-, bajamos del altozano y nos encaminamos por una senda que parece llevarnos, por encima de la pista que une Eskiza con Otsaportillo, entre los términos de Mendarte y Arrgirorri, hacia Lubierri. El mapa nos señala a nuestra mano derecha las cuevas de Mendarte, Urkoba y Lubierri, pero no estamos para lujos, así que seguimos fieles al sendero.

Vamos avanzando entre prietos acotados, cercados con alambre, a un lado y otro del camino. Los matorrales crecen en el zacardal y cuando las hayas sean mayores, acabarán por las buenas con todos sus competidores. Quedan algunas hayas grandes y algunos arces campestres. Fuera de los acotados, sobre todo en algunos declives y rincones frescos, suben altos los helechos y algunos jaros, que mis amigos llaman xaras.

Nuestros guías amescoanos saltan algunas vallas, sobre todo si rodean algún montículo que nos parece sitio oportuno para el dolmen,

pero en vano. Otro año será, si lo preparamos un poco mejor, aunque nuestros amigos tienen poco tiempo para ociar.

Volvemos al Raso de donde partimos. Revolotean unos cuervos. Son los únicos pájaros que hemos visto, a no ser un carbonero común. Hay un concierto festivo de esquilas que dan las vacas pirenaicas pastantes, así, como de paso. En la cruz llamada no sé por qué, *de los valencianos*, dañada en la parte superior y sostenida con chapa en la inferior, leemos: *"Aquí murió Josep de Goicoechea y Echevarría. Año 17..."* ¿De muerte natural, de un rayo, a manos de alguien? Los hombres cotidianos y sencillos, aunque tengan nombre, no suelen tener historia escrita. Les basta su intrahistoria, que es la que realmente cuenta.

Vamos pisando el pastizal ganadero, la hierba que empieza a sorarse y por eso más alimenticia: festucas rojas, cardos azules, carlinas, lastones, merenderas, lotos, tréboles. Tomamos luego la pista de Otsaportillo (encrucijada de lobos), que tantas veces hemos repasado a pie.

Sobre unas crestas calizas a la vera del camino, otra cruz, otra inscripción y unas flores de tela nos recuerdan a don Máximo Balerdi, que murió aquí el 7 de octubre de 1960, a los 52 años.

Sigue la pista de tierra y algunas piedras apisonadas culebreando y abriéndose paso, a los largo de más de seis kilómetros, entre muretes de calizas de formas caprichosas, altillos, tableros de lajas, depresiones, uvalas, espesuras selváticas o matorrales, habitados por avellanos, tilos, arces y algunos tejos. Lajas con señales rojas abren los senderos que levan a puntos concretos de la Sierra, hoy también Parque Natural. No hemos visto un alma en todo este último trayecto. Sólo Dios y Naturaleza, como querían los poetas clásicos.

Lo primero que vemos al llegar a nuestra estación viajera es el Refugio (*Aterpe*) de Montaña *Bardoitza*, del Club Deportivo de Alsasua, con sus tres cuerpecillos, su chimenea, sus bancos y mesas de piedra. Bajo la maternal sombra del hayedo.

Donde hay ahora un expansivo cardedal estuvo, ay ené, la renombrada Casa Forestal, donde vivió veinticinco años el montero Severino, el gran Severino de los reinos aledaños, que era cuñado de don Luciano. José Luis acompaño a su entonces párroco desde San Martín, en mula, hasta aquí y aquí pasó unos días. El diputado Jesús Fortún era otro de los veraneantes en la Casa. Queda del edificio el murete ondulado de cemento que protegía la vivienda sobre un relleno, del exterior. La Confederación Hidrográfica del Ebro ha instalado aquí una estación informativa, con su placa solar, anemómetro, higrómetro, pluviómetro, pararrayos, etc.

Rodean el paraje unos grandes fresnos y un rodal de pinos albares ocupan la primera fila del bosque en el costado occidental. Vemos allí abajo un abrevadero. La célebre fuente, protegida y con grifo de metal, está muy descuidada. Está cortada el agua en uno de los registros del altillo boscoso por donde baja, sucio el lugar, rota la laja que, en castellano y en vasco, recomendaban no "*fregar ni ensuciar la fuente*".

En los parajes de Otsaportillo tuvieron nuestros hombres de Neandertal, hace unos 100.000 años, una de sus mejores canteras para sus instrumentos líticos, en permanente lucha con rinocerontes, caballos salvajes, leopardos y osos de las cavernas.

Con menos tiempo, menos paciencia y menos sabiduría que don José Miguel de Barandiarán, volvemos en el andariego por el carretil y luego por la carretera. Eskiza, el campamento de Biotzia, el Estrecho, la Caseta de Camineros, el Palacio (que ya ni siquiera es Venta), la Casa de los capuchinos (que encontraron acomodo propio), *Santingloria* (la ermita de las santas Nunilo y Alodia). Hay varios grupos de personas, familias, parejas, solitarios, por aquí y por allí, mayormente paseando o sentados en sillas a la vera de la carretera y de los carretiles, de las chabolas y de los puestos donde venden queso o refrescos.

Y por todas partes, donde hay unas maderas (en torno a los contenedores), una pared o paredina, una placa o indicador, hay pintada a favor de ETA, de los presos, de la amnistía. ¡Una verdadera muestra de cómo se cuida y se protege un Parque de todos los navarro!

Al inicio del descenso José Luis recuerda a Pio Cabanillas, cuando subía cada mañana el Puerto con su makila desde Baríndano. También conoció a su hijo único, hoy ministro, cuando éste era un chaval, y con él jugó al ping-pong en la finca.

- Demasiados méritos, amigo mío.

BUSCANDO EL PALACIO DE ECHAGÜE

El abuelo baztanés de la madre de Francisco de Javier (María de Azpilcueta), llamado Juan de Azpilcueta, tuvo dos hermanos, Juan Pérez y Miguel, que vivieron, respectivamente, en Monreal y Sada. Y cinco hijos -*los cinco hermanos*-, que fueron cabezas de otras tantas familias en sus casas de Azpilcueta, Javier, Cáseda, Lezaun y Echagüe.

Pedro, que fundó apellido en éste último lugar, casó con María Pérez. Uno de sus descendientes, Juan de Echagüe, diecinueve años mayor que Francisco, estuvo de paje en el castillo de Javier, de 1500 a 1509, sirviendo a la tía María y a su hermana Violante.

Los Azpilcueta habitaron, en este paraje arriscado de Orba, un palacio de cabo de armería, cuyo linaje original se perdía en las nieblas históricas del siglo IX, entre los fragores de la batalla de Clavijo. Tenía por escudo una cruz negra con cinco veneras de plata, rodeada de cuatro cuarteles y una bola roja en cada campo plateado.

A mediados del siglo XVI era dueño de ese palacio solariego Martín de Azpilcueta, que se enredó en pleitos con los vecinos por la preferencia en la iglesia y en las procesiones. Seguramente que hizo algo más noble que todo eso, pero esas quisicosas nos han llegado en los papeles.

Otro bisnieto del fundador don Pedro, por nombre Juan de

Azpilcueta, nacido en 1487, fue párroco de Echagüe y llegó casi a centenario. El año conflictivo de 1516 envió con frecuencia cartas y recados a doña María y doña Violante sobre la situación del Reyno, proyectos de los agramonteses, regreso del rey don Juan, etc.

Conservaba yo una vaga, demasiado vaga, idea del palacio. Así que volví allá una tarde de domingo del primer otoño para ver de cerca el casón.

La carretera serpea, desde tierras de Unzué, entre encinares, coscojares, enebrales, bojerales y matorrales, entre los que se abren algunas sendas.

Bajo la vieja era, llena de útiles antiguos de labranza, se abre la barrancada de Larregua, con algunos chopos a orillas del hondo cauce. El monte Boyeral es el más cercano, con algunos pinos en los lomos de la cima. Más hacia el nordeste, Artadía, y en el fondo del circo, el término de Ajuriz o Azúriz, antiguo despoblado.

La iglesia está cerrada y subimos hasta la ermita de Santa Bárbara por un camino deteriorado de piedra. Fue la primera parroquia hasta 1769, en forma de templo románico, primero, modificado en el siglo XVII, y reconstruido en el siguiente a manera de ermita. Resisten los muros medievales entre la maleza, con puerta hacia el sur y un óculo. Salta un gato que tomaba el sol entre las ruinas. Donde estuvo el cementerio hay una acacias, y, junto a la vieja torre, una caseta de perros, que no paran de ladrar.

Hermoso cuadro en extremo, al óleo solar, hasta el Moncayo, calinoso. Llenos de luz los balcones de Oriente. Las lajas de algunos tejados de Echagüe rebrillan como la plata antigua de los palacios labriegos.

Mozos y hombres maduros andan retirando del frontón los ma-

teriales de la carpa de Fiestas, celebradas hace una semana. Algún furrifarra. El frontón, "plaza de los Fueros", tiene fecha y escudo de 1933.

Damos una vuelta por los alrededores del caserío: casas pobres y antiguas, muchas rehechas, algunas vacías, algunas derruidas.

- ¿Visitó Francisco de Javier a sus parientes de Echagüe?

Sabemos que estuvo, el año 1925, a sus 19 años, en Burguete, donde la familia tenía un molino. ¿Por qué no había de visitar Lezaun, donde vivía el tío Martín, que hasta hizo las veces de padre; Olloqui, en cuyo palacio se desvivía la querida tía Margarita; Pamplona, donde la familia Javier tenía casa y donde habitaba el tío Pedro; o Beire, donde había casado su hermana Ana...? De Beire, a donde llegaría pasando por Sada, era fácil acercarse al palacio de los parientes de Barasoain, y de aquí al palacio de los tíos y primos de Echagüe.

No era tan dificil. El primo Juan, párroco, había visitado varias veces el solar común de los Azpilcueta en el Baztán.

Andando el tiempo, aparece otro Juan de Azpilcueta como dueño *de los palacios* de Echagüe. Tenía en 1578 cinco hijos: Aldonza, Joannes Mayor, Joannes Menor, Joana y María. El 7 de enero de ese año cede el padre a la primogénita Aldonza, por su matrimonio con Juan Armendáriz, las posesiones del lugar: casa, granjas, huertas, viñas y campos de labor, bienes inmuebles y ganado mayor y menor. Eso sí, el novio tiene que pagar a sus suegros 300 ducados viejos de oro y a la novia 50 de oro. Una cosa es la propiedad y otra el usufructo. El de todos los bienes y un tercio de los mismos se los reservan Juan de Azpilcueta y su mujer para sí y de por vida, y a cada uno de los demás hijos ceden un quinto de fanega de tierra más 40 ducados.

Uno de ellos deberá hacerse clérigo y se le pagará el mantenimiento durante sus estudios hasta los 25 años de edad, además de otras bicocas.

María de Armendáriz hija de Aldonza y de Juan, viuda desde 1602, otorgaba testamento en Oricin, en 1616, para ser enterrada en la iglesia de Santa María de Echagüe.

A finales del siglo XVII, era dueño del palacio el relator del Real Consejo de Navarra, Francisco de Echagüe. A mediados del siglo siguiente lo tenían los Del Rey. . .

Aquel Echagüe claro y anguloso, bien esculpido por la claridad de la tarde, que hemos contemplado desde la ermita, se ha ido rápidamente emborronando por unas nubes bajas y cada vez más grises. Hemos visto venir desde Ajúriz un humo sedoso de lluvia fina, y, en seguida, mientras cogíamos los últimos higos de una higuera matriarcal, en el extremo sur del pueblo, la borrasca, áspera, nos ha hecho correr hasta el coche. A estas borrascas los clásicos llamaban argaviesos, y, en tierras de chaparros, los llaman chaparrones.

Escogemos, pues, para rematar la visita una tarde más segura, una de ésas de octubre que parecen un alma feliz.

En la última curva hacia el pueblo damos con un rebaño que parece no llevar ni perro ni pastor, y que se desparrama por la pendiente. Una señora de cabellos grises viene por la carretera con un palo por bastón. Unos panales altos en la quebrada.

Ya están los perros de la otra vez, sólo que uno de los pequeños lleva bozal.

Cuando estamos a punto de ir a pedir la llave de la iglesia, llega la señora del palo, que resulta ser, de buenas a primeras, la señora Dolores, abuela de diez lozanos nietos. Llama a su hermana Gloria, y

entre las dos nos enseñan, con su muy buena gracia, todo lo que queremos ver.

La iglesia de N.S. de la Asunción, de fines del siglo XVIII, como queda dicho, parece, de tan compacta, una construcción medieval. Quita una de nuestras guías la alarma y entramos.

- Pero qué al día estáis en Echagüe!
- No hay daño que no tenga apaño.

Los tiempos de los retablos no son los de las tallas. La gótica de la Patrona, muy reformada, representa a una Virgen tímida, como si temiera dejarse llevar por los aires. A la señora Dolores le entristece ver la lámpara del altar mayor porque se estrenó en el funeral de su madre.

El coro bajo, cerrado por un panel de madera, hace de capilla de culto, entre la Santa Bárbara de la ermita y una estufa; que aquí los inviernos son largos y recios. También de la ermita procede el capitel, ahora adosado al muro del templo, con un David tocando el arpa, según la señora Gloria.

La bonita casa parroquial, ahora en venta -*Salgai* (sic)-, abre la exigua y apretada calle Mayor, y hasta ella vamos con el abejeo de nuestra charla. Otras dos casas, contigua y frontera, están vacías. Al final del callejo, donde ahora crecen llantenes, ortigas y malvas, y hay dos montones de arena, estaba. . . el viejo palacio que buscábamos y que ya no está.

- Tenía una puerta muy bonita y un escudo.
- El que la derribó se lo llevó.

El P. Georg Schurhammer, célebre biógrafo del santo, que todo lo leyó, miró y recorrió, estuvo también aquí y en los archivos de Tafalla.

Atribuyó el palacio que vio, *con doble hilera de ventanas gótica, probablemente* al siglo XV, y describió el escudo sobre la portada, con las armas de los Aldaba: un águila en dos de los cuarteles, dos lobos andando, tres vigas y un león rampante.

Cuando en 1954 visitamos la casa, estaba deshabitada y era propiedad del sacristán Armendáriz.

Los Armendáriz vivieron en la casa parroquial, que después vendieron a quienes hoy la tienen en venta. No hay en la lista de teléfonos de Echagüe -seis y el público- ni Azpilcuetas ni Armendáriz.

Aquí el viajero prefiere transcribir las palabras de Sancho Panza, cuando el bachiller Sansón Carrasco le pregunta qué se hicieron, o si se deshicieron, los cien ducados encontrados en Sierra Morena:

Y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga a juzgar lo blanco por negro y lo negro por blanco; que cada uno es como Dios le hizo, y aún peor muchas veces

Susana a lo que fue palacio está casa Elorz, muy reformada, con la trasera, que da al anchurón, en obras: maderas, bidones, sillas, útiles. . . Al borde del espacio libre de edificaciones, muy descuidado, se alzan dos grúas, símbolos del pueblo en reconstrucción.

Volvemos. Las señoras Recalde nos ponen al cabo de la calle. Pero eso sí, nada de chusmias. Gaceteriles pero discretas, no ponen lengua en las gentes del lugar. Antes eran dos familias, ahora son tres las fijas. Hasta trece se juntan en verano y en algunos fines de semana, lo que casi llega a las 17 del siglo pasado.

Aún me acerco a ver la casa, un día escuela, encima del frontón, con un rosal, un cerezo, un ciruelo y un parral.

La tarde es ya una desolación de azules desvaídos hacia el Moncayo.

POR LA RUTA DE ABDERRAMÁN

Tras un prolongado alarde militar preparatorio -especie de maniobras militares-, el sábado, tres de junio del año 308 de la Hégira (920 después de Cristo), salió el emir Abderramán (Abd al-Rahman III) con sus huestes del campamento de Secunda, sito en la inmediaciones suroccidentales de Córdoba.

Había que castigar las osadías de los reyes cristianos Ordoño II y Sancho Garcés I. Este último, rey de Pamplona, se había paseado impunemente por La Rioja, desde Nájera hasta las cercanías de Tudela, el año 918; desde cuatro años antes tenía en posesión Arnedo y hasta había vuelto a apoderarse de la fortaleza y ciudad histórica de Calahorra.

Pasó el emir por Toledo, Guadalajara y Medinaceli, recogiendo por todas partes nuevos guerreros para la causa del Islam. Entrado ya en tierras de infieles, destruyó la fortaleza de Osma, no sin saquearla primero e incendiarla después. Saqueó luego y devastó el castillo de Castromoros o San Esteban de Gormaz. Hizo lo mismo con la antigua ciudad romana de Clunia, recién repoblada por los cristianos, y con varias aldeas de sus alrededores. Todos lo lugares a donde llegaron las huestes cordobesas habían sido abandonadas hora antes por sus habitantes.

Tras cinco jornadas, de unos 30 km. cada una, acampó, el día 19 de julio, en la ciudad hermana de Tudela, de la que era gobernador el máximo representante de los aliados Banu Qasi, Muhammad ibn Abd Allah ibn Muhammad.

Antes de llegarse a Calahorra, dio el emir al cachorro de los Banu Qasi y gobernador de Tudela la brillante oportunidad y el íntimo favor de saquear y dominar la fortaleza de Cárcar, levantada años atrás por el rey pamplonés para preparar el asalto a la vecina Calahorra.

Así lo hizo, con los nuevos refuerzos, Muhammad ibn Abd Allah, el día 20 de julio.

Sólo un día más tarde entró Abderramán en la vieja plaza ibérico-vascona-romana. Sus habitantes y defensores se habían retirado un día antes hacia Arnedo. Los muslimes acamparon junto a las murallas derruidas por ellos mismos, la noche del 21 al 22.

El día 23, la expedición cordobesa cruzó el Ebro para llegar a Dixarra o Licharra, buscando el vado más propicio del río Ega.

Dixarra o Licharra podría ser el lugar que recuerda un topónimo al sur de Oteiza.

Di-Xarra (Deiu Sierra o Sierra de Deiu) podría ser también el mismísimo Montejurra, cerca del cual acamparon aquel domingo las aguerridas tropas del emir.

Pero no sólo acampaban: algareaban. La palabra árabe *algara* ha dado el castellano algarada, con su triple significación de tropa a caballo, incursión en tierra enemiga, y vocerío grande causado por todo lo anterior.

Entraron los bárbaros -escribe Moret, recogiendo el testimonio de los cronistas hispanos-, *como avenida deshecha del río, inundándolo todo*

con aquel inmenso campo que, como marchaba y se acuartelaba tan espaciosamente, aún sin la extensión, a buscar forrajes y a los robos y presas a que son tan inclinados y, con el número grande, ejecutaban a menos riesgo, ponían a un mismo tiempo terror y espanto a muchas partes.

Viendo el rey Sancho que los hombres del califa atravesaban el Ebro, salió de Arnedo, a la vista más que al encuentro, y, más que a repeler la guerra, a entretenerla mientras llegaban fuerzas suficientes para hacer rostro; ése era el sentido del aviso enviado a su amigo el rey Ordoño por medio de unos mensajeros. Observaba -nos dicen las fuentes cristianas- las marchas de los bárbaros y seguíales por lugares seguros, buscando descuidos que lograr, reprimiendo los insultos de las correrías y metiendo socorros en las plazas en que sentía hacer punta el enemigo.

Para el cronista árabe Arib ibn Sad (+980) las probables escaramuzas entre el *maldito Sancho* y el ejército del emir fueron una estruendosa derrota del primero:

Los paladines musulmanes se lanzaron contra él como saetas y en menos que se dice no los infieles volvieron las espaldas derrotados, perseguidos por la caballería que mataba y hería hasta que se ocultaron en los montes y se refugiaron en las quebradas. Los musulmanes les tomaron muchas cabezas, con las que, izándolas en picas, recibieron a su califa An-Nasir, el cual no había tenido noticia de la batalla que habían librado y de la victoria conseguida contra los enemigos de Dios. El ejército acampó allí y los musulmanes pernoctaron con el mayor sosiego, victoriosos de sus enemigos y dominándoles alquerías y fincas.

Con esto va dicho todo.

Mientras leemos la crónica, todo lo exagerada que se quiera, estamos viendo el piedemonte y las quebradas del Montejurra, que se-

guirá siendo un referente bélico hasta nuestro siglo.

Algunos historiadores piensan que, cruzado el Ega por el vado más propicio, Abderramán llevó sus mesnadas por tierras de Abárzuza y Azanza. Alberto Cañada, que es quien mejor ha estudiado esta campaña y la siguiente del emir, sostiene que tan gruesa milicia debió de aprovechar la calzada romana que pasaba cerca de Oteiza y del dudoso lugar de Dixarra-Licharra, en dirección Andelos-Mañeru y el actual Cirauqui.

Cañada parece hacer buena la hipótesis de Alberto Pérez de Laborda, que comenté-recorrí en su día. Las huellas visibles de la calzada, bien mantenida como pocas en el tramo de Cirauqui, se pierden en el río Salado, y ya no sabemos por dónde seguir. ¿Por el actual camino de Andión? ¿Por la vera del río Salado? ¿Era el *Mnyyr* árabe (de manerium (alquería) = Mañeru) una de las villas romanas cercanas al río, entre Andelos y Gazteluzar?

El viajero, cada vez que ha recorrido la calzada desde el puente romano hasta el Alto de Ibuste, que da nombre al hondo barranco, ha ido recordando al califa Abderramán y su tropa y releyendo (de memoria) la crónica del cronista musulmán:

An Nasir (Abderramán) tuvo entonces noticia -nos relata el mismo cronista musulmán- *de que los bárbaros Sancho y Ordoño, reyes de la cristiandad, quejosos de los pesares que les producía, se socorrían con la intención de salir al paso de la vanguardia musulmana y aprovechar el descuido de la retaguardia. (. . .).*

Cuando lo vieron desde unos altos cerros y montes inaccesibles, a los que se acercaron algunos escuadrones, presentaron combate a los extremos del ejército, gritando y ululando para aturdir y acobardar a quienes les oyeran, cuando los aturdidos eran ellos mismos. An-Nasir ordenó entonces a su gente detenerse, acampar y plantar las tiendas. Así lo hicieron y se dispusieron en seguida a combatir a los infieles, que habían bajado ya de las montañas y se dirigían al combate, mezclándose con quienes les precedían.

Sabemos bien a qué suelen llamar los exagerados cronista de la época -y de otras épocas- *altos cerros y montes inaccesibles*. Es curioso tam-

bién que la *algarada* y la *algarabía* (lengua árabe), que los cristianos atribuyen, hasta en lenguaje acuñado, a los muslimes, los voceros de éstos nos las devuelvan con tanta facilidad. ¿Quién no pensará en esta ocasión en el *irrintzi* (relincho y grito popular) de nuestros antepasados?

Pasada la fuente Iturrizar, y siguiendo por la derecha al regacho Ibuste, pronto nos metemos en el congosto que forman por la derecha el monte Marcalagain y el monte Moria (756 m.), y, por la izquierda, el monte Zurundain, que en su cima más alta, junto al corral de Yabar, alcanza los 884 metros. La calzada se mantiene siempre alejada del barranco, excepto en su tramo medio, por donde lo vadea. Tierras llecas desde hace muchos años, apenas si hay algún pequeño huerto cerca del cauce y algún raso cultivo. Convertidas, casi en su totalidad, en monte bajo, son hace tiempo un pequeño y quebrado paraíso de cazadores. En la parte más alta de la calzada, junto el collado, el Alto de Ibuste (848 m.) se encara con el pinoso Pico de Axixuri (866 m.), a cuyos pies, enzarzados en la maleza, recoge las aguas el regachón.

La crónica árabe continua implacable:

Sobre ellos cayeron los paladines de los mercenarios de An-Nasir y los campeones de las marcas, descargando sus armas y haciendo llover dardos en medio de la tremenda refriega, en la que al poco eran derrotados los infieles, que ni pararon ya en su campamento ni sabían ya a dónde iban, pues los musulmanes los seguían por delante y por detrás, matando a quien alcanzaban, hasta que los separó la noche.

El heraldo Ideo hizo detener el combate entre Héctor y Ayante con esta sublime razón, repetida después por el héroe troyano:

La noche se acerca / y conviene también obedecer a la noche.

Era la noche del lunes, 24 de julio, víspera de la batalla de Valdejunquera o de Muez.

Hemos subido por el camino de Vidaurreta (casas delante del

camino), que, por la sierra del mismo nombre, nos deja al costado oriental del peñascoso Espáraz y a la vista de las cumbres sureñas de Andía. Es una mañana del último verano. El sol, que también juega a pelota en el frontón de las peñeras de Echauri, hermosea todo lo que toca: la sierra ondulante del otro Perdón; el Arga y sus fieles choperas; los campos pajizos de cereal; las prietas encinas y los quejigos falderos; los pinos cimeros y advenedizos; los cerezos y las viñas otoñales; la geometría elemental de los Pirineos, como en un cuadro de Salaberri; y, al otro lado, los montes rebrillados de Goñi y Guesálaz, y el mirador señorial de Salinas de Oro sobre su podio de ofitas.

Vamos con el maestro Cañada hacia la batalla de Muez, y antes queremos conocer los alrededores a pie firme.

Pero quédese ahora el lector con esta panorámica que hace otro gran cronista, el P. Moret, sobre el Valle de Guesálaz:

Valle de corto espacio, que cultivan dieciséis pequeños pueblos, pero bien abundante y de particular sazón de frutos y pastos por la humedad salada que, siendo moderada, los mejora, como siendo demasiada, los quema y esteriliza. Tiéndese en este valle, por una gran legua de longitud desde Salinas al oriente hasta el pueblo de Muez al occidente, una llanura no muy igual, sino antes quebrada frecuentemente con ribazos, la cual tendrá de ancho casi otro tanto que de largo, con montañas, por los lados de septentrión y oriente, notablemente encumbradas y muy ásperas, por el mediodía no tan agrias, por el occidente de muy suave entrada.

Seguiremos al emir cordobés hasta Valdejunquera, y allí nos detendremos un largo rato.

SANTA CRIS DE ESLAVA

Por Santa Teresa trajeron, este octubre, las nubes agua a la presa, y están los campos rehogados de humedad.

Brinca sobre ellos el sol, tan jocundamente, que disimula mucho ese estereotipo de melancolía que se le ha fijado al otoño.

Le melancolique et jaunissant automne, lo llamaba Charles Peguy (melancólico y amarillento).

No hay nieve en la nevera de los Pirineos; sólo alguna lámina en el extremo roncalés, tal vez un espejismo.

Por la carretera de Aibar, todo es subir y bajar en el andariego campestre de don Manuel. Quién sabe si con el invierno tan lluvioso y nevoso que dicen vamos a tener no rebrotarán los pinos quemados.

Están vendimiando las últimas viñas recostadas a la sombra de la villa-fortaleza, expuestas hacia el norte, como ya aconsejaba Demócrito para que fueran feracísimas.

Qué hermosa estampa sepia la de Eslava, cuando se la ve desde aquí: color tierra-siglos, con la caperuza verde pinosa adornando la ermita de Santa Bárbara, donde estuvo el castillo, uno de los primeros que Cisneros mandó derribar en 1516.

Don Manuel me señala parte de una columna romana a la entrada de una casa

- Todo el pueblo está lleno de restos romanos.

Antes de tomar el camino hacia Santa Cris, nos paramos un poco, contemplamos el paisaje, y cedemos a la dulce tentación-costumbre de racimar unas cepas de uva garnacha. Ya no es para el Domund, como cuando éramos chicos, pero tampoco para llevarnos a casa.

Vamos por un buen camino, con gravilla. Entre olivares. Una pequeña balsa. Una casa derruida, sostenida aún por las yedras. Un aprisco.

Baja el Indusi copioso, tras recoger las aguas desde el Alto de Lerga a Chucho Alto. Unos chopos. Unos cornejos. Unos hortancos. Unos juncos en la desembocadura del regacho La Fuente del Moro.

Filosofa el maestro Ortega y Gasset sobre la limitación de nuestros sentidos y de la misma conciencia del hombre, *viviente antena radiotelegráfica que recoge e intercepta los infinitos temblores de la realidad circunstante.*

Y trae el ejemplo del régimen de atención tan distinto que tienen el cazador y el agricultor que pasean juntos por el campo. El agricultor, según el filósofo, no suele oír ni percibir distintamente los ruidos campesinos, mientras el paisaje de su compañero es mucho más rico en objetos: *cien veces hemos advertido con sorpresa lo poco que saben del campo los campesinos.*

Si el paisaje del labriego es menos henchido que el del cazador, se debe a que éste adopta ante el campo una actitud menos utilitaria. El utilitarismo proporciona mayor agudeza para percibir algunas cosas, pero es a costa de estrechar el horizonte vital. De lo que deduce el autor de *El Espectador* que cuando vale algo sobre la tierra no es obra del trabajo sino espontánea eflorescencia del esfuerzo superfluo y desinteresado: *La cultura no es hija del trabajo sino del deporte.*

Y en éstas y otras, llegamos a Santa Cris. La placa en la que el Gobierno de Navarra nos indica que estamos en una *ciudad romana* está toda picada.

- ¿De piedras?

. - No, de tiros de cazadores.

Lo primero que uno ve, antes de llegar al lugar exacto de las excavaciones, es el típico cerro, esta vez dos cerros, de población prehistórica, con cinco niveles de habitat, restos de muros y murallas, y, además, un espacio cóncavo, a modo de collado, entre los dos altillos.

No inventamos ni el Mediterráneo ni el Indusi siquiera. Fue éste, lugar de paso y de quedada, surcado por una importante vía romana.

En el Museo de Navarra se conserva un millario del tiempo de los emperadores Máximo y Maximino, año 230 p. C., hallado en el término de Pisaldea, cerca del riachuelo, y un ara dedicada a Júpiter. El año 1944 el profesor Taracena llevó a cabo unas prospecciones en el término de Santa Cris (del nombre de la ermita de Santa Cruz, derribada a comienzos del XIX), y recogió en superficie algunos capiteles, trozos de fuste de columna, restos de cerámica, a la vez que descubría varias paredes de viviendas, y en la cima del monte un basamento grande, probablemente de un templo.

Se ha encontrado asimismo una explotación minera en la finca llamada Mina de Garro.

Don Manuel ha venido por aquí varias veces y se ha recorrido el paraje, encontrando vestigios similares a los del ilustre profesor. Hoy

mismo, mientras subimos y bajamos, va indicándome varios fragmentos de cerámica *sigillata*.

Vamos atentos y alertados, como cazadores al acecho, al acecho de piedras, bronces, cerámicas, bultos, redondeces, álabes, y también de flores, plantas, arbustos, árboles... y paisajes, arregostados como somos a estas cosas.

Vamos subiendo, nivel tras nivel, hasta Artamaleta, topónimo vasco, que nos habla de encinas y tal vez de tierras torrenteras *(mala)*. Entre bojes, enebros, ollagas y tomillos, restos de muros prehistóricos, romanos y medievales, fuertes y contrafuertes, dos lienzos de torre en pie, losas en el suelo... y algún que otro conejo que estaba tomando el sol octobreño.

Largo y hondo panorama hasta los Pirineos, pasando por encima de pueblos-fortines de alrededor. El piedemonte eslaveño es un jardín mediterráneo de viñedos, olivares y campos de labor. En la parte alta del recodo o collado, las excavaciones recientes han descubierto un ara y una columna partida por el fuste, con la mayor parte caída en tierra.

Y en esto que se acerca un coche a Santa Cris y salen una moza y un mozo que parecen venir hacia nosotros.

Les han dicho en Eslava que había dos tipos sospechosos por aquí, y, como están ojo avizor a los furtivos de este género, han venido a dar una vuelta.

Son los dos expertos que dirigen esta lenta y costosa excavación, y cuidan su trabajo como las aves sus frágiles nidos, expuestos a todas las rapiñas.

- Qué susto.

El susto ha sido nuestro.

Con ellos nos acercamos a las cuadrículas excavadas en la nava entre Artamaleta y el serrijón de Dorretas, otro topónimo lleno de historia. A su vera corre el Camino Viejo de Gallipienzo.

Los jóvenes arqueólogos han encontrado nada menos que un cementerio romano, (Mausoleo, 1, 2 y 3), que un día nos describirán con pelos y señales, es decir: con todo lo que han ido, van e irán descubriendo: lechos de huesos, vasijas con cenizas, vasijas de libaciones, troncos carbonizados, estucos, aras, columnas...

Entre el cementerio y el camino, grandes piedras labradas, extraídas y amontonadas. Otras, vaciadas en forma de pilas. En el vecino y desvencijado corral de Mateo, sillares de construcciones romanas hacen de jambas y dintel en las puertas. En cadenas y cornisas son bien visibles las muescas donde encajaban las grapas de plomo.

Don Manuel piensa, y acierta tal vez, que en la parte inferior del collado pudo haber un anfiteatro romano.

- Cuando uno habla fuerte abajo, se oye muy bien arriba, nos dice la joven y animosa arqueóloga.

Quién sabe lo que encontrarán tras varios años de trabajo, sobre todo si alguna vez sobra un poco de dinero presupuestado para estos *inútiles* menesteres!

Todo el pueblo huele a mosto, al mosto de la famosa y rebosante Bodega Cooperativa. Olor a sol cendrado y frutecido, a Baco embriagado, a otoño enloquecido y elocuente.

No tenemos ya tiempo para ver el capitel romano que se guarda en la Casa Consistorial, a cuya reinauguración asistí un otoñizo día de San Miguel, patrono de la villa.

DIARIO DE OTOÑO

Tras el *veranillo* de San Miguel nos llegó, este año puntualmente, el cordonazo de San Francisco,

Javier Pejenaute, nuestro hombre del tiempo foral, recoge el perdido refrán de *La otoñada entre todas más segura / San Francisco creo que la asegura.* Refrán que, este año, quiere decir que en torno al día del santo, patrono del medio ambiente, han llegado los lluviazos por tierra y por mar.

Nos ha despertado, esta noche, una tormenta clamorosa, los cordonazos del ventarrón y del zamarreo arreando con furia contra ventanas, balcones y sus tiestos, ay, que son las carnes más blandas de las casas.

Esta mañana, el cordonazo, ya sólo ventolera, zumbaba a los plátanos, fresnos, castaños, ailantos, arces y álamos de la Vuelta del Castillo, y era de ver miles de hojas -seroja todavía sin secar-, como crias de pájaros torpes y cegatonas, ir rodando, aleteando, cabeceando, confundidas y alocadas, por los glacis anchos y verdes.

Luego han seguido unas borrascas, frías y catarreras, que nos han hecho sacar del ropero los calcetines gordos y ciertos paños invernales. Desde la ciudad nos hemos acordado de nuestros parientes, amigos y vecinos que andan ya vendimiando, quien los tempranillos, quien

las garnachas y otras variedades modernas, que antes eran sólo *variedad.*

Estos días, por las noches, nos acordaremos, los que un día fuimos chicos vendimiadores, de aquellas cenas silenciosas, donde todos metíamos la cuchara de palo en la misma fuente de puré de patatas, y pobre del que hablaba más de la cuenta...

La vendimia llegaba entonces un poco más tarde, porque las bodegas caseras tenían menos exigencias que las cooperativas de ahora, y había mucha más gente lista para la tarea.

Nuestro bisabuelos, comenzaban por estos días a encender las velas en las casas para alumbrarse hasta la primavera (*alumbrarse*: nombre también de la cultura vinícola). *Las velas / San Francisco las trae / y San José las lleva.* Esta año, la Unión Europea, que ya va metiéndose en casi todo, nos ha alargado la luz de la tarde hasta fines de mes, alargándonos también la ilusión de que el verano no ha terminado todavía, a pesar de las pluvias franciscanas.

Estamos en octubre, octavo mes romano cuando el año comenzaba en marzo. *Urría* = escaso, para los vascoparlantes. Escaso de frutos, que no sean la uva o las manzanas. *Urrite* = otoñada, tiempo de escasez. Pero en estos tiempos tenemos aún melocotones, peras, melones, naranjas viejas y nuevas... Las viejas palabras se formaron hace cientos, miles de años!

En el Museo de Navarra me tropiezo, pictóricamente, con los árboles del óleo-lienzo de Jesús Basiano, que lleva el título *Otoño* y fue pintado entre 1950 y 1955. Hervidero de colores otoñales -los rojizos luminosos, amarillos delicados y rebajados verdes, tan habituales en el *pintor de Navarra*-, el cuadro es uno de los muchos en que el ubérrimo artista de Murchante quiso representar la estación de los colores.

Aún sin ser el único objeto del cuadro, la otoñada es el tiempo preferido para muchos de sus mejores trabajos: *Salinas de Oro* -árboles al rojo vivo-, *Rochapea y Arga en la Rochapea* -el otoño fantástico y hasta fantasmagórico sobre el río-, *Río Olázar* -descarnada seroja del hayedo-, *Mirador* -cárdenos y morados novembrinos-, *Molino de Ciganda* -casi un incendio cerca del agua-, *Río Arga* (Curtidos) -dos chopos flagrantes-, o *Vista de Pamplona* -huertas y arbolados ciñendo otoñalmente la ciudad, mientras las montañas y las nubes se amoratan pálidamente en la lejanía-.

Ya sé que el otoño señorea también cuadros de otros pintores navarros, como Ascunce o Lasterra, y tantos otros. Y ahí están esas pinturas agrestes de Ana Mari Marín, que nunca podemos encontrar, para nuestra suerte, en el otoñaje baztanés, porque van mucho más allá de la realidad natural.

Esparce octubre, al blando movimiento
del sur, las hojas áureas y las rojas,
y en la caída clara de sus hojas
se lleva al infinito el pensamiento,

escribió Juan Ramón Jiménez en uno de sus muchos poemas otoñales.

Encanto de oro. Cárcel pura, en que el cuerpo, hecho alma, se enternece, echado en el verdor de una colina.

En una decadencia de hermosura,
la vida se desnuda, y resplandece
la excelsitud de su verdad divina.

Nos enseña el madrugador Hesíodo (siglo VIII-VII antes de Cristo) que, *cuando ya la fuerza del sol picante extingue su sudorosa quemazón*, cuando el cuerpo se vuelve mucho más ágil y remonta un poco de día el lucero Sirio, entonces hay que talar el bosque. Y se pone a explicar a su hermano Perses cómo cortar la madera, construir los arados, comprar los bueyes, y hacer la siembra:

Estáte al tanto cuando oigas la voz de la grulla que desde lo alto de las nubes lanza cada año su llamada; ella trae la señal de la labranza y marca la estación del invierno lluvioso. Su chillido muerde el corazón del hombre que no tiene bueyes.

Durante dos mil seiscientos años y más han estado vigentes en los campos de Grecia y, aunque mucho menos tiempo, en los nuestros los sabios consejos de Hesíodo.

Según el poeta griego, había que comprar dos bueyes machos de nueve años, en la plenitud de su juventud. Debía seguirlos un hombre fuerte, de unos cuarenta años, después de desayunar un pan cuarteado de ocho trozos, para abrir recto el surco, sin distraerse, con el alma puesta en el trabajo. Otro no más joven debía volear las semillas y evitar la acumulación.

Por los anchos campos fértiles de la cuenca de Pamplona ya no se ven los arados simples y compuestos griegos -la reja de encina, el dental de carrasca, la mancera y el timón de laurel o de olmo-, ni tampoco los romanos. Runrunean, sobre todo por la tarde, los tractores, con la reja, la rastra, la sembradora y la abonadora. Ciega el sol a veces los espejos retrovisores, y al anochecer se encienden las luces de las máquinas laboriosas sobre las torturadas besanas, a las que no dejan, año tras año, descansar.

No estoy yo ahora, como en otro célebre soneto de Juan Ramón, echado enfrente del *infinito campo de Castilla*. Ni va ya el arado abrien-

do el haza oscura, ni la sencilla mano deja la semilla *en su entraña partida honradamente*

Pero sí que me viene la misma tentación, como al poeta de Moguer, de arrancarme el corazón y echarlo, pleno de su sentir alto y profundo, al ancho surco del terruño tierno,

A ver si con partirlo y con sembrarlo,
la primavera le mostraba al mundo
el árbol pleno del amor eterno.

UN PARTIDO DEL "BAZTÁN"

La entrada de los vestuarios se encuentra entre algunos desechos de construcción.

Están los jugadores haciendo ejercicios de precalentamiento. Tenemos enfrente el monte Bagordi, con sus caseríos blancos, hayedales altos, prados intermedios y bajos pinares mansos. En el extremo de la comba que hace el río Baztán, están las piscinas, todavía vacías, circundadas de árboles. Al estadio lo cerca un muro alto, en el que se agarran una yedras. Por encima se ven unas casas pequeñas, caleadas, con ropas tendidas. Entra la gente por la puerta del sur. Algunos se entretienen en la cantina. En los graderíos cubiertos, un quinto de entrada. Varios corros de paisanos a lo largo de las bandas. Está la tarde pesada, con 24 grados de temperatura.

Salen de los vestuarios los equipos entre aplausos. En los primeros minutos se mueve el *Baztán* con soltura, sobre todo por las dos alas delanteras y se acerca frecuentemente a la portería contraria, lo que enciende el fervor de los espectadores, todos hechos una pella:

-Hala, Baztán, que se puede, copón, ostia: somos más -grita estentóreamente un señor morocho, con boina grande y blusa verde.

- Venga, venga, venga.

- *Indar, indar.* Hala, hala.

- Vamos, vamos, vamos.

También los jugadores locales se animan y se comunican entre sí:

- *Emen, emen* (aquí, aquí).

Pero los forasteros, bien dirigidos por un joven y brioso entrenador, tienen un portero seguro, una defensa cohesionada, y los delanteros comienzan a dominar el terreno adverso. El líbero, el mejor del equipo, avanza dominadoramente, pasa el balón al delantero centro que lo deja en la portería con toda naturalidad. Decepción masiva y silenciosa.

Tres minutos más tarde, el árbitro muestra una tarjeta amarilla a un defensa local por un entradón agresivo. Comienza la tángana.

- Dale una ostia -sacude el estentóreo.
- Árbitro, ponte gafas –chilla una señora rubia madurita.
- Árbitro, cabrón -relincha alguien oculto en un corrillo.

Unos chavales saltan la tapia y se meten dentro. El delantero centro visitante remata frontalmente un saque de esquina y llega el 0-2. El portero se tira al suelo furioso. Hasta los clientes de la cantina se suman a la ronca. Un chaval de los descolgados se descuelga suciamente contra el árbitro:

- Gitano
- Gol de mierda – tenorea una moza.
- Le compró –vocifera un mozo del mismo corro.

Los seguidores del *Baztán*, que lleva una mala temporada en la Preferente, cargan contra el mensajero, que en este caso es el árbitro,

juez y notario además, a la intemperie del mal gusto y de la mala educación.

Menos mal que después de un rato de andar a la briba, llega el gol del *Baztán* traído por las botas incansables del extremo izquierda, el mejor del conjunto, que tira el balón imparable al ángulo derecho superior. Aplausos y gritos que se oyen en todo el Valle. Una moza con chándal cambia de prisa en el marcador el 0 por el 1.

- Venga, venga, venga.
- Aupa, aupa, aupa.

El juego se equilibra. Resisten bien las defensas. Cuando un delantero visitante, tras un zurriburri, falla una clara ocasión de gol y tira el balón por encima, le escupe el estentóreo:

-Borracho

Terminado el primer tiempo, los chavales se ponen a jugar con varios balones en el campo de la pelea. Bastantes espectadores sentados en las gradas y todo el corrillo en torno a la cantina salen por la puerta sur y se dispersan por bares y lugares cercanos.

Aprovecho el descanso para dar una vuelta por los alrededores. Contiguo al campo de fútbol se abre el frontón de dos paredes, donde juegan unos muchachos a paleta. En una placa alta el pueblo de Elizondo expresa su gratitud a D. Braulio Iriarte Goyeneche, a cuyas expensas se construyó el año 1921. Toda la parte inferior de las dos paredes es una exposición sucia y zafia, nada deportiva, de grafitti y pintadas de varios colores, que llevan meses ahí, unas pintorescas, otras irreverentes o soeces, y las más, políticas y violentas. Todo ello ante la pasividad culpable del ayuntamiento y del municipio: *Gora ETA militar, Alde hemendik zipayos, A Mayor Oreja mayor sordera* (junto a un monigote que quiere parecérsele, y una glosa *Peligro biologiko*), *Pa Mayor Oreja no hay activo sonetone, Engántxate a la verga, etc., etc.*

A lo largo del frontón cerrado y abierto se extiende el rebote del juego de pelota *a largo*, con gradas de piedra a los dos lados. Sobre la pared occidental, de piedra rosada, otra placa nos recuerda el año de su construcción, 1861, y el nombre del alcalde en esa fecha.. Hacia el sur, cierra la zona deportiva, en el bucle que hace el río Baztán, un sombroso parque con tilos y arces y una fuente en el centro.

El río pasa recto junto a la zona sanitaria-hospitalaria y luego se va curvando ante la deportiva, sosegado y ancho entre álamos, fresnos, sauces y plátanos. Ya estoy en Elbete-Elvetea, patria del prestigioso y culto ministro de Carlos III, don Miguel de Músquiz, conde de Gausa (1719-1785). Subo por un camino palaciego entre jambas de piedra y doble seto, entre altísimos plátanos y llego al solitario y silencioso palacio de Ascoa, propiedad un día de los Ascó y los Ustáriz y Ascó, encantado por pinos, abetos, tuyas, cedros y magnolios. Unas ovejas pastan en cercadas praderas aledañas. Sucesor del ya existente en 1513, el actual es barroco severo y a la vez altivo, con tres cuerpos a cuatro aguas. En el escudo primitivo, dos cruces de Santiago y dos lobos pasantes. Hubiera estado un rato más, a no ser por un puto perro, medio rabioso, que no me deja en paz.

Así que sigo por la Calle Mayor o *Carrica Aundi*, de Elbete, con típicas casas baztanesas en hilada: Velatechea, Amusenea, Chondonea..., que tienen por delante unos prados de siega, separados por lajas, que llegan hasta el río. A sus espaldas, pasado un breve jardín, los cubos de acero de Industrias Pevi. La llamada carretera de Bagordi lleva hacia el monte del mismo nombre, al pie del cual se acomoda el pequeño camposanto. Una flecha indica un asador cercano. Junto al parque infantil, un pequeño frontón cubierto y antiguo, *Ameztia*, donde alborotan unos chicos. La iglesia de Santa Cruz, construida en el XVI y reformada en el XVIII, tiene un amplio pórtico o procesionario, sobre, el que se alza, en la parte sur, la casa parroquial. La torre de fuste cuadrado remata en un chapitel. Unas poderosas ta-

llas romanistas se acoplan a una posterior mazonería barroca en el retablo mayor. Unas estelas en el jardincillo adjunto. Cierran la calle un viejo y bonito lavadero y una fuente de piedra con pila.

Al otro lado de la carretera, o avenida de Francia, se abre la antiguamente llamada *Carrica Xar*, literalmente calle mala o inferior. Unos chicos me dicen que es *Karrika Txiki.* Y unas señoras, entre risas, que Santa Cruz, que es más que Calle Mayor.

Pasadas las primeras casas aparece a la vera de la calle, separado por una pequeña cerca de piedra, el célebre palacio Jarola o Jaurola, cúbico y barroco, de tres alturas y a cuatro aguas, con alero volado de madera tallada, junto a una huerta con tapia, en la que resalta una palmera. En él veraneó Valle Inclán. Hoy está cerrado a cal y canto. Lo construyó el cantero de Maya, Juan de Gamio, para el militar, marino y comerciante enriquecido en Nueva España, Miguel de Vega, nacido en Elizondo el año 1637. Imita al palacio de Apesteguía en Errazu y en su fachada al de Urdanibia en Lesaca. El antiguo palacio está documentado ya en 1513 y tenía un foso redondo.

Tras unos prados que llegan hasta el río comienza el segundo grupo de casas: Amorenea, Huartenea, Gaztelenea o Maisternea, probable casa ésta última del entallador y ensamblador Juan de Gazteluzar. Apartadas, tres últimas casas en Errotazar Aldea (junto al viejo molino harinero).

Vuelvo al campo de fútbol. Una fina niebla cubre la cima del Bagordi.

Sigue la furrusca y los insultos al árbitro cobran cierta fiereza racista:

-Hijo de puta, a la puta calle.
-Puta tu madre, gitano.
-Das más pena que gracia.

El árbitro enseña tarjeta roja al equipo visitante. Alborozo ge-

neral: gritos, aplausos, golpes en las chapas de la banda. Pero llega el tercer gol del equipo visitante, y se oyen algunas repugnantes blasfemias -una bochornosa moda en los campos de fútbol- y muchos insultos:

-Árbitro, cabrito, cabrón.
-Vete y no vuelvas más.

EL PUEBLO DE ZACARÍAS ZUZA

El 9 de diciembre de 1896 nacía en Irurozqui el tercer hijo -serían seis, tres hermanos y tres hermanas- del modesto constructor Félix Zuza, nacido en Aoiz, y de su esposa, Concepción Brun Garralda, natural de Garde, vascófona. Le pusieron por nombre Zacarías, como al tío canónigo, hermano de su padre.

Vive todavía Teresa, con sus increíbles 97 años, un poco sorda pero siempre graciosa y retrechera, que nos enseña fotografías familiares, recuerdos de su hermano, y unas acuarelas propias, de estampas típicas vascas

- Yo he sido siempre muy vascófila.

El viajero recorrió recientemente Irurozqui, camino de la romería de Santa Fe, a la que acudió también el niño y el joven Zacarías, a la voz solemne de *las pausadas y graves campanas:*

Campanario de mi ermita,
¡qué bien suenan tus campanas!

Hoy vuelvo a detenerme ante la casa nativa del poeta y a recrear el lugar con la voz recreadora de los poemas prologados por Miguel D'Ors en un libro breve y blanco, que en Irurozqui no se conoce. (¿Alguien hizo algún esfuerzo para que se conociera?).

La casa donde primeramente vivió el matrimonio Zuza-Brun fue la de la Brígida (Blanco), su pariente, que tenía una tienda y una fábrica de chocolate. Casa hoy vacía, de tres niveles, sillar y sillarejo, a cuatro aguas, hermoso portalón dovelado, puerta de madera pintada de verde y persianas desteñidas.

Cuando la familia fue creciendo, el constructor Félix Zuza, que había estudiado en la Escuela de Artes y Oficios de Pamplona, rehizo la casa contigua, separada por un recarte; también a cuatro aguas, con sillares en zócalo y cadenas, y puso en el dintel la fecha: *año 1907*. Se llamó *la casa nueva.*

Tres cuerpos, balcón salido en el centro del primer piso, bien blanqueada, ventanas con orejeras de ladrillo, pintadas con almazarrón en los niveles superiores. Se llama casa *Pantaleón*, por la familia que habitó después y que se fue más tarde hasta América, pero América del Norte. Puerta con picaporte, y buzón del correo en la reja de una de las ventanas inferiores. Unos rosales blancos delante de la casa. Por el lado septentrional lleva una huerta, con tapia cubierta de cemento. Aún primaverean y otoñean en ella perales, ciruelos y manzanos, entre matorrales y yerbajos.

Dicen su himno de flores los perales
El huerto entona el verso de las rosas...

A unos metros de la casa de los Zuza está el palacio -el palacio de suso-, que fue de los Elío, escudo con panelas y lobos rampantes, dos torres gemelas y en las ventanas muchos geranios-yedras.

El dueño de la casa es bisnieto de un hermano del P. Esteban de Adoain, que se casó aquí, y conserva cartas originales del venerable capuchino.

Hubo en Irurozqui, ya en el siglo XII, un palacio, y su dueño, Rodrigo Ergaiz, lo donó en testamento a Roncesvalles, el año 1196, al partir a tierras musulmanas.

A los 10 años, Zacarías Zuza Brun entra en el seminario de Vitoria, donde su tío es profesor, y cuando éste se traslada a Burgos, tras los pasos del obispo navarro Cadena y Eleta, como secretario suyo que es, el sobrino se va con él.

Ordenado sacerdote en 1919, lo nombran ecónomo del próximo pueblo de Zabalza, y luego párroco de Adoain, otro lugar vecino de Urraúl Alto.

Cumplido el servicio militar como capellán castrense en Pamplona, se embarca en 1925 hacia Argentina, siguiendo a su hermano Telesforo, abogado flamante.

En Argentina recorre casi todos los oficios de la carrera sacerdotal: coadjutor -Tandil-, párroco -Lobo, Magdalena-, consiliario y párroco -Marcos Paz-, canónigo de número, arcediano, profesor del seminario y de la universidad -Bahía Blanca-.

En el país hermano publicó, entre 1927 y 1971, tres libros de poemas y una novela alegórica; en Bilbao, su mejor libro, *Poemas de buen amor* (1949). Del clasicismo al simbolismo, a través del romanticismo, fue siempre un hábil versificador, y sus géneros preferidos fueron el soneto y la silva arromanzada. Dios, el dolor, el paisaje, el tiempo..., temas primordiales de su poesía.

Enfermo de un catarro habitual, muere el 2 de septiembre de 1971, a causa de una embolia, en el Hospital Español de la ciudad donde reside.

Será al atardecer, cuando dormida
esté la vega, y el sendero incierto.

Llegarás de callado. Y yo despierto
estaré, con la lámpara encendida.

La señora Victorina, que vive sola en casa del herrero, lo recuerda todavía bien

- Era alto, delgado, agudo, buen cazador. La familia era muy lista. Tenían un tío canónigo. Tuvieron dos maestras, un cura, un abogado y un secretario en Burgos.

Su hermana Teresa, que se parece mucho a Zacarías, me dice que alto no era. En las fotos aparece su complexión atlética, frente despejada, ojos hondos, pelo tieso, nariz ancha, más parecido a su padre que a su madre.

La paisana lo recuerda sobre todo de cuando vino aquí para celebrar sus bodas de oro sacerdotales.

- Dejó dinero para la iglesia del pueblo.

Las enciclopedias nos hablan de otro hijo ilustrado del lugar, el dominico Pedro de Irurozqui, nacido a mediados del siglo XVI, maestro de teología por la Sorbona, profesor de Sagrada Escritura en Barcelona, autor del primer tratado escriturístico impreso en Navarra.

Está hoy el día como mandado hacer de encargo. Sol y cielo raso.

Subimos a la pequeña iglesia de San Adrián, a la que se accede por una escalera de piedra con hierbas, un atrio con hiedras y acacias,

y un pórtico sobre tres pilares de ladrillo. De probable origen medieval, fue reformada en el siglo XVIII y siguientes. El retablo central, barroco, alberga una talla de la Virgen del Rosario y del Patrono, ambos del tiempo de la reforma. Un conmovedor Crucifijo barroco, expirante, inspiró sin duda algunos versos de Zacarías. Hay también un cuadro del Padre Esteban.

En el campanario, cruces de madera, de las que antes se llevaban a Santa Fe, sucias de cuitas de lechuza. Las campanas llevan fecha de 1946 y el nombre del párroco, Fermín Cía. En el pórtico queda una cruz de misión, febrero de 1921, a la que sin duda acudió el entonces joven párroco de Adoain.

Buen balcón éste para mirar la huerta abandonada de la "casa nueva", el anchurón del pueblo, la verde pared del rebote, las orillas otoñeadas del Areta, las tiramiras circundantes, y el gesto arrogante del Aldasur.

Por el valle en quietud, pleno de aromas
descansan alargados los caminos...

De los 150 habitantes que hubo por entonces, hoy no llegan a 30, pero el pueblo está precioso, resiste mejor que los aledaños el declive, acoge la casa consistorial del Valle, y hasta tiene una cooperativa de cereal, con un almacén y un corral de ovejas.

Nos llama la atención el jardincillo de casa Goñi -labra del primer propietario, Miguel Eldoç, 1613-, que es tan bella como el jardín. El señor Eduardo, que es su dueño y uno de los cooperativistas, nos dice cosas del pueblo que no sabíamos; luego se va al huerto a atar escarolas.

A orillas también de la carretera, a un tiro de piedra, se disimula el antiguo torreón -¿el palacio de yuso?-, desmochado hace muchos años, hoy vivienda, y burguesmente acinturado de parra virgen enrojecida. Don Zacarías le dedicó unos fáciles versos románticos en su primer libro:

Duerme el alto y rojizo torreón
a la gloriosa sombra del pasado...

En la plaza, la señora Sagrario le hace carantoñas en la cuna al chiquillo de la Tere, que trabaja en la residencia de Lumbier.

- Ya ve, usté, que no se acaba el pueblo.

Y la Tere sonríe, ufana. Doy fe de que Irurozqui hijea.

Casa Blanco-Cunchillos, la última del pueblo hacia el sureste, tiene fachada en hastial, tejaroz sobre la puerta, balcón corrido y airoso alero, las maderas pintadas de verde; en el jardín contiguo se desotoña un tilo. Cerca pasa el río, que desde los montes de Areta se relaja aquí por el pardo telar de la llanura. Un yerbín con juegos infantiles. Unos huertillos con acelgas, alubias verdes y cardos. Tras la veguilla, las tierras recién sembradas y barbechales:

Campos quietos. Mansísimos collados.

Nos vamos, no sin antes ver, junto al cauce, un pomar, de los que salen en los versos de Zuza, en pleno éxtasis de colores.

Muere la tarde en silbo de pastores,
y la alta sierra de violeta herida
se acuesta en el ocaso, estremecida
de pasos misteriosos y rumores,

escribió el poeta de Irurozqui.

POR TAFALLA

Siempre que puedo, si estoy en Tafalla -estar en Tafalla suele significar estar en la parte baja y llana-, suelo volver a la parte alta, la más desconocida y bella de la ciudad.

La residencia de las *Hermanitas* (de los ancianos desamparados) aparece muy otra de aquélla a la que aquélla a la que iban en tiempos los ancianos privilegiados de mi pueblo. He podido ver año tras año cómo iba renovándose, acomodándose, esclareciéndose, soleándose, abriéndose hacia los pinos y el río, ajardinándose con yerbines, adelfas, abetos, sauces, palmeras y rosales. El ayuntamiento de la ciudad dejó testimonio grabado, el 9 de diciembre de 1991, cuando se cumplía el primer centenario, de su gratitud a quienes habían pasado un siglo, como dice uno de los coloridos letreros de la casa, "*embelleciendo el atardecer de nuestros mayores*", con las ayudas de muchos y la simpatía de todos.

Despedí a la tía Dani, muy centenaria, y subí hacia San Pedro, zona que hacía años no visitaba.

Entre casas muy recientes se remansaba en su altillo el atrio de la iglesia con muchos plátanos y muchas madres con niños pequeños que buscan un sitio sin coches y sin peligro. Dos palomas descansaban en un óculo de la torre barroca. Debajo del atrio, estaban regando un ribacillo con pitas, tejos, dondiegos, claveles chinos. Los ailantos crecían desde las grietas del muro de contención. Una fila de casas bajas y sencillas se adornaban con rosales y baladres. En el costado oriental unos bonitos jardines nos mostraban sus jóvenes arces, abetos, álamos, ciruelos japoneses y serbales de cazadores con sus bayas rojas.

En el presbiterio de la iglesia estaban ensayando no sé qué, y eché deprisa una ojeada sobre el retablo mayor renacentista, de Echano, y sobre la Virgen románica, de Sabaiza. Me paré después ante el palacio llamado de los Mariscales, todavía en obras, anaranjado por el tiempo y por el sol tardío, aún con la chapa oxidada de *Unión del Fénix Español*, con el águila, y la farola encima de la portada.

En un rincón de una hermina cercana un grupo de mocicos, viciosos del alcohol de la velocidad, estaban sentados como con falsina a la puerta de una casa junto a unas motos, mientras enfrente una muchacha y su madre pisaban con botas dos cuadros de garbanzos antes de la zaranda. Sobre la puerta lateral de una casona de buena piedra sillar había un anuncio con un *Se vende miel*, como en cualquier casa de campo. Seguí callejeando. Dos señores mayores, miembros de ese santo pobrerío conversador, se sentaban en un bando de hierro dentro de una placita ermitaña con castaños y arces. Fui subiendo y bajando, perdiéndome en un mundo ajeno y cercano, desconocido y conocido desde siempre. Mirando sin más. Viviendo el largo espacio y tiempo de las cosas, que van con ellas, que las siguen y las hacen a la vez.

Había ropas tendidas en ventanas y balcones, Se asomaba alguna mujer en ropas de levantar. El barrio tenía un aire entre popular y ciudadano, sin saber definirse, con gente de apacible condición y agradable trato. La sede de Comisiones Obreras en una esquina. Un piquete de acacias y castaños a lo largo de la calle Escorial. Algunas casas de 1927. Todas las aceras nos afluían al Paseo de los Fueros, umbrío de plátanos hispánicos.

Salgo hoy acharado de las Recoletas, después de años sin un solo avance en un asunto que debiera haber estado resuelto hace mucho tiempo, si hubiera habido voluntad de resolverlo. Entro de nuevo por la Puerta del Portal Nuevo y llego esta vez a la plaza de Santa María. Es una de mis iglesias preferidas, aunque sólo fuera por mi dilecto Anchieta, pero no puedo hoy detenerme en ella. Así que sigo por la calle del mismo nombre. Han hecho varias casas nuevas, con fachadas de ladrillo rojizo.

Un letrero escrito a mano sobre una placa vial dice: *Al infierno.* Entro en la calle de San Salvador, con casas nuevas de muchos tiestos, una plazuela con bancos y tilos, el Centro de ocio de ANFAS. No veo el infierno por sitio alguno.

Casas de piedra en su parte inferior. La calle se aprieta y se curva hacia arriba. Un patio con calas, parras vírgenes y geranios grandes. Calle de la República Argentina. Galerías recientes en una Academia. Un Centro Veterinario. Me veo otra vez subiendo al atrio de la iglesia de San Pedro.

Siguen dando sombra materna los plátanos del atrio y la gozan madres y niños, aquéllas sentadas junto a los cochecitos o conversando sobre su ajetreada vida con otras comadres, mientras los críos juegan. (Aquí no hay crianderas). Todo ello suaviza bastante la rígida estampa exterior de una iglesia tan fortificada. Entro en ella por la puerta gótica del costado mientras jabardillos de cerrines revolotean la linterna octagonal de la torre y los dos aleros. Como ahora están en misa, con el permiso del Patrono renacentista, que lleva dos llaves tan largas en su retablo mayor, me acerco a mirar el próximo retablo de la Visitación, donde San Sebastián y San Roque están en sus propios paisajes como en su casa.

Alrededor de la iglesia todo son casas nuevas recién terminadas, altas, con galerías y balcones, exaltados los cristales por el sol. La calle de San Pedro es angosta y lineal. Unas mujeres platican y comen-

tan la tormenta que parece avecinarse, por los truenos que se derrumban desde un cielo agrietado de relámpagos. Sigo por la calle del Olmo, claroscura y quebrada, y en la Belena de los Hornos me topo en un escudo del siglo XVI con dos lobos que pasaban pero que se han quedado ahí, por lo visto.

En la calle de San Juan –quedan trozos de la vieja ermita en la entreplanta de un caserón cercano- llego al palacio llamado de los Mariscales de Navarra, residencia de los Navarra, ahora ya muy bien restaurado y sede de la Biblioteca Pública. Tiene esa prestancia austera y noble del estilo palacial castellano renacentista, con sus dos torreones atalayadores, su galería cortesana de arquillos, su portalón altivo y dovelado, sus ventanas baquetoneadas con la adobada elegancia del cordón franciscano, que a otra cosa no se debe, como ya nos enseñó Arigita.

Su dueño, que lo mandó construir, fue el archidignísimo don Francisco de Navarra (1498-1563), nacido en Tafalla, hijo del Mariscal don Pedro de Navarra -fiel hasta el final a los Albret, muerto en la cárcel de Simancas- y hermano del otro Mariscal, también don Pedro, marqués de Cortes, que sirvió a Carlos I de España, en Toledo, Córdoba, Sevilla, Galicia o en el Consejo de Ordenes, con igual lealtad que antes a los reyes navarros Juan y Catalina. Don Francisco, canónigo regular (de san Agustín) y prior de Roncesvalles, obispo de Ciudad Rodrigo, Badajoz y arzobispo de Valencia –lo que muestra el aprecio del emperador y de su hermano el marqués-, fue uno de los padres del Concilio de Trento.

La placa de piedra que aquí se colocó el 3 de diciembre de 1986, recordando discretamente la prisión y muerte (enigmática) de uno de los Mariscales, no es que no me parezca justa; es que, por todo lo dicho, no me parece acertada.

Por todo el barrio, como la vez pasada, he ido encontrando albañiles, que hacen casas nuevas o rehacen antiguas. Salgo hacia la arte-

ria capital y ruidosa de Arturo Monzón; veo las nuevas, espaciosas, inacabadas urbanizaciones que se levantan al otro lado de la misma, con calles de nombres merindanos, y vuelvo a entrar por la calle Mayor, que recorre el ensanche bajomedieval: ajustada, alta, severa, ondulante, ascendente y descendente, un poco misteriosa, más que un poco, porque toda calle, y más la mayor, está llena de vidas humanas (y toda vida es drama), de acontecimientos humanos, con sus misterios de tres clases, como el rosario de Santa María y de San Pedro.

En los primeros tramos de la calle apenas hay gente. Aquí y allí, casas del siglo XVI, XVII y XVIII, muchas rehechas, varias vacías, con dos o tres cuerpos de sillar o sillarejo y ático, amplios portalones dovelados, ventanas rectas, algún arco conopial. Todavía quedan unas pocas rejas. Altos balcones, muchos de forja antigua. Pequeños comercios en los bajos. Una hornacina de madera y cristal con una Virgen muy azul.

Escudos renacentistas, barrocos, rococós, neoclásicos, luciendo cruces, cadenas navarras, corderos, lobos, niños desnudos, fajas, calderos, árboles, estrellas, jabalíes, coronas, castillos, leones rampantes, dragones... Armas líricas de sus altitudes los Pabolleta, Munárriz, Espronceda, Huarte Mendicoa, Oteiza, Elizalde, Nabarlaz, Yanguas, Gurrea, Errazu y Lizarraga, Urbasos... Pasaron, en general, sus casas descaecidas de la calle Mayor a manos de otros menores, o mayores, con sus ringorrangos de piedra gloriosa y resistente, que analizan los eruditos y miran distraídamente los curiosos. Un rincón zarrio en el hueco de una mansión derruida, donde toda pintada tiene su muro y todo descaro su acomodo.

He llegado ya a las Cuatro Esquinas, pleno centro comercial y cotidiano de Tafalla, con mucha gente, muchas tiendas y servicios, y muchos coches.

Pensaba haber podido llegar hasta mi punto de partida. Pero no soy un azotacalles, el tiempo espacial se acaba, y en mi memoria, tan melancólica, ya no cabe nada más.

ÍNDICE

Nota Preliminar 7
Por el Valle de Lizoain.....11
Un partido de pelota.....25
Carnavales en Unanua.....33
Primavera en Artajona.....41
Procesión de Lumbier.....49
El Judas de Cabanillas.....57
Donde el Arga se lleva el Araquil.....65
Buscando Granada de Ega.....71
La Trinidad en Iturgoyen.....77
A orillas de Eugui.....85
Pablo Iglesias llega a Fitero.....93
Por Betuberría Osaba.....103
La epopeya ciclista.....109
Mapa ciclista.....115

De Pamplona a Pamplona por Goñi y Atez.....121
Dólmenes en Urbasa.....125
Buscando el palacio de Echagüe.....143
Por la ruta de Abderramán.....151
Santa Cris de Eslava.....159
Diario de otoño.....165
Un partido del "Baztán".....171
El pueblo de Zacarías Zuza.....179
Por Tafalla.....187

TOMOS PUBLICADOS

Títulos publicados

Tomo I: DE LEYRE A MAÑERU

Tomo II: DE BURLADA A SUMBILLA

Tomo III: DE ESTELLA A RONCESVALLES

Tomo IV: DE FITERO A LARRA

Tomo V: DE ABLITAS A LESACA

Tomo VI: DE PAMPLONA A AEZCOA

Tomo VII: DE BAZTÁN A TUDELA

Tomo VIII: DE VALCARLOS A TUDELA
Prólogo de Fernando Morán

Tomo IX: DE IZANOZ A PADERBORN

Tomo X: DE JAVIER AL SAHARA

Tomo XI: DE LIZOAIN A TAFALLA